

EMILIO ORIBE

EL MITO Y EL LOGOS

COLECCION ENSAYOS



EDITORIAL POSEIDON BUENOS AIRES

EMILIO ORIBE

EL MITO Y EL LOGOS

EMILIO ORIBE, ESCRITOR uruguayo prócer, maestro de las letras sudamericanas, produce con éste su tercer ensayo. Quien demostrara dotes tan excelsos para el cultivo de la poesía —desde “El Nardo del Anfora” (1915) a “La Lámpara que anda” (1944)— ha revelado también, en sus libros en prosa “Poética y Plástica” y “Teoría del Nous”, sus hondas preocupaciones en el campo de la estética y de la filosofía.

EL MITO Y EL LOGOS es otra meditación, de medular contenido, sobre el eterno problema del desarrollo histórico del hombre y de los pueblos, camino de su perfeccionamiento. Es un tema eterno, pero tal como lo trata el autor, reviste los caracteres de la más dramática actualidad. El mundo acaba de presenciar una de las más terribles crisis originadas por la pugna entre el instinto y la razón, entre la naturaleza y la inteligencia, entre el mito y el logos, que Oribe presenta bajo la alegoría de la lucha entre el Centauro y Palas. “La diosa y el centauro —dice—, entre las columnas de mármoles y oros entraron juntos en la noche y el templo. Fué así como el impulso elemental, desde los balbuceos de la vitalidad estética, se rindió ante las órdenes imperativas de la inteligencia actuante.”

El pensador se detiene ante esta triste realidad: la técnica, en países pobres de inteligencia, puede ser tan funesta como la barbarie. Y ello le lleva a formular una revisión del concepto de nacionalidad, a lo que él denomina “pregunta de ciudadanía”: “¿qué es ser inglés?, ¿qué es ser francés, ruso, alemán, español?” Pero la cuestión, en los vastos dominios del cerebro y del sentimiento, cobra inmensas proporciones, y el autor la va estudiando en el terreno de la filosofía, de las religiones positivas, de las artes plásticas, de la poesía, de la política... En todas esas facetas del dualismo instinto-razón en que se debate el espíritu humano, vibra el

EDITORIAL POSEIDON, S. R. L.

PERÚ 973

BUENOS AIRES

\$ 6.— m/arg.

COLECCION ENSAYOS

Publicados:

ELIE FAURE: *Descubrimiento del Archipiélago.*

PABLO ROJAS PAZ: *Cada Cual y su Mundo.*

THOMAS MANN: *Freud, Goethe, Wagner, Tolstoi.*

ANDRÉ GIDE: *Trozos Escogidos.*

FRANCISCO MADRID: *Cine de Hoy y de Mañana.*

DMITRI MEREJKOVSKI: *Gogol y el Diablo.*

EMILIO ORIBE: *El Mito y el Logos.*

ROMUALDO BRUGHETTI: *Nuestro Tiempo y el Arte.*

EMILIO ORIBE

EL MITO Y EL LOGOS

EDITORIAL POSEIDON — BUENOS AIRES

Handwritten notes:
A primer
humano
de la historia
1946

mano por el lomo y la testa del inmenso animal, cuyas patas se prolongaban y confundían con el barro y las sombras del anochecer, aprisionó una hirsuta gavilla de crines, tironeó de ellas y condujo su rebelde presa hacia el templo cercano, no sin antes cruzar el ciclópeo arco del prisionero con la resplandeciente lanza.

La diosa y el centauro, entre las columnas de mármoles y oros entraron juntos en la noche y el templo. Fué así como el impulso elemental, desde los balbuces de la vitalidad estética, se rindió ante las órdenes imperativas de la inteligencia actuante.

Tal fué la iniciación y el término rápido de la beligerancia entre Palas y el Centauro, o sea la alegoría de los conflictos de la razón y el instinto, de la inteligencia y la naturaleza, del logos y el mito: las eternas contraposiciones en los quehaceres artísticos y metafísicos, cuyas peripecias insisten en vestir la desnudez del conflicto o de la tragedia en su angustiosa creación, desenvolviéndose en el secreto de la gran máscara humana.

Aquí está mi trofeo;
era un ultraje al firme Dios de mármol.
El lascivo centauro,
el elemento,
está cautivo.
¡Ya piensa! y ¡habla! El ídolo es lenguaje.

Su frente es clara ahora,
y el cordaje de su crin es un arpa.
Eterno y vivo
os aporto el centauro fugitivo de ayer.
Trémulo está como un follaje.

Adquiridos los derechos exclusivos para la edición en castellano. Reproducción prohibida. Queda hecho el depósito que previene la ley Nº 11.723. Copyright 1945 by Editorial Poseidon, Sociedad de Responsabilidad Limitada, Perú 973, Buenos Aires.

Impreso en la República Argentina

1. ENSAYOS URUGUAYOS

2. MITOLOGÍA CLÁSICA

U
864.42
0

95829

PALAS logró apoderarse del flechador, deteniéndolo cuando iba entre las peñas y pronto a irrumpir en la llanura para iniciar las carreras y los saltos crepusculares. El centauro, como una cabaña móvil de la brutalidad, bajó el cuello e inclinó los ojos, sus crines se alisaron, y en la carne nocturna y primaria, se moduló un estremecimiento suave como el resonar remoto de una gran campana. El cuerpo del animal después experimentó ondulaciones de arpa monstruosa y los ojos resplandecieron de angustia y temor y, al final, de inteligencia.

Palas, en seguida de enarbolar su gesto natural de manumisión, sin pronunciar una palabra, con un andar elástico y rápido, semejante al principio del vuelo, o con lentitud majestuosa después, luego de deslizar la

67856

mano por el lomo y la testa del inmenso animal, cuyas patas se prolongaban y confundían con el barro y las sombras del anochecer, aprisionó una hirsuta gavilla de crines, tironeó de ellas y condujo su rebelde presa hacia el templo cercano, no sin antes cruzar el ciclopeo arco del prisionero con la resplandeciente lanza.

La diosa y el centauro, entre las columnas de mármoles y oros entraron juntos en la noche y el templo. Fué así como el impulso elemental, desde los balbuceos de la vitalidad estética, se rindió ante las órdenes imperativas de la inteligencia actuante.

Tal fué la iniciación y el término rápido de la beligerancia entre Palas y el Centauro, o sea la alegoría de los conflictos de la razón y el instinto, de la inteligencia y la naturaleza, del logos y el mito: las eternas contraposiciones en los quehaceres artísticos y metafísicos, cuyas peripecias insisten en vestir la desnudez del conflicto o de la tragedia en su angustiosa creación, desenvolviéndose en el secreto de la gran máscara humana.

PALAS CONTRA EL CENTAURO

Aquí está mi trofeo;
era un ultraje al firme Dios de mármol.
El lascivo centauro,
el elemento,
está cautivo.
¡Ya piensa! y ¡habla! El ídolo es lenguaje.

Su frente es clara ahora,
y el cordaje de su crin es un arpa.
Eterno y vivo
os aporto el centauro fugitivo de ayer.
Trémulo está como un follaje.

Ya son sus hombros
obedientes cumbres.
Si arrojé en su esplendor derrota y lauro,
mi lanza
encendió en él
verbales lumbres.

De la inmortal palabra luz lo hiera.
¡Soy Palas!
Pensamientos di al centauro.
Le dije:
¡Oh mito! ¡El que no piensa, muere!

LA historia de la cultura griega ha descuidado la personalidad y la influencia de Anaxágoras. Sin querer se ha platonizado, si por tal se entiende seguir dogmáticamente la admiración que el filósofo del Fedón demostró por Sócrates, acumulándole tanta luz a éste que se ha oscurecido todo lo anterior. Anaxágoras ejerce una dirección personal y espiritual sobre las dominantes del genio griego del siglo v, y su impulso adivínase a través de los treinta años del reinado de Pericles. Es amigo de Fidias y el Nous ilumina las columnas, estatuas y relieves del Partenón; es confidente de Pericles y determina la considerable actividad del genio político de éste; siendo numen de movilidad infinita impulsa a los atenienses hacia la hegemonía marítima; es compañero e inspirador de Eurípides, le

cede la idea de espiritualidad trascendente al mismo Aristóteles y, por fin, se afirma que fué educador de Tucídides.

Atenas es desde entonces el Nous corpóreo y la ciudad filosófica y artística por excelencia en los siglos. Política, artes plásticas, filosofía e historia, hállanse estremecidas por el estímulo formidable de aquel filósofo. ¿No será tan creador y decisivo como Sócrates?

Para comprender bien la importancia de la razón griega, habría, pues, que retroceder, empezando desde el día en que alguien elevó un altar al magnífico ser de Clazoméne, con esta inscripción: "A la Inteligencia". Este acto simbólico, que se narra en las historias, debe ser considerado como la clave de una serie de acontecimientos y problemas ligados a lo esencial de la filosofía griega; todos ellos se relacionan con la vida y obra de Anaxágoras. Investigar en estos dominios, es realizar en filosofía una operación tan importante como la que en arte arcaico significa la rehabilitación micénica y cretense.

Casi siempre que se habla de mi libro *Teoría del Nous*, he podido comprobar ignorancia y ligereza. No porque el libro en sí exija esfuerzos o presente valores definitivos, sino porque cualquier tema que se relacione trágicamente con el espíritu determina un sinnúmero de reacciones inferiores. Si el cerebro levanta un resplandor, aunque sea levisimo, como en el caso, la médula se expresa en una incoordinación motora excesiva.

Coloco entre las reacciones medulares los elogios,

las palabras convencionales, las expresiones indígenas y antipáticas. El cretinismo extremista derechista es medular también; no tiene derecho a invocar la jerarquía de lo espiritual del Nous. En seguida, frente a equívocos así, me doy cuenta de que se habla tangencialmente. Un contacto, nada más, y después, desarrollándose en desorden interminable, la improvisación, la superficialidad, la ausencia...

No hay eco para el espíritu; hay movimientos. Nuestra mentalidad infantil refleja los problemas de fondo, rechazándolos, y se incorpora, por imitación, lo más fácil de imitar: las muecas. Nuestra manera de resolver los problemas del hoy y del destino, por ahora, es una repetición servil de muecas provenientes del medio social y político europeo.

Se afirma que, en *Teoría del Nous* no existe una doctrina de la inteligencia... ¿Quién sabe? Así como la verdadera elocuencia se burla de la elocuencia, aquí la verdadera doctrina se burla de la doctrina. Lo que debo repetir es que no es un libro para eruditos, sino para espíritus penetrantes y puros, y después, como quien dice: para el tiempo... Para el tiempo aun en lo más endeble, en aquello circunstancial que el libro elogia o condena, y que está muy bien en él, porque precisamente viene a actuar como el inocente barro tributario de la doctrina.

A raíz de una carta. No, joven, no es así. Lo de Ariel es el ideal imprevisible, el ensueño y el desinterés.

Lo de "Teoría del Nous" es el pensamiento puro, la idea absoluta, la humillación y la abstracción. Lo de Ariel es un hedonismo superior y bello; lo de "Teoría del Nous", es un ascetismo radical y excluyente, un orden infinitamente perfectible, una disciplina austera y opaca. Lo de Ariel únicamente puede ser un islote en el océano de lo del Nous... Este último es tragedia, tempestad y luz. Lo de Ariel es contemplación estética; lo de la "Teoría del Nous", es creación eterna desarrollándose en una aspiración creciente de postrimerías, bajo una lúcida ley escatológica.

La acción desplaza las unidades homeoméricas, pero no las perfecciona, ni define. Hay cambios físicos, nada más, con la gran dramaticidad de lo accesorio. Todo el materialismo histórico, si se profundiza, es una doctrina que cabe dentro de la filosofía presocrática anterior a Anaxágoras. Es una teoría física de las cosas y del hombre; no ofrece más novedad, en un sentido absoluto, que su complicación inmensa debida a los tiempos y al espíritu. Ya Tales habría descubierto la importancia esencial de las realidades físicas en la explicación del Todo. El materialismo dialéctico, en lo teórico, es un método explicativo de ciertas cosas, y en lo práctico un medio, jamás un fin. Una herramienta de las clases oprimidas, que carece de finalidad en sí, y que conduciría a un bienestar utópico o no, pero de todos modos carente de las finalidades últimas. Y que paradójicamente, tal vez sirva para salvar aquello que más insiste en negar: el espíritu.

Se puede así asegurar que las directivas mecánicas de ese materialismo se hallan prefiguradas en el naturalis-

mo de los jónicos predecesores de Anaxágoras. Sabido es que Marx llegó a tal estabilidad sistemática partiendo del idealismo de Hegel y estribando transitoriamente en el humanitarismo de Feuerbach. Ahora se considera que tal materialismo es de esencia puramente filosófica, aunque sus vastas proyecciones lo vinculen más bien con la sociedad, la economía y la historia. Engels, aclarando la raigambre filosófica del sistema, formulaba lo siguiente: "El gran problema fundamental de toda filosofía, y de la filosofía moderna en primer término, es aquél de la relación entre el pensamiento y la realidad, entre el espíritu y la naturaleza. ¿Cuál precede al otro? ¿El espíritu es anterior a la materia o viceversa? Los filósofos se han dividido en dos grandes partidos según su respuesta a esa pregunta. Los que afirman la preexistencia del espíritu frente a la naturaleza y admiten en alguna esencia la creación del mundo, forman el partido idealista. Aquellos que consideraron a la naturaleza como el primer principio, reunieron en sí las diversas escuelas del materialismo." Aquí, entre éstos, se detiene definitivamente Marx; ese naturalismo primordial que se hallaba prefigurado en los jónicos, es el cimiento de la gran doctrina ulterior.

El naturalismo antiguo no desarraigaba las causas del acontecer cósmico, del sagrado depósito en que las encontraron los filósofos cuando fueron a la observación más profunda. Dejábanlas allí, en el seno de las cosas. El naturalismo post-hegeliano consiste en un arrancarse titánicamente de la razón humana la responsabilidad de lo que existe, y arrojar ésta de nuevo al seno de lo físico; se libera así el hombre de una piedra enorme, y preténdese más libre por ello, al sumer-

gir lo existente, y lo histórico, y el mismo devenir, en el oleaje de las potencias puramente materiales.

El simple hecho de exaltar el valor de las apetencias metafísicas por encima de la acción, provoca diversas reacciones y se pasa a interpretar esa actitud como conducente al más radical divorcio entre el ser y el pensar.

El pensamiento, enemigo de la acción. Tal es la actitud que se levanta enérgicamente; de ahí, a combatir al primero a exaltar a la segunda, no hay más que un paso. El impulso mental más fácil y pueril que existe es precisamente exaltar el valor de la acción. Lo más difícil, es defender el pensamiento; no en teoría, sino en realidad. Metafísicamente, las separaciones entre la idea y la cosa, han tratado de ser vencidas; Aristóteles y Leibnitz, se dedicaron a ello. Pero, descendiendo del plano de la especulación al de la realidad, la antinomia entre la acción y el pensamiento no ha sido resuelta. En el fondo, no hay más remedio que decidirse por una o por otro. En ciertos momentos y países, la situación se plantea de golpe a una serie de espíritus; o violentando la realidad imponemos un orden de pensamientos a las cosas, o dejamos libradas a éstas a sus determinismos más o menos disimulados. El paraíso de la acción es estéril, porque presume el aniquilamiento mutuo de las fuerzas, tiende al desorden y, en último término, en caso contrario, por una especie de entropía, conducirá a un equilibrio indiferente. El pensamiento crea de sí mismo su cambio, jerarquiza siempre, es decir, establece cualidades más selectas cada vez; renueva, purifica y aclara. El pensar es la empirie infinita; la acción es la empirie limitada. Pensar es ser, actuar es

seguir no siendo, pero con la creencia de ser. Toda África, casi toda América, son paradisiales ejemplos de acción, dominios de lo cuantitativo precedero. Y no hay otra posibilidad que decidirse por uno o por otro destino. Palas Atenea no admite ambigüedades; es fiel, pero celosa y terrible!

La actualización de una idea fundamental que es trascendente al inerte preámbulo del ser, trae como consecuencia un rozar y herir inevitable de las opiniones en pugna en estos momentos. De ahí la consecuente reacción de tales opiniones, y de ahí el pensar en la postura que otros hubieran querido que uno adoptara; es decir, considerarse ausente del momento y de la circunstancia, y en un plano puramente limitado, al acontecer de los procesos racionales. Pero, no ha sido posible. La vitalidad necesaria para que la idea pueda ser fecunda y convertirse en logro y no permanecer en promesa, depende precisamente de ese contacto con los entes reales, y de ese referirse a hechos concretos, de la época y el país. Este último, sobre todo, se halla en el subsuelo trágico de toda meditación sobre la necesidad metafísica del pensamiento. Mi visión de la realidad parcializada a la tierra nacional, es ferozmente pesimista. Con un contrasentido histórico y geográfico a las espaldas, con tierras insignificantes, y con el hedonismo de lo gregario y cuantitativo, sólo puede salvarse una colectividad como la nuestra, atándose fuertemente a un pensamiento gigante. No hay otro laberinto; de lo contrario, el curioso filósofo de un futuro de cientos de años, que logre encontrar la fisonomía simbólica de nuestra realidad nacional, sólo va a formular un trasunto de ella que no se alejará mucho

de concebirla como una larva caduca; un ser que cae en la inexistencia por ineptitud de pensamiento y que renuncia a vivir por no haber sido capaz de nutrir en su seno una sola idea!

Fichte, en los Discursos a la Nación Alemana, tendió a expresar la idea de que su país no debía perecer frente a la invasión napoleónica. Su pueblo no podía sucumbir, precisamente para bien de la Humanidad. Miles de jóvenes recogieron la prédica de Fichte; y fueron a la acción convencidos de que el destino de su patria y el de la Humanidad coincidían en un momento.

Actuarían después otras fuerzas. Pero ese convencimiento determinó movimientos definidos, y a cien años de distancia o a mil años, la razón histórica encontrará perfectamente fundado, en general, el pensamiento de Fichte. Griegos, romanos, franceses, otros pueblos, pudieron afirmar lo mismo en distintas trágicas circunstancias. Pero volvamos a las tribus A o B. Un argumento así resulta espantosamente cómico. Irían a la guerra y a la muerte para sobrevivirse y continuar siendo más o menos tribus, pero a la Humanidad le sería absolutamente indiferente que la guerra se decidiese en un sentido u otro. Los discursos del Fichte del clan, serían destinados a demostrar la identificación de los guerreros con el cacique, el tirano, el ídolo, la tierra, el río, pero jamás la más remota idea de Humanidad sería invocable. Y es que la idea de algo que atañe a la Humanidad sólo existe cuando hay pensamiento, y el vínculo invisible que une a un pueblo con todo lo humano, es la facultad de pensar, la razón te-

rrible y divina actuando. Cuando no es así, el pueblo actúa sólo en lo ahistórico y dentro de esa órbita limitada, tanto da que sucumba o no en una guerra. La historia no recoge su llanto, su horror, ni su heroísmo, que pasan a ser anotaciones ciegas del cosmos, como el ruido del mar y el canto del viento.

¡Bah...! Si prefieren continuar en las homeomerías, que sigan, sumergidos en la acción como en una mística vergonzante. El hecho en sí no significa nada; irritarse contra los diferenciados, rechazar la calidad, persistir en lo mensurable de la acción acumulativa, es un deseo al fin y al cabo paradisial. Es preferir el paraíso del no ser, al mundo terrible del ser.

Antes de hablar de "Teoría del Nous", lo inteligente hubiera sido volver a las fuentes. Si es posible, sumergirse por un tiempo en lo presocrático y llegar a la captación del verdadero sentido de la idea anaxagórica. No es posible explicar los rudimentos filosóficos; por respeto precisamente y consideración a los presuntos activos. Y bien... Mostradme en tanto vuestra acción. ¿Esto es la acción? ¿A esto conduce? ¿Esto es lo que da? Bueno: que me impongan el Nous los dioses. A ellos les rindo mis manos en cruz para que las encadenen antes de ir a complicarme en vuestra acción.

Pensar es algo muy distinto de vivir. Hay ahí diferencias substanciales de un radicalismo insalvable. Es indiferente que vivas. ¿Qué más da? En cambio, es

importantísimo que pienses. Vivir no es necesario; pensar es necesario.

Muy cierto es que el pensamiento tiende a la acción, es decir, que es pragmático y nos conduce a una finalidad que puede ser puramente cognoscitiva. Pero eso es nuestro pensamiento, el cual por tender de tal manera, afirma la existencia de algo que no es él. El pensamiento que tiende a la acción debe imperiosamente afirmar su existencia antes. Debe definirse como tal; ser pensamiento con todo lo que significa eso; un conjunto de funciones superiores y abstractas, *que después que existen, tienden a la acción*. Pero *después que existen*, de modo que la primera ley del pensamiento, antes de ir a ser acción es precisamente existir como tal. Ocurre así con el hombre, que tiende a lo bello o al bien; pero que antes de tender *debe existir como agente*, con apetencia de belleza o de justicia.

La complejidad del sentimiento de patria, exige realidades temporales muy vivas en que afirmarse. No es comparable en el fenicio, en el beduino y en el griego, por ejemplo. Sin embargo, los pueblos pueden simplificarse y ser considerados más o menos así. Lo productivo, lo errabundo y lo esencial, se estructuran y coexisten en muchas naciones de hoy. Un elemento heroico y religioso, de expresión hebrea en la antigüedad, completaría este esquema, quedando así crucial. Ahí están las realidades temporales que forman lo carnal y viviente del sentimiento de patria. Fuera de eso, es una idea marginal que actúa sin definido contorno, en nuestras actividades. ¡Nada más! Y cuanto más

marginal sea, más pura. Apenas se la coloca en un sitio focal, se deforma o sirve de pretexto para ambiciones bastardas e impuras. Se piensa en ella directamente para justificar un acto de barbarie, de interés, de injusticia. Por lo demás, en las colectividades insignificantes, la patria es una máscara que oculta todos los sentimientos más o menos rudimentarios y bárbaros de los hombres; si no es eso, es una abstracción inaprensible allí, una pseudo idea, una mentira vital y mental, que no resiste al examen de la razón crítica sincera.

La doctrina de Mach, de que el valor de la ciencia consiste en que tiende a una economía del pensamiento, se convierte en fórmula terrible cuando se refiere a la ciencia aplicada a la técnica. Toda la técnica de las máquinas conduce a un ahorro de la inteligencia. Ese ahorro a veces es un escamoteo. Los mágicos aparatos de la técnica, más perfectos serán cuanto menos problemas planteen a su manejo. Los inventos de la técnica se gobiernan con la médula, y los medulares son precisamente los poderosos príncipes de la nueva técnica, y, si nos descuidamos, del mundo. Así, la técnica, en países pobres de inteligencia, puede ser tan funesta como la misma barbarie.

El concepto de nacionalidad tiene valor cuando su significado se identifica con el de existencia. El de ser. *Se es* como pueblo por la virtud de la razón; *se es* por el heroísmo o la fuerza convertidos en razón viva. Hay cierta pregunta que el hombre que integra una nación debe hacerse, y hundida la frente entre los puños, fatigadas de cavilaciones y ardientes de esperanzas las pu-

pilas, tratar de responder al término de la más sincera meditación. Esa pregunta de ciudadanía, se equivale con aquélla más intensa de humanidad; de hombre integral. ¿Quién soy? ¿Qué es ser hombre? En este caso, la respuesta filosófica y humana debe encerrar la mayor sabiduría posible. Aunque no se halle respuesta definida, el formularla sincera y hondamente, significa enfrentarse con el más amargo enigma. En planos más concretos, la interrogante de civilidad a que se alude al principio, debe ser ésta: ¿Qué es ser inglés? ¿Qué es ser francés, ruso, alemán, español? Cada célula integradora de estos estados, debe formularse más de una vez, esa interrogante; es posible que en ciertos oscuros días de turbulencia o de guerra, la pregunta adquiera una patética emoción que eclipse a la más alta preocupación del ser presente. ¿Qué soy? ¿Qué es ser miembro de tal pueblo? Surgen ante esta preocupación dos series de beligerancias: internas y externas. La historia y el espíritu interno en lucha contra los más gigantescos entes extranjeros, cuyas energías invasoras significarían el aniquilamiento de las potencias autóctonas. Pero, al mismo tiempo, en el fondo del hombre que asiste en sí a esa lucha se levanta un núcleo ardiente y vivo de fuerzas, un yo de extraordinaria y directa presencia que se define como una realidad diferente de todas las existentes, y es capaz al mismo tiempo de resistir todos los ataques. Esta pregunta, así desnuda, y terrible yo me la he formulado. ¿Qué es ser sudamericano? ¿Es igual que ser europeo, asiático, inglés, español? ¿Es menos? ¿Es más? ¿Qué encuentro en mí cuando digo: soy sudamericano? ¿Lo que encuentro en mí es equivalente, en lo ético, material, histórico, humano, filosófico, científico, a lo que halló en sí el hebreo, el griego o el fenicio? Es indu-

dable que debo confesar una gran inferioridad, una espantosa inferioridad. No somos casi nada: casi ni existimos. Es la gran verdad. Como integrante de un país, mi valorización global depende de lo que ese país haya sido o sea en la historia. Su ciencia, sus guerras, su sabiduría, su arte, su fuerza, su riqueza, repercuten en mí. Soy un microcosmos de todo eso: soy responsable y usufructuario de lo que ese país sea. Como ciudadano. Ahora, como hombre, puedo evadirme de esos compromisos, pero iré a precipitarme en todos los compromisos del Hombre; aquéllo a que aludió Marco Aurelio: "Como Antonino, tengo por patria y por cuna Roma; como hombre, el mundo." ¡Pero Marco Aurelio hablaba con lengua de emperador, a la vez que de filósofo, y en tanto que romano...! Dejaba de ser todo eso y pasaba a ser Hombre, lo cual significa casi quedar en lo mismo en aquel entonces; los que no eran romanos eran enemigos o bárbaros. *No-hombres eran*. El componente sincero de pueblos insignificantes y condenados a ser insignificantes en los tiempos si esos pueblos no modifican su manera fundamental de existir y se lanzan de lleno a cultivar el Espíritu sobre todas las cosas, el hombre que asiste lúcidamente a la constatación de la intrascendencia de lo que le rodea, se encuentra con la más trágica encrucijada. Mira a su alrededor. ¿Qué ve? ¿Qué es lo que roza su espíritu? El impulsivo lucha, el político se desenvuelve, domina, y medita o no, el comerciante baraja su dinero, el patán va a los deportes, las masas tratan de imponerse, el fanático resuelve con simpleza los más arduos problemas... En todos ellos hay cierta felicidad teológica y cierta razón de ser. Nacen, se reproducen, se diferencian un poco, y mueren. Y nada más, y todo está bien. Pero el que sabe que todo eso carece de existen-

cia y se desvanece en el movable tejido de lo aparente, y termina en casi nada; que el saber, el arte, el bien, la belleza y la justicia requieren formas originales y eternas, pero que ellas se afirman sobre cimientos humanos de pensamiento, de raza, de nacionalidad y comunidad, y que éstos no existen a su lado, ése sí, se halla condenado a no ser feliz nunca. Como el cristiano, no podrá ni deberá serlo *aquí*; ¡peor que el cristiano, no podrá serlo después *más allá*! Pues bien, dime tú que me lees. ¿Qué es ser sudamericano? ¿Qué representaciones fundamentales eternas y humanas a la vez, responden en tu alma, cuando te preguntas eso? Júrame sinceridad. ¿Notas, entonces, que en realidad existes? Tu existencia como tal, está subordinada al valor esencial que represente la comunidad a que perteneces. Dentro de la sabiduría humana la comarca que es tu cuna, muy poco significa. *Sólo podrá ser algo en los dominios del espíritu*. Fuera de esa eminente perspectiva, de esa evasión angustiosa, no significará absolutamente nada importante. Muy grave asunto éste: imagina que nuestro nuevo mundo casi no puede existir físicamente por sí mismo. No es suficiente fuerte como para *persistir por sí en un ser* (Espinosa). Flota en un equilibrio político de naciones, pero no se afirma en una auténtica razón de estabilidad y de fuerza imperial. Cualquier gran potencia nos puede arrastrar o aniquilar en una guerra y nos arruinaría cualquier combinación de millonarios yanquis el día que quisieran. Grecia *pudo ser en sí*. Francia existe en sí. ¿Y nosotros? Nuestra debilidad material es indefendible. Pero restan *otras maneras de ser*. El pensamiento, el saber, el heroísmo de la razón, la sabiduría de las leyes, el esplendor de las artes... Esos vagos y concretos dominios deberán ser nuestras únicas realidades. Parece-

ría que estuviésemos obligados a ser el conglomerado más cristiano o antirrealista de la tierra... No obtener la realización de aquellas ideas, equivale a persistir en la dicha presente y engañarnos en cada sol que nace, con la ceniza entre los dedos. ¿Persistiremos en *no pensar con sinceridad en nuestra insignificancia*, y seguiremos ignorantes y medulares, felices en una termiteira de las más mediocres, y sin redención posible? Es indudable que esto es muy amargo, pero siempre es peor proseguir no existiendo. Existiremos cuando alcancemos la autenticidad de los más duraderos: el *pensamiento*, el *pensamiento* y el *pensamiento*! ¡La Nacionalidad entra en el orden de lo colectivo en una de las modalidades del Ser. Pero la existencialidad, no es problema de fuerza, ni de riqueza: es problema de Razón.

¿El Fundamento?... El fundamento en mí de una poesía así, tiene un origen muy simple. Y es que siendo las ideas abstractas y las ideas primeras específicamente estéticas, y al mismo tiempo intrusiones de la razón en sus relaciones con la experiencia sensible, sin apartarse de este dominio puede tener todo poeta la seguridad de encontrar tesoros de belleza y de poesía. Todo está en mantenerse en una atmósfera de diafanidad intransigente y recoger en la alquimia de los raciocinios ciertos productos líricos muy valiosos pero muy raros, invisibles para las personas comunes o huérfanas de espiritualidad. Las alegorías, mitos y símbolos verbales y poéticos, sólo actúan para hacer sensibles tales conquistas, pero éstas gozan de vida en sí, y de gran belleza formal, manteniéndose lo mismo que los cuerpos de las diosas, apenas velados por los livianos ropajes.

Es posible que se pueda creer en la emancipación económica del hombre moderno. Que se pueda hasta evitar que el hombre viva explotado por el hombre, cruel y directamente, como sucede en la beocia capitalista. Pero conviene constatar a qué precio se hace la liberación del oprimido y explotado por su congénere, pues podría ocurrir que haya una suplantación de explotación y esclavitud, y el hijo de Adán sea objeto de servidumbre indirecta, por parte del sindicato, la corporación o el monstruoso Estado.

La técnica es el desarrollo de una actividad inteligente, cuyos resultados en su profundidad se caracterizan por la tendencia última a producir mecánicamente las formas naturales de la vida.

La similitud que se quiera establecer entre el animal y la máquina, sólo puede admitirse en un sentido provisorio, y viéndolos desde un presente continuo. Es una equivalencia en instantaneidad, por lo tanto errónea y falaz. Se olvida que el animal debe considerarse *sub specie eternitatis* siempre, como proceso, desarrollo e historia de sí mismo.

Allí donde no hay pensamiento, casi todos se creen profetas.

La analogía ejerce una atracción interyacente sobre los procesos de la razón humana, en el límite en que ésta al mismo tiempo que se afirma como una realidad

autónoma, se siente vinculada con la experiencia de los sentidos. En todos los imperios coloniales del conocer la analogía dispensa sus tesoros y adquisiciones y dirige la marcha del relámpago cognoscente. Por eso los antiguos confiaron tan sabiamente en la inferencia analógica, encontrando siempre inteligible la relación estrecha que se establece entre las observaciones sensoriales y la iniciación de la premiosa tarea del razonar. Toda cuestión se presenta con un cortejo de cualidades perceptibles y con una máscara de otros tantos modos. Pues bien, pasando de cada cosa a su próxima, o remontrándose a la causa, o buscando una dirección explicativa, la analogía es la que valientemente abre la marcha e ilumina los oscuros dédalos que por todas partes acechan a la mente. La relación analógica es la más valiente, primaria y constante inferencia que utiliza la razón: donde quiera que la problemática suasoria se inicie, vemos que la analogía se hace presente con la ligereza de un lebre, mucho antes que la inducción y la deducción, que son formas de razonar puramente lógicas, abstractas y frías, descarnadas de casi toda realidad exterior y pugnando por desarrollarse en la transparencia del pensar puro. Por ello es más consecuente con la naturaleza humana el razonar analógico, y será signo propio de un artificio superior el uso de otras formas. Sin mencionar el detalle, que conceptúo importante, de las implícitas analogías que pueden ir subrepticamente en los racionios de base inductiva o deductiva.

Las concepciones de la mentalidad griega, propias de las doctrinas de Abdera o de Elea, al reducir lo real a expresión matemática, son gigantescas y felices conse-

cuencias del razonamiento analógico que ha fecundado por los siglos a la razón humana. Puede seguirse un proceso semejante en muchísimas doctrinas metafísicas y científicas, aun entre los más modernos pensadores. Las hipótesis más fecundas en las ciencias se nutren en las relaciones de analogía, antes que en la deducción o la inducción. Pero, fuera del plano mencionado, y alejándonos de tan señeros ejemplos, convendría analizar minuciosamente nuestra actitud inquisidora ante la naturaleza para comprobar cómo la analogía impregna nuestro pensamiento en sus tareas de explicación de lo irracional que nos desborda por todas partes. En este último laberinto, el ser humano sigue confiado en la razón que lo salva, aunque procede en la forma en que lo califica Heidegger: "como el ser de lo lejano"... Este ser de lo lejano, o de las lontananzas, es un patente representante germano del ser de las analogías...

La inteligencia, por más que indague, siempre gusta del candor primario de las cosas y las sensaciones constituyen la edad de oro cuya perfección y encanto añorará la razón. Tal vez después se aficione al trabajo obediencial de triturar, analizar y hacer disociaciones en los fenómenos, y trace puentes de leyes y relaciones entre A y B, pero todas esas difíciles aventuras nunca extraen una miel comparable con aquella que primariamente registra al poseer directamente la forma externa de lo real. De ahí la terrible nostalgia de la razón cuando se instala en el paraíso conceptual, en la planicie de las ideas, en donde los únicos frutos son abstracciones y generalizaciones incoloras e insípidas. Vuelve sus ojos hacia la tierra prometida de la natura-

leza imparticulada, entre los fenómenos primitivos de la patria de los sentidos, hacia el espejo de lo controlable, en donde aun puede gozar de cierta libertad y de un espacio empírico que bien hunde sus lanzas en las mismas estrellas...

Por ello, gusta de la analogía, que le conserva esta fidelidad de lo primario, al mismo tiempo que se adapta a la aridez racional, puesto que sabe que aquí radica el valor de sus argumentos. Cuando al observar la rosa A, o al pensar la idea de la belleza terrena y al posar mis ojos en la estrella B, o al pensar en la belleza celeste, afirmo la existencia de otros caracteres estéticos inmutables, objetivos, trasunto de menudas ideas platónicas o entes al alcance de la limitadísima razón del hombre, y que campean en A o en B, en la tierra o en el cielo, realizo una inferencia por analogía que al mismo tiempo que denuncia cierto valor de orden lógico, postula un contenido estético que parece impulsar en el ritmo del universo. Tal es el poder de la analogía que trae a la mente estos confortables fundamentos y sus consecuencias.

Entre la intuición pura y el razonamiento inductivo deductivo, se extienden muchos imperios que la lógica ignora. Todos ellos son los campos de la analogía.

Horas y horas puede uno pasarse domando el ímpetu imaginativo por medio del encadenamiento lógico, concordando cada cosa con su causa supuesta o demostrada, insistiendo en vincular lo necesario con lo contingente de cada objeto o idea. Si se analiza la raíz, el estímulo, el motor de esas disciplinas operantes de la razón librada dócilmente a su posibilidad naturalísima, no se puede menos que reconocer que es el fantasma o

el demonio (en el sentido del platonismo), de la analogía el que espera, desarrolla y conduce a su fin toda la empresa de la docta inteligencia.

Los límites e insuficiencias del razonamiento para avenirse a la obtención de nuevas verdades, a pesar de ser tan grandes, logran ser superados por la relación analógica. Es ésta, en últimos términos, la que salva y justifica la ruda aventura de la especulación mental metodizada. Toda investigación científica, con base en los métodos de las ciencias experimentales, se prolonga más allá de la naturaleza merced a los procesos rápidos de analogía, que originan esa flor del espíritu humano que es la hipótesis. Y por el mismo asidero se borran los límites artificiales de los fenómenos para comprender la trama uniforme de las leyes naturales, sean descriptivas, explicativas o finalistas, con que se sostiene la carnaza primaria de lo existente.

Si se aparta uno de la apoyatura de la antigua física cósmica y pasa a la ínsula de los seres vivientes, constatada de igual modo que el conocimiento de éstos se basa en un inusitado indagar de analogías y de formas, estructuras, procesos y reacciones, cada vez más complejas, por medio de las cuales se inscriben los seres maquinales en el tiempo y en la materia.

Queda, por último, el dominio propio de la analogía, la patria constitutiva de la razón, la cima de la espiritualidad, en donde lo que más avanza en su afán de raciocinar lo real, o reducir a inteligible lo experimentable amorfo, se hace por fintas analógicas preferente-

mente, aunque ellas se completen después por medio de otras formas.

Mucho me temo que la desconfianza que suele inspirar la analogía, la inestabilidad que se le atribuye, su presunta vecindad con las asociaciones mecánicas del conocer sensible, provengan de la influencia pleonástica del racionalismo de Aristóteles, con sus admirables esquematizaciones silogísticas, y del método experimental derivado del cartesianismo y conducido a perfección en el siglo XIX.

Ambos procedimientos han hecho olvidar el juego de la analogía; pero ésta siempre subsistió y perdurará, aunque no en forma metodizable y ordenada, sino más bien como la expresión de que en un momento dado la libertad del espíritu se permite el lujo de coincidir con el determinismo y la necesidad de las cosas. Ese vértice de coincidencia, que inscribe el surco del saber, se halla en la inferencia analógica.

Las falsas analogías han disminuído algo el crédito que el sabio deposita en lo analógico; pero no olvidemos que siempre la excelencia de un razonamiento, sus aciertos, sus profundizaciones, sus revelaciones, irán acompañadas por zonas de error y confusión. Se parece esto al foco de los grandes aparatos de aumento, los cuales requieren un ajuste preciso, de fracciones de milímetro, para que el objeto pueda ser observado. Sería erróneo culparles a dichos instrumentos de precisión, los errores e imperfecciones que aparecen en las zonas no enfocadas.

La analogía es más inestable todavía que el ejemplo citado; pero en cambio constituye una inevitable forma de actuar nuestra inteligencia, y por tal debemos siempre tenerla presente y valorizarla.

Ciertamente, no se resignan los humanos a desprenderse así nomás de los dones primordiales del conocimiento analógico. Tampoco los héroes de la lógica formal, como los disciplinantes del positivismo, se muestran dispuestos a renunciar a las adquisiciones de los métodos que en los procesos de deducción y de inducción se afirman. Con lo cual se hace evidente la controversia que en los planos de la lógica se mantiene y que puede pasar a los de la metafísica, a modo de una antinomia epistemológica. Pero entonces, y actuando como una recuperación dionisiaca, los procedimientos de la analogía suelen hacer apariciones bruscas en el mismo flanco de los rigurosos raciocinios. Con lo cual tendríamos que considerar en el orden ascensional del conocimiento humano algo así como tres planos: uno, en el que la indiferencia analógica se impone sobre las otras. Otro, en donde esa forma de razonar sufre descrédito y menoscabo, descendiendo a un subalterno episodio que no puede pretender alternar con sus rivales. Por fin, un plano muy supremo en donde la analogía se insinúa de nuevo, sin saberse bien cómo, y se erige en un poder mágico de relaciones, convirtiéndose en rebasante flecha lanzada sobre la curvatura del universo.

Entonces ella es una imprevisible antesala de la identidad, un prelude de la hipótesis y de la verdad, un arcángel del pensamiento exacto con delicadísimos vuelos, que se detiene sobre la grosería de los fenómenos, en el afán de desnudarlos y transparentarlos.

La identidad del pensamiento y el ser, de las ideas y los números, de las leyes de la razón y los escondrijos del devenir físico, del antecedente y el consecuente, del razonamiento elaborado y del mito abstracto, reconocen un primer momento de sus iniciaciones que se ar-

ticula con la conexión analógica. Esta actúa como la clave de mil y un derroteros, y los grandes sistemas metafísicos, así como las vastas doctrinas de la ciencia moderna, denuncian de tanto en tanto el signo complejo de ocultas o precisas analogías. Es el momento en que, más allá de las ecuaciones y los cálculos, un gran físico al estilo de Jeans levanta sus ojos del microscopio y mirando el indiferente cielo nocturno confiesa: "el universo empieza a parecerse más a un gran pensamiento que a una enorme máquina." De cualquier manera que sea, el cosmos aparece disuelto en la analogía.

La inteligencia sólo vive en el orden, por lo cual el razonamiento se encuentra siempre concorde con la simetría y el encadenamiento preciso de los métodos, medios y fines. El plan es la ley general del razonamiento; y allí donde no existe, una potencia infinitamente fina y sabia se revela en la razón para vislumbrar una pequeña luz que haga posible la marcha hacia órdenes no bien provistos y alcanzables. Por eso, por medio de la razón inventiva que casi siempre se apoya en la analogía, la inteligencia se orienta hacia sus fines de orden y claridad. Sólo así adquiere sentido el alfabeto disperso de los fenómenos que ocultan en su seno leyes sabias, y sólo así se revelan en el inmenso panorama de las ciencias esos fundamentos de todo conocer y todo ser que, con el nombre de indemostrables, circulan en las distintas ciencias y lógicas del pensamiento europeo. Los indemostrables están postulándose a sí mismos, como estuarios inmensos. Adonde van a desembocar caminos que se sumergen y que no ofrecen salidas. Pues bien, sobre su lomo transparente sólo brillan

las analogías, que tanto pueden ser serpientes como incitaciones a la razón para las lucubraciones explicativas más hondas. La invención sigue siendo en ciencia la más eminente aventura de la inteligencia humana; si se tienen en cuenta los datos inconscientes, los irracionales imaginativos, los modos existenciales y las intuiciones, debe reconocerse que por encima de todos ellos lo único que la razón minervina posee para domar, dirigir y superar todas aquellas turbas es la inferencia analógica.

Existen analogías lógicas, más serias y consideradas que las del conocimiento vulgar; pero existen más encumbradas analogías estéticas, que imprimen sus arquetipos y sus números astrales en las creaciones de lo bello, en las artes particulares, en los estilos, en las melodías y se manifiestan en las mismas *correspondencias* de Baudelaire. ¿No son éstas verdaderas analogías estéticas? ¡Benditos dones! Marcha el pensamiento con pie muy firme, sobre los tímpanos de la lógica pura como en la nube de la sensación, o en el círculo infinito de la belleza, cuando calza la sandalia de oro de la analogía.

Se cuenta que el físico Michelson quiso demostrar por medio de experiencias determinada teoría cuya validez se afirmaba en una forma de reacción por parte del éter. No logró su objetivo sino otro. "*No era eso lo que yo quería... Beloved old ether*" (*Viejo éter querido*), exclamó.

La expresión revela una familiaridad excesiva con los símbolos científicos que soportan el primado de los

elementos, pero al mismo tiempo subraya una confluyente analogía que se supone entre el universo y el hombre, de suerte que uno le atribuye a lo irracional la responsabilidad, el sentido del honor, y pasa a exigirle algo así como el cumplimiento de la palabra empeñada. Una intrincada cota de analogías cubre el cuerpo del pensar científico y éste manifiesta su asombro, constata que en algún flanco tuvo que sentirse herido por la contradicción o por una consecuencia inusitada. La analogía, espesándose cada vez más, transforma el curso del pensamiento lógico y lo hace insertar en la misma carne de la metáfora: el cosmos aparece a través del ala de la analogía, como una inmensa metáfora.

¿Cómo no caer en esa forma de persuasión que la inteligencia dirige a la naturaleza y que es retribuida por ésta con una tabla de categorías ontológicas, trazada por el pasaje de las más agudas analogías en la arena de lo meramente sensible primero y en el cristal de las esencias más adelante? Así como la metáfora es la dialéctica que nos instala en la realidad poética, la analogía es la dialéctica que nos conduce al cristal inteligible *que mora y mira en el corazón del Ser*.

*Si no me lo preguntan, lo sé;
si quiero explicarlo, no lo sé.*

SAN AGUSTÍN.

La meditación sobre el tiempo termina siempre en una preparación para la supervivencia. Es imposible separar las ideas de sucesión, continuidad y duración, de la idea de sobrevivir de alguna manera. Inténtese pensar un tiempo que sea una cosa pura, aunque subjetivada u objetivada, según se considere el elemento

empírico o la necesidad racional. No se hallará nada que haga pensar en el tiempo mismo. Aunque se halle colmado de fenómenos o aunque se circunscriba a un irreversible pasado, ese tiempo no es un tiempo, sino una forma vacía que aparece como la niebla o la sombra de los mismos fenómenos; en cambio el tiempo adquiere realidad y plenitud cuando le asignamos una atribución de supervivencia. Más claro aún: de una supervivencia completa. Las futuras permanencias son las que sostienen los aceros, desde el aire, como ocurre con ciertos puentes; los aceros de nuestros días y del transcurrir de nuestro cuerpo. La repugnancia de la razón para aceptar la idea del aniquilamiento total, afirma su origen en el convencimiento que tenemos, por nuestra diaria existencia, de las duraciones temporales.

Pensemos cualquier tiempo de los que pueden herir nuestra curiosidad metafísica: el tiempo abstracto, el tiempo matemático, el subjetivo, el espacio tiempo... En todos ellos se halla implícita la obsesión de la supervivencia. El pasado jamás aparece como un verdadero tiempo; al menos, debemos reconocerlo, estamos obligados y resignadamente lo hacemos, a pensar siempre en una colección de acontecimientos, en un algo que llamamos tiempo nuestro; más allá de esta serie de fenómenos, otros posibles infinitamente espesos están llenando y enmascarando el cuadro del tiempo. En el presente, los sucesos marchan sobre una línea de tiempo, recta como el filo de una espada, y cortante, aunque plástica en extremo, de la misma suerte. Nunca tenemos conocimiento directo de este último residuo. Siempre las cosas y los sucesos nos ocultan el tiempo

presente. Donde el tiempo aparece real y puro es en ese futuro que revélase en la supervivencia. La idea de supervivencia, además de constituir la tabla de salvación metafísica en el naufragio de todo lo que somos, posee una naturaleza idéntica a la idea de tiempo.

Donde buscamos un tiempo, en la forma más concreta y absoluta, vemos que también previvimos una supervivencia. No tengo el deseo de mentar modos de sobrevivirse; ya sea en la luz religiosa o en medio de la noche metafísica o en la carne del conocimiento vulgar, en todos esos casos hay una supervivencia que conviene a la idea del tiempo de que hablo. La supervivencia no es encarada como un dato subjetivo. No. Aunque sea la supervivencia de todo lo demás que no sea yo, en una eliminación radical de la personalidad; aunque sea en un programa de coexistencias, siempre es alcanzable desentrañar esa supervivencia *del algo o de los algos*, de los instantes cuantitativamente considerados que me ayudan a comprender, mucho más que lo racional o intuitivo lo que es eso que por medio del concepto llamamos tiempo.

Por lo tanto, en las estériles comprobaciones de lo primitivamente sucesivo e irreversible, nos hemos sentido ahogados. Por eso, cuando leíamos en Fichte que el tiempo "*es una serie infinita compuesta de partes que se suceden*", percibíamos en esas partes un algo escondiéndose sobre el tiempo vacío y no un tiempo auténtico; en cambio, mejor nos parecería lo siguiente: "*el tiempo es una serie infinita compuesta de partes que sobreviven más allá del momento en que estamos, o sea del presente*".

La inmortalidad sírveme para que el tiempo se me

haga inteligible; es como la cacería que se hace de algo que se manifiesta siempre huidizo y que hemos visto que de pronto se aquieta; llegó el momento de que nos apoderáramos de ese algo.

Seguramente las meditaciones antiguas sobre el tiempo aludieron a otras dimensiones; aquéllas que de las ciencias matemáticas en lo objetivo, hasta la misma psicología en el polo opuesto, han servido de base para una especulación sobre lo temporal. Más lejos de ambos destinos, se acerca uno a la idea de tiempo, cuando se la relaciona intuitivamente o más allá y después del discurso con esa particularidad de sobrevivirse, de no perecer en absoluto, de no extinguirse, que acompaña a la humanidad. Y bien, siendo esto un hecho inherente de la vida, a la par que un dato de la razón, no separable de la esencia misma del hombre, vemos que levanta inmediatamente de allí, una realidad que toma cuerpo, retrocede hasta el presente y se desborda hasta el pasado: así se genera la idea de temporalidad. El hambre de inmortalidad propia del hombre, fructifica magníficamente en eso que en la aventura empírica y en el pensar metafísico llamamos Tiempo: fruta apetecible que mordemos todos los días sin darnos cuenta y cuyo valor infinito alcanzamos cuando sabemos que no podemos poseerla más.

Es indudable que va a ser muy difícil restituirle a la metafísica su pureza y fiereza primitivas. La inmersión de lo ontológico en la gnoseología ha herido con profundidad vital la naturaleza de los problemas primordiales. Se ha disuelto la gran cuestión de los siglos en el río del conocimiento; y desde hace tres-

cientos años se vive en un estado de confusión de problemas que conduce al desconcierto.

Los esfuerzos del siglo presente van orientados hacia la ruptura de la cáscara epistemológica que ahoga a la simiente del pensar absoluto. De ahí esas evasiones desesperadas, esas renunciadas y repudios de la inteligencia y de la empirie positiva, con todos sus emporios e imperios, que caracterizan a los sistemas que resucitan en el occidente europeo. Por ello, como vía de purificación, y así como el cristiano desacredita al cuerpo, los filósofos atribuyen a la inteligencia los vicios de la aplicación y de la dialéctica, y recurren a las intuiciones. La intuición intelectual es la plegaria inicial de los sistemas. La antigua ciudad que Sócrates fundara y que Kant casi convierte en imagen lógica, sólo podrá reconstituirse a expensas del acto intuitivo. Intuición de las esencias, intuición de las ideas, de la duración y del impulso, intuición existencial.

Y bien. ¿No podría intentarse una Metafísica que conservara el sentido realista y al mismo tiempo se revistiera de toda la problemática moderna? Habría que repensar a Aristóteles. Pero habrá que hacerlo en una dirección paralela al neotomismo contemporáneo, sin confundirse con él, en lo que tiene de identificador del problema ontológico con el religioso. Lo importante es que ya no se puede más enfrentarse con el cosmos sin pasar antes por la profundización de las ciencias. Y las ciencias son demasiado vastas y amplias como para retener en ellos para siempre a Odiseo antes de pisar los acantilados de Itaca.

La metafísica está más allá de las ciencias, en el sen-

tido de que hay que dominar éstas en algún modo para tratar en planos de inteligencia aquel saber.

Pero se corre el peligro también de llevarse del lodo de la ciencia la huella en las sandalias y de perjudicar así los delicados actos de la especulación metafísica. ¡Horrible aventura la del hombre moderno! O se queda en la ciencia constituída en fin de la jornada con todo su altísimo poder, o si sobrepasa ese reino llevará en sí la mancha de un pecado original, con el cual echará a andar por el mundo de las primeras causas y los primeros principios con la pesadumbre de Adán después de la expulsión. Queda la esperanza de encontrar otras vías en el laberinto para deslizarse e introducirse usando una razón incontaminada en el saber metafísico. Sería un recurso, por ejemplo, de la moral, como lo hizo ya Kant.

Otro podría ser la religión, pero ésta, con el saber de salvación de que habla Max Scheler, se diferencia pronto de la filosofía pura. El otro modo sería el Arte, siempre que superásemos por un aguzamiento de la inteligencia, los impuros encantos de lo sensible, lo intuitivo, lo emocional. Lo Bello, considerado como teorema puro de la inteligencia, sería lo único que podría reconstruirnos la Metafísica al margen de las corrientes modernas que, después de Kant, consideraron conveniente seguir en acto de vasallaje hacia el criticismo, o evadirse de su alambrado de púas merced al mágico influjo de lo intuitivo. Por medio de la Belleza, tratada ontológicamente o a la manera que lo hicieran Platón, Aristóteles y Plotino, se restablecería el pensar metafísico en una forma digna del mejor tiempo de la antigüedad.

¡Todo ángel es terrible! Así empieza Rilke la segunda elegía de Duino. Sí. Pero los más terribles ángeles son los de la inteligencia. Por eso el tratamiento de esta cuestión termina en una espada de fuego que nos cierra el camino.

Es casi seguro que esta meditación no pasa de un amargo pensar en torno a la cuestión ontológica y al modo de alcanzarla en el tiempo actual. Un amargo pensar que no se estructura por carencia de sustancia vital que lo sostenga. Porque es ya una complicación más introducir la naturaleza de lo bello en las raíces de las meditaciones metafísicas. Se ve claramente que toda una fenomenología y una lógica, entremezcladas, confundidas, o en lucubraciones paralelas, se derrama por el pensamiento alemán con el propósito de recoger el hilo de Platón cortado por la navaja de Kant.

Se ve también que la existencialidad, con su raíz en el Ser y con la galvanización del cadáver de la nada y la reviviscencia de la angustia interna del hombre nórdico, también intenta en convertirse en playa para remansar las mareas metafísicas. Y lo que esas doctrinas han sufrido y cumplido por afanarse en escindir la confusión de lo esencial y de lo formal, con ser tanto y contar con tan grandes filósofos y artistas, sirve para prevenirnos el peligro que para la misma tarea en que se halla empeñada la mente occidental, significaría la introducción de este convidado de piedra en el terrible banquete de la Belleza. Correríase el albur nada agradable de que los más graves comensales se fuesen y quedasen sólo ligeros artistas y poetas alrededor de la mesa. Tal vez salieran gananciosas la vida, la belleza y la alegría de existir pero, en cambio, la Metafísica no habría adelantado ni un ápice con lo cual caeríamos en la sobremesa de un alegre convivio sin manjares,

sin comensales discretos, ni vinos, que era lo que tratábamos de evitar.

Al tratar la doctrina de Parménides notamos una circunstancia que radica en la razón humana, y en todos los conocimientos, ya sea el vulgar, el científico, el metafísico o religioso: Es la distinción entre lo real y lo aparente. La inteligencia, apenas se proclama capaz de conocimiento, no hace más que declarar la separación de lo real y lo aparente. Junto con el juicio, operación de la inteligencia que sirve para su afirmación primaria, nace esta necesidad de distinción de lo que se entiende por real y verdadero, lo que se cree que debe ser, y lo que aparenta, engaña y cambia. Esta distinción se puede seguir en cualquier conversación, ya sea del hombre del ágora o del más grande de los filósofos. Quieren todos que no se confunda el dato sensible, la noción de lo que se presenta a primera vista imponiendo su realidad, con la verdadera existencia, la cual siempre se coloca en el interior, o por encima y más allá de lo aparente.

Conducido este problema a un grado superior, donde el pensamiento confina con las primeras causas, esa distinción de Parménides es ya algo que se da como muy avanzado en el pensamiento griego. El dominio de la opinión quedará disminuído aunque tenga este título lógico, pues opinión supone un conocimiento aproximado de juicios; no sólo de datos sensibles. El dominio de la opinión va a quedar desacreditado y lo que es fundamental en Parménides es la Verdad; lo real, lo que es esto en sí, adquiere proporciones gigantescas,

se convierte en cuestión ontológica. Se llama *el Ser*, lo que *tiene* que ser, *que* es, que existe, y con el cual se encuentra uno apenas medita bien cualquier realidad. Porque ante todo debe notarse que si uno no profundiza estos sistemas, corre el peligro de creerlos ausentes de novedad y porque efectivamente, lo primero que hacemos como tarea de razón es eludir aquello que aparentemente se presenta como real, pero que nosotros con fundamentos diferenciamos y sabemos que debemos desconfiar; y buscamos la verdad, a la cual le asignamos una existencia permanente, oculta, alejada, pero al alcance de nuestra razón. Y esto nos parece fácil y natural.

Después vendrán los desengaños y las contradicciones, que pueden conducirnos al escepticismo; pero aun nadando en pleno escepticismo, éste encubre en sí una forma enmascarada de la verdad porque el escéptico mira y sonríe ante las afirmaciones del dogmático, pero al hacerlo él se siente afirmado en algo, aunque sea en la negación de su poder de conocer. Pero es un *algo*, un saber que se sobrepone al conocer inmediato de las cosas, y testimonia la división entre la credulidad primaria y la duda que viene después, aunque esta duda señale una falla de la razón, o un límite de la razón, y una actitud como paso previo del pirronismo. Pero el primer grado del conocimiento al lado del juicio, es esta distinción que la mente siempre hace: lo aparente y lo real, lo que las cosas simulan ser y lo que son en realidad; la permanencia y prestancia de lo real y la caducidad de lo aparente. De modo que apenas se dibujan esos dos contornos cada uno se llena de atributos que constituyen la oposición entre ellos. Nuestra Razón va haciendo de tales atributos actos de fe hacia lo real. Naturalmente gravita la marcha de la razón hacia lo real, hacia la

verdad, hacia el ser, hacia lo permanente, y cuida de no inclinarse hacia el otro, lo no cierto. Hay un camino lógico y natural: la razón busca lo real.

En el ejemplo de la doctrina de Parménides, y en lo que ha quedado estable y evidente de la filosofía de Platón, resaltamos bien lo que en ella se irá a desarrollar, con todas sus proporciones, alrededor de la división de lo aparente y lo real. El mundo, con los hombres, opiniones, artes, y todo lo que vemos, es para Platón la inmensa apariencia. Lo que hizo Platón fue explicar, ordenar, reconstruir el camino de esta apariencia; y ahí no se anduvo con chicas, pues no solamente lo dejaba librado a lo que le daba la razón, sino que recurrió a los mitos, en lo que los griegos fueron maestros. Es decir, el pensamiento mítico lo llevó de tal manera, que el mito llegó al fin a constituir la verdadera realidad, la Idea; y la reminiscencia de la Idea es lo otro, la apariencia. La apariencia de Parménides está aquí acrecentada, pues en ella se coloca todo el voluble Universo. Todo éste es una copia, una reminiscencia. Lo real es la Idea, que escapa al tiempo y al espacio. Ella estará tratada míticamente, pero resulta que es lo que existe, no cambia y tiene por condición el provocar lo aparente y escapar de las vicisitudes... Este pensamiento de Platón, que es grandilocuente, confina con la fábula más portentosa, y *ya no es desarraigable* de la mente humana y a través de él el cristianismo se impregnará de platonismo y de neo platonismo. La filosofía cristiana transformará las Ideas en vivos pensamientos divinos y se organizará la dualidad cristiana de Dios y el Mundo. Este último obtiene una realidad al filosofarse, pero al tratarlo moralmente el

hombre lo desprecia, y emigra en busca de la verdadera vida espiritual, única digna de la razón, huyendo del equívoco, que es la fluencia que se nutre de lo aparente.

La división admitida por Parménides permite esa marcha del pensamiento de Platón y sus consecuencias; la vemos ahí realizándose en un rango altísimo. Pero si salimos de ese plano de la metafísica y de la religión, y pasamos al pensamiento vulgar, constatamos igual dualidad; al emitir un juicio hacemos mención de lo que se simula ser y de lo que es. Siempre, en estas direcciones empíricas, hay que considerar un juego dogmático de la razón que se desarrolla en los sistemas conocidos; aunque siempre quede también como posibilidad para el conocimiento humano, la dicha de constituirse en la misma apariencia, es decir, admitir que la razón no está hecha para lo absoluto, y que su dominio tiende al límite; y entonces se dibujará dentro de ese mismo ambiente delimitado la vieja dualidad, hecho que se agudizó con la sofística, en la que hay un pensamiento que, al revés del anterior que es grandioso y optimista, es a la par grandioso, y desolado y amargo. Es el licor que bebieron los sofistas: Protágoras y Gorgias, y que pasó así a deambular por el pensamiento griego en algún grado estable, al margen de la sabiduría. Y que sigue en la metafísica de Kant, en el fenomenismo de Hume y dentro del positivismo. En todos estos sistemas se separa también lo aparente de lo real, y en el positivismo, lo real son las leyes y lo aparente son los cambios, los desorganizados fenómenos que las leyes rigen.

67856



El primer enunciado del racionalismo y del idealismo dogmático, es: El pensamiento y el ser son una misma cosa. Y es lo que oímos en Parménides. La clave de ello está en esa definición lógica de la verdad que dice: la verdad es la adecuación completa de la idea y el objeto; de modo que, cuando conozco algo, mi idea de ese algo coincide con la experiencia que realizo. Esto, que ocurre como un fenómeno del conocimiento lógico, y es a la vez un mecanismo del conocimiento, se lleva al plano metafísico con Parménides, y se dice: *conocer algo es ser algo*, identificarse con algo, renunciar a ser lo que es uno es y confundirse con lo que se va a conocer. Todo el idealismo metafísico está maduro en eso: las leyes de la razón son las leyes de la naturaleza. Conocer la naturaleza no vale la pena; se la conoce mejor al conocer la razón y sus leyes. Me ubico en el Yo absoluto, en el pensamiento puro. Estudio las leyes de la razón: inducción, deducción y generalización, y las aplico a los fenómenos, y así obtengo la ciencia en seguida de la naturaleza en su plan primordial. La dialéctica hegeliana no es nada más que la aplicación de las leyes de la razón a la naturaleza, que trata de escaparse de cualquier manera, pero que aquélla con su lógica atrapa y le impone su modo de ser; y la naturaleza no es nada más que lo que hace la razón. La intuición bergsoniana termina por afirmar casi lo mismo: la intuición, como simpatía intelectual, o acto de introducirse el sujeto en la esencia del objeto, como hemos visto ya muchas veces. El conocimiento de algo implica una identificación con el algo; al estudiar una ciencia o un conocimiento cualquiera, digo: esto me lo aprehendo, me lo incorporo. El saberlo, es transformar lo objetivo en mi propio ser pensante, con lo cual viene a ser igual ser que conocer. Por eso, Parménides está

en el principio del racionalismo y de las metafísicas monistas. Y de la lógica, ya que en él anda también el esqueleto del principio de identidad, que luego desarrollará Aristóteles.

Y así, vemos que en obras recientes, Enríques y Santillana digan del eléata: "Es un racionalista, el primero en data de los racionalistas conscientes en la historia del pensamiento."

Huímos de lo aparente y de lo equívoco y nos inclinamos hacia la Verdad, la que siendo la tierra firme del conocer es también el signo revelador del Ser que en alguna forma existe. Cuando conocemos este Ser, o algunas de sus partes o ínsulas, nos identificamos con él en un acto profundo y casi sacro de la razón. Porque, y en esto el buen sentido y la razón lógica son tan sabios, preferimos identificarnos siempre con seres y no con apariencias que se nos huyen. Tanto es así, que cuando no los tenemos, los postulamos. Frente al abundante alimento de los sentidos, la razón insiste en ser el ascético mastín del otro hueso.

La gran tentación del hombre es la objetividad. La idea de la unidad existente sin participación de objetos reales e ideales equivale a una negación parecida a la del aniquilamiento total. La razón del hombre tiene horror al vacío circundante, como la naturaleza de Pascal con respecto al vacío físico. De ahí la fabricación de objetos, situados en espacios, con formas precisas e invariables en que concluye todo acto de racionalización operado en el medio que nos rodea. Llega un momento en que la objetividad se modela en el Ser

absoluto como ocurrió con los eléatas, o en fragmentos atómicos o en números pitagóricos. El objeto, al proclamar su existencia en forma perfecta e inmóvil, restablece un equilibrio necesario para que la razón subsista dueña de sí misma. Con igual necesidad ocurre esto cuando identificamos el ser o los seres con las verdades lógicamente basadas. En el orden inferior de lo sensible la verdad coincide con el dato que la intuición proclama como real, por medio del tacto, y nos declaramos satisfechos del realismo vital y sanchesco de ese detalle tan seguro. Lo que tocamos parece gozar de más existencia real que lo que vemos u oímos. En los movimientos racionales, igual constancia: la objetividad de las ideas y de las formas y de los mitos y de los números, es necesaria para el equilibrio de la razón. Ésta, aunque el empirismo trate de rebelarse contra ello, es *éperduement* platonizante. Esta meditación que se originó en Parménides, después de los desarrollos que hemos seguido, termina anudándose con el siguiente, de Husserl: "La verdad y el ser son, por el sentido mismo del término, categorías evidentemente correlativas. No se puede relativizar la verdad sin relativizar el ser." El pensamiento es un huésped dichoso cuando pasa a habitar la morada de lo aparente y hace de ella su hogar ontológico.

La primera golondrina que véis en el amanecer, es de la inteligencia de la noche el último argumento.

Lo extraño, lo magnífico, es que siempre, a pesar de

todo, con lugares comunes, los que son grandes poetas seguirán haciendo poemas eternos.

En la madurez el verdadero poeta es como Anteos apenas siente el rozamiento a su lado de una joven y hermosa inteligencia, empieza a recuperar las prodigiosas fuerzas.

Si hiciéremos olvido de esa gran abstracción o clásica metáfora que es el hombre en su énfasis intemporal, para fijarnos con más claridad en las manifestaciones circunstanciales con que lo arroja la historia, tendríamos esas formas que a la mente suben y que van en declive desde el hombre racional puro, al hombre con fuego divino, al hombre fabricante de dioses y de espíritu, al hombre de carne y hueso, hasta al hombre sobresaliendo como una flor del humus animal... Pero en este descenso, no es posible seguir las degradaciones hasta una atomización del hombre, o una divisibilidad de su concepto hasta el infinito.

En el pensamiento y en lo discursivo y, más aún, en lo real del mundo tenemos que detenernos en una manifestación comprensible que trascienda como unidad bien pensable y concreta. Tenemos que dar forzosamente con la especie de *mónada*, más o menos pura o degradada que conocemos en nuestro contacto con el universo que nos toca en suerte vivir y morir. Entonces el hombre se coagula alrededor del personaje central de las doctrinas naturalistas o pasa al protagonista de las doctrinas económicas, políticas, sociales y culturales que llenan libros y universidades. Por último, nos sentimos más firmes cuando le llamamos individuo, perso-

na, personalidad; como se estila hoy. Sea lo que sea, él representa un escalón sobre la naturaleza y la misma vida. Un salto en el orden establecido, un *quantum* posible de espiritualidad, de acción, de libertad, de cultura, de ética. Pues bien, ese individuo así perfilado, y que hay que aprehenderlo en todas las edades y situaciones, requiere un mínimo de existencialidad, de permanencia en el mundo en que nace. Requiere bienestar.

De ahí es que se debe estudiar y solucionar el espectáculo deprimente que trasunta el vivir de las masas más necesitadas. Hay que articular esos seres humanos con la naturaleza y hay que hacerlos entrar en el engranaje racional del trabajo y de la cultura. *Sin este mínimo, no tendremos hombre, ni hombres. Es imposible seguir adelante sin atender y corregir la vigencia objetiva de la miseria humana.*

El realismo encierra un significado tan incómodo en arte, que ya no se puede usar el término sin asignarle una determinación histórica o individual. En ambos casos esa determinación tiene que ser bien precisa; así debe hablarse del realismo de tal época o siglo, del realismo en la obra de tal pintor o de una parte de su obra. En su significado general, o si se quiere filosófico, el realismo se define de tal manera que hasta puede confundirse con la doctrina de Aristóteles sobre lo bello, el pensamiento de algunos aforismos de Leonardo y el carácter dominante, por ejemplo, en la pintura de un pueblo como el español. Se ve entonces, encerradas en la extensión del término, tres grandes realidades artísticas completamente distintas entre sí. Fuera de un

sentido tal que ha originado tantas teorías y sistemas, y que se levanta siempre contra lo que tradicionalmente se llama idealismo, el realismo puede servir también para clasificar las artes: así, serían realistas aquéllas que más contacto mantienen con el orden natural: pintura y escultura, en oposición a la música y a la poesía y a la arquitectura, cuyo dominio se halla en la liberación de la realidad. Pero, aun podríamos, dentro de cada una de las artes, hecho sumamente frecuente, seguir estableciendo las distinciones, tal es lo que ocurre en pintura, ya se la considere en lo histórico como en lo doctrinario.

Sólo debo referirme de un modo muy general al último sentido del realismo. Lo que se nota desde el romanticismo a nuestros días es que se asiste a una verdadera fuga de la concepción realista. El término sufre el tránsito de la grandeza y de la miseria, en etapas que se desarrollan en los mismos artistas, en la crítica y hasta en el público. En un sentido sorprendente, casi nadie quiere ser considerado realista hoy, pero en cambio todos se afanan de que su arte debe expresar la vida, la verdad, con la forma y el color. La naturaleza proclama su señorío en el arte plástico, pero ni aun así se permite que, al amparo del triunfo de lo natural, se introduzca la concepción realista en el arte representativo. He estado leyendo uno de los libros más extraordinarios de crítica que existen en el siglo XIX: *Variétés critiques* de Baudelaire. Pues bien, toda esa obra es una constante revelación de un espíritu en lucha contra el realismo en el arte. Las críticas de los salones de mediados del siglo, no conceden una gran importancia a los pintores realistas que vivían entonces, Courbet, Millet, Corot, por ejemplo. Si se les elogia, no es precisamente a través del realismo que con-

tienen sus obras. Baudelaire influye en todo arte posterior y en la misma crítica de hoy. El espiritualismo, el impresionismo y el simbolismo, son reacciones contra el realismo. De igual modo hoy, si surge el realismo, los vemos a través de términos así: realismo mágico de Franz Roh o superrealismo, o expresionismo, escuelas de reciente brillo. No resta sino mencionar el cubismo, para obtener la síntesis de los grandes movimientos anti-realistas de los últimos años.

Recientemente, Charles Lalo, resume en una sistemática exposición de filosofía del arte este estado de la cuestión, en un libro cuyo título significa ya mucho: *El Arte lejos de la Vida*. En una moderna exposición de arte francés, a medida que dirigimos nuestros pasos hacia el fondo de las salas podemos asistir a la fuga del realismo del arte, y al mismo tiempo que nos acercamos a las pinturas de nuestros días, entramos poco a poco en lo abstracto y lo mágico.

Meditando a través de esas transiciones, todos hemos seguido el movimiento indicado, pero cuando una expresión de verdadera pintura nos arroja de pronto en un pequeño fragmento de realidad, nos hemos estremecido en lo más vivo y profundo. La verdad, lo real, lo natural, aparecen allí bruscamente como un rayo de genialidad y ello ocurre a través de una humilde cosa representada tal como es. Pongo por ejemplo: una naturaleza muerta de Gauguin, la cabeza de Cézanne con su galera, pequeña tela que es un milagro de la exposición, o la misma *Reponse* de Picasso. ¿Qué ha ocurrido? Esto sí es real, puro, externo y eterno, exclamamos. Luego, en lo que se refiere a realismo se nos hacía entender otra cosa, o el realismo verdadero es éste, que se impone con su debilidad y su fidelidad a lo naturalmente dado por el mundo de Dios. Lo cual sig-

nificaría que entonces, a pesar de todo, hay un realismo auténtico que no puede morir. Lo que ocurre es que después se nos hace difícilísimo definirlo, decir cuál es, y más peligroso aún, demostrarlo a los demás, porque ocurre que cuando hablamos de él con toda fe, los que nos escuchan suelen pensar en otros realismos totalmente distintos, y hasta inferiores. Más grave aún se torna si entramos en la crítica y en la filosofía del arte, y en los autores.

Considerando esos últimos ejemplos, basta. Lo de Leonardo, entre muchos pensamientos afines: "*la pintura se extiende a las superficies, colores y figuras de toda cosa creada por la naturaleza*". Parecería ser éste el lema fundamental de todo realismo. Sin embargo, Leonardo pinta ideas, cosas mentales. La observación que se le hizo a Claude Monet: "no es más que una pupila", de igual modo que lo de Leonardo, sirve al realismo puro. Eso no obstante, Monet no es realista, pertenece al impresionismo que niega al realismo. Y, más allá de ellos, lo de Goethe: "*precisamente por la realidad es cómo el poeta se manifiesta, si sabe discernir en un tema vulgar un lado interesante*". Lo notable de estas tres definiciones, es que más allá de lo que significan, han sido formuladas en un estilo metálico, realista, y no obstante ello, son de verdadera profundidad.

En los últimos días, el escritor alemán Franz Werfel, se expresa sobre el realismo en una forma totalmente opuesta. Dice: "la historia del arte demuestra, como todo lo humano, un movimiento progresivo en ciclos constantemente nuevos, y no una progresión lineal. Siempre, al considerar estos ciclos se nos presenta la misma ley. El arte asciende desde sus comienzos titubeantes hacia su cumbre, que es inviolablemente religiosa y simbólica. De allí desciende hasta el amargo

fin de la época respectiva, caracterizado con igual inviolabilidad por el realismo y el naturalismo. Esto no reza menos para la historia del arte egipcio y helénico, por ejemplo, que para el destino de la pintura al fresco y sobre tablas del medioevo, finalmente degenerada en autónoma y sin arquitectura pintura de caballete. Se observa así una y otra vez en lo pequeño el mismo acto de secularización, de separación del hombre de lo divino. Pero el mundo no abandona por placer a su Creador. Es una fuerza sobrehumana quien lo vence cada vez, un cansancio y desfallecimiento extrañamente mezclados con la porfía más exasperada. El hombre mítico, el Adán primitivo, la imagen recién creada y levantada de Dios, vió siempre en toda naturaleza, por rudimentaria que haya sido su vida, el significado supernatural. ¿Qué es, en cambio, el realismo? La fórmula pugna por salir de entre los labios. Es la voluntad obstinada dedicada a lo insignificante, a lo carente de significado. El realista, con su alma débil, teme y niega el secreto que contienen las cosas, por obra de la Creación y el que cantaba el arte de acuerdo a su significado primitivo”.

El párrafo, en su total hermosura, me llamó poderosamente la atención. Pero a mi vez, se me ocurrió que precisamente el gran artista es aquél que sorprende la humilde verdad de las cosas creadas y las expresa tal cuales fueron distribuídas al alcance de nuestras pupilas, con la inocente desnudez de sus formas primarias, por la voluntad infinita de creación, que dirige el orden de lo natural. Pero esto no hace sino rehabilitar la concepción realista del arte, o sea respetar la humilde cosa escapada del gesto divino. No sé dónde estará la Verdad, pero sí, estoy seguro, que una multitud de artistas plásticos y de todo orden, surgieron en

mi memoria en el acto. Y es más aún, pensé en Giotto, o Leonardo, o en Velázquez, o en Cézanne, entre mil.

Existe entretanto en arte una verdadera lucha contra lo que se llama realismo. Suele confundírsele con una lucha contra la realidad. Lo que paralelamente ocurre es que no hay acuerdo en lo referente a lo que es la realidad. También intervienen aquí los planos y escuelas y razas aun mismo entre los artistas y críticos más célebres. Bergson ya estableció que la idea de realidad no es nunca precisa. Existe una realidad, afirma, inaccesible al entendimiento de la razón. Esta última no está hecha para la realidad que es móvil y huidiza. Pero aun mismo saliendo de la realidad de los filósofos la misma realidad de los artistas y más concretamente la realidad de la pintura también es inaccesible a la razón. Solamente la posee el verdadero pintor merced a la intuición individual. Pero lo maravilloso del caso es que la realidad dada por el arte, no coincide con la realidad proclamada por la teoría del artista y del hombre común, y, en cambio, coincide con la realidad de la naturaleza.

Y el milagro artístico se cumple a pesar de las negaciones y conflictos, en la obra pictórica. Esta es una de las paradojas más inexplicables de las artes. En oposición a esta lucha, otra forma de paradoja enigmática, existe en Leonardo. La aceptación total del realismo, se lleva a cabo en *La Cena*. Los objetos de la mesa: el pan, el vino, los cubiertos, los manteles, están representados como brillantes de la realidad y de tanta aseidad que poseen, parecen divinos. El polo opuesto de esta realidad está en el drama sacro de *La Cena*, en la palabra y el gesto de Jesús que se imprimen en el movimiento idealista del Verbo. El mismo Leonardo, en su tratado, proclama como clave de todo realismo:

“Si tú expresaras la pintura, que es tan sólo imitadora de todas las obras evidentes de la naturaleza”. Por momentos, hasta parece que sirviera de antecedente a la práctica de los mismos realistas franceses, Courbet, Millet y otros: “En las horas del anochecer observa por las calles los rostros de los hombres y mujeres cuando el tiempo es malo, y verás cuánta gracia y dulzura se descubre en ellos”.

Se llama realismo en el siglo XIX a una tendencia de la pintura francesa, que coincide con semejantes formas en literatura, filosofía y las otras artes y domina entre los años 1850 y 1880. En pintura, está representada por Courbet, pero participan Millet, Daumier, el mismo Corot, Manet, en parte, y las primeras obras de los impresionistas. Pero, mera simplificación y con el propósito de individualizar, siempre se nombra a Courbet como representante característico. Tanto es así, que estudiar la obra de Courbet es agotar el tema del realismo del siglo XIX para muchos. Pero no debe ser así: el realismo tiene orígenes en lo romántico y se superpone a las teorías de muchos impresionistas. Coincidencias extremas con el realismo: afirmación de la burguesía en el segundo imperio, movimientos sociales y obreros, novela realista y naturalista, positivismo o eclecticismo en filosofía, divulgación de doctrinas socialistas y estrecha vinculación de los pintores con los escritores y doctrinarios de la época.

De un modo general, como doctrina, el realismo sostiene:

a) *Sólo se debe pintar lo que se ve.* Lo circundante en su forma natural, humilde, permanente. De ahí el abandono de los temas históricos, la pintura del pasa-

do, del símbolo, de lo ideal, de lo real trasfigurado por el sueño de la imaginación.

b) *La pintura tiende a expresar lo social.* En su afán de verdad, el pintor se dedicará a revelar el sufrimiento de los paisanos y de los obreros. Esto se refiere, en el propósito, a la obra de Millet y de Courbet. En contraposición con ello, recuérdese la temática grandiosa de los románticos, y sus planes destinados a expresar lo heroico, lo legendario, lo lujoso.

c) *El propósito del artista debe ser el representar la vida de su tiempo.* La pintura debe ser actual, moderna, en cierto modo significar un documento. Algo más: la revalorización de lo pequeño, humilde y estrecho de la servidumbre humana, para despertar en los hombres un amor hacia los seres de las categorías humildes. En cierto modo la pintura se torna evangélica. Eso ocurre en manos de Millet, con temas profanos, como puede verse en esa *Madre que alimenta a su hijo*. El pintor nos sumerge en lo más concentrado y religioso por la vía de lo humilde profano. Por lo demás, recuérdense otras telas de Millet. A este pintor, en estos últimos años le ha ocurrido que ha penetrado demasiado en el público, tanto que se ha tornado familiar, pero a fuerza precisamente de su afianzamiento en nuestra emoción más directa. Hasta lo hemos poetizado y, para el público, un realismo así es sinónimo de perfección y acatamiento. Ello no obstante, Baudelaire se burlaba de Millet en ciertos pasajes, pero no del artista, sino del propagandista que exageraba a sus hombres simples, representándolos como víctimas, orgullosas de proclamar su existencia difícil ante los demás. Para Baudelaire esteta, diabólico, aristocrático, complicado, aquella humildad resultábale insoportable. Ello no obstante, hoy nuestra

sensibilidad está lo suficientemente enriquecida como para comprender a Baudelaire y a Millet.

d) Como consecuencia de lo anterior, la técnica de los artistas cambia: los colores se ensombrecen o descienden de tonalidad, la atmósfera se densifica y se convierte en algo sin alegría. Firme, densa, descendiendo en los colores, se inicia la pintura al aire libre, se reaviva el interés por la pintura española y flamenca, se va hacia el retrato colectivo, en estudios de caracteres de hombres sin aureola exterior pero con intimidad, fortaleza y dolor. De ello, dió ejemplo sobre todo Courbet en su *Entierro de Ornans* que es una especie de réplica realista al entierro místico del Conde de Orgaz, del Greco.

e) De acuerdo con todo esto se establece el equilibrio de lo objetivo. El pintor se convierte, en lo posible, en imparcial, o así se cree por lo menos, contra el subjetivismo romántico y el apriorismo mental de los clasicistas. La forma y el color recuperan el tono adecuado y normal de las cosas. La naturaleza elegida para el paisaje tiende hacia el tono medio, con una visión gris y grave en todo lo interior y exterior. Las escenas representadas, en las cuales el hombre interviene, son las del trabajo o las del descanso. Y todo ello tiende a que el hombre adánico, intemporal, sea el Dios de esa máquina de lo creado. Nada de lo sobrenatural o alegórico, y menos mitológico o convulsionado, viene a interrumpir este reinado de los seres corrientes que presenciamos.

f) Dentro del realismo cabía también un conocimiento cabal de la persona. El yo y el otro, son tan reales como las cosas; luego el realismo se dedicará a revivir el valor del retrato. Y, además, se dedicará a la representación del hombre en grupos (campesinos o

artistas), como hizo después Fantin-Latour, o esos documentos humanos dignos de Goya, que llenan la pintura de Daumier.

Tales son los principios generales del realismo. Sobre esa base los artistas particularmente ofrecieron las variaciones temperamentales. Al mismo tiempo, los principios fueron olvidados en muchos momentos, estableciéndose enlaces con las formas clásicas y románticas del pasado y las impresionistas de fines de siglo. Hourtic dirá de la última escuela que fué un "realismo flamígero".

Es indudable que el realismo salvó a la pintura francesa a fines de la exaltación romántica. Fué como un recogimiento, una detención del genio francés por unos años, en íntima comunicación con la naturaleza y la verdad, para que fueran posibles después los grandes movimientos que se inician con el impresionismo y que vienen hasta nuestros días. El realismo es como un clasicismo empírico, sin doctrina, dictado por el sentimiento natural dentro del orden de lo creado. Siempre es como un viento que aparece, aunque sea difícil defenderlo doctrinariamente. ¡Y vaya si lo es! Sus proyecciones se extienden en los autores de los movimientos posteriores y a los actuales, casi en plena mitad del siglo xx.

Frente a alguno de ellos, como ser Derain (magistrales naturalezas muertas), Gauguin, Cézanne y Picasso, se me ocurrió esto entre irónico y trascendente. Que para un crítico del próximo siglo, los artistas que mencionamos, tan lejos entre sí, podrían ser considerados como realistas, borrándose las actuales diferencias y disputas con los años.

Desde el plano de la valorización a través de los estilos, según la doctrina de Wölfflin, el realismo suce-

de al romanticismo; como un retorno de lo clásico, o un sentido de lo clásico, frente a lo que hay de barroco en todo arte romántico. A lo lineal y contorneado, al dinamismo plástico de la forma, sucede lo estático, profundo, equilibrado, de los realistas de este tiempo. El movimiento, si existe, se convierte en algo más delicado, se llama vibración, estremecimiento y pasa al impresionismo en el instante en que éste realiza la cacería de la luz y de la atmósfera antes de captar las cosas. Para compartir ese trance no tenéis nada más que pasar la vista de un Delacroix a un Gérícault, o de un Gros hacia Courbet, autor que se ha establecido entre ellos y se mantiene inmutable. De allí, ir a Sisley, Monet y Van Gogh.

Por fin, también el realismo pretende defender lo que las cosas tienen de inalienable; más allá de la misma luz que se interpone entre ellas, y que circula en la atmósfera que va del pintor al objeto, y de objeto a objeto. Ya es indudable que el realismo francés por su tendencia a ir al aire libre y huir de los interiores o de concebir a éstos en ubicación fuera de los talleres, preparó conjuntamente con el advenimiento del culto por la pintura de España, a través de Courbet y Manet, la sistematización de la doctrina impresionista. Con todo, a través de la atmósfera y del color, el realismo respetó lo que las cosas ofrecen de inalienable. Constituyó, bien conducido y equilibrado, una forma de pudor. Las cosas siguen pidiendo, con un "no me toquéis", que se las represente en su ingenuidad y desnudez.

El problema de la idealización de la forma, que tanto preocupó a los griegos y a los renacentistas, revive

con vigor inusitado siempre que uno se halla frente a la escultura.

La idealización de lo real existente o viviente a que tendió como proceso natural la escultura de la gran época de los griegos, señala un proceso eterno del arte.

En cualquier pueblo que se manifieste el arte plástico, después de convivir éste con el orden natural y de gozarse de la amistad y la felicidad de las cosas perecederas, y en seguida de hacer la fábula de convertirse en su espejo o su eco, empieza un lento trabajo de simplificación, generalización, y la marcha hacia modelos o tipos que concluyen en erigirse con todo orgullo en espléndidas ideas.

Vale decir que en la práctica escultórica, después que las formas han usado el vestido de las cosas y los detalles, tienden hacia la desnudez y la abstracción y van a estabilizarse en la proximidad de los moldes ideales. Desde allí trabajarán sólo para los siglos.

La exposición de cualquier artista verdadero, repite esta peripecia de las formas. Tras la batalla por la posesión de la innumerable riqueza de lo natural, viene el premio de la calma sobre las rodillas de los dioses.

La escultura es un arte simple y pobre; su ley es la unidad formal. En el fondo, como rehabilitación de sí misma, por haber prescindido del color, del movimiento y del sonido, debe proporcionarnos la sensible pureza y la perfección de la forma. Yo no sé si se ha meditado bien sobre la gigantesca abstracción que suponen el busto o la composición estatuaria. Lo eliminado es tan grande, lo sustituido era tan necesario, lo desvitalizado es tan poderoso que, mirando bien, debe ser tarea principalísima de toda escultura el de-

volvernos a través de otras hazañas, las desnudas formas, el universo que nos ha ido quitando.

Nada hay más distante del ritmo oscuro y huidizo de los seres, que el permanente descansar de las estatuas. Por eso, también, no hay nada en arte que haga pensar tanto en las ideas, como la dimensión espacial que el mármol o el bronce imponen a la materia expresiva.

La lógica natural de las formas plásticas es tender a convertirse en moldes ideales. Por eso, el verdadero artista debe ser el que manteniéndose dueño de todos los imperios y bienes reales y naturales, contiene aquel impulso mencionado, se apodera de él, lo ajusta a un ritmo personal que no le permite huir hacia lo lejano y abstracto, aunque tampoco le concede familiarizarse demasiado con las apariencias sensibles. Los modos de la naturaleza y las ideas, se disputan la primacía en la torre de la forma; el artista puro es aquel que se adueña del misterio plástico de restablecer el equilibrio en medio de la batalla.



Con motivo de una exposición, he asistido en mí al resurgimiento de estas manifestaciones. ¿Dónde radica el secreto de esta escultura tan mesurada y graciosa, tan profunda como delicada, tan fiel a lo natural como cercana a las purezas ideales?

No hay nada para halagar ni para sorprender sino, por el contrario, un ascetismo de índole estética cobija con un manto de ceniza toda esta blancura que busca la dimensión de la permanencia temporal. Ello no obstante, tenemos que reconocer el acontecimiento de disciplinas, límites, supresiones, recatos y sublimaciones que nos encantan o nos tiranizan. Un linaje de

bustos, figuras, composiciones estructuradas, quietudes y movimientos, proclama su señorío a través de un himno silencioso que es armonía y gracia a la vez.

Lo mesurado, lo estremecido, lo trabajado y lo intuitivo nos salen al encuentro, a través de los cuerpos y de las figuras, para prepararnos un goce puramente artístico que se desarrolla dentro de una unidad y de un encantamiento apenas esbozados, pero no por eso menos tiránicos.

La escultura nos muestra la forma real; el cuerpo, a través del contorno imitativo, se desnuda como un objeto en coherente correspondencia con las proporciones naturales. Toda exageración ha sido eliminada, en un acto de pudor exquisito; de suerte que la pupila se pasea en la objetiva naturaleza expresada, como en un imperio que le es familiar.

Consérvase cierta libertad, dentro del orden y del ahorro de los detalles, y los grandes planos constructivos sólo están para proclamar el firme sostenimiento de las figuras en la red de la gravedad física y la armonía de ciertos movimientos que ignoran la tragedia de lo exagerado y el desorden de las pasiones.



Frente a cualesquiera de las figuras escultóricas podréis aplicar el precepto definidor de Hamann: una obra plástica no solamente se percibe, sino que puede recorrerse por las partes con la mano o imaginar que se recorre. Así como la pintura tiende de ser "cosa mental" en el término de Leonardo, el destino de la escultura es seguir persistiendo en permanecer "una cosa o idea plástica", es decir, objetivada, visual y táctil a la vez, inundándose en la luz sin perecer en ella y afir-

mándose en la tierra sin desplomarse en el oscuro elemento.

Independiente criatura por donde quiera que se la mire o juzgue. Independiente mismo de la intención subjetiva del espectador y de la máquina general de universo, que jamás le cierra el paso con sus cosas, sino que la invita a sobrevivir adueñada del espacio y del tiempo.

No hay, en las obras del escultor, cortesanía para con lo demás de la naturaleza, con el fin de conseguir algo más que la objetividad necesaria; hay conquista imperiosa, imposición jerárquica, correspondencia plástica, dentro de un mínimo de expresiones, en la firmeza de un límite de proporción, movimiento y sensibilidad.

El mejor elogio que puede hacerse de la obra escultórica, es que concuerda con el orden natural, se arraiga en el movimiento histórico y social de la época en que se produce y al mismo tiempo mantiene un íntimo contacto con la ley universal de lo bello plástico.

Añadiré que la escultura desarma al espectador desprevenido, por su carencia de recursos. Los más fieles a fórmulas hechas, como los despojados de toda preocupación formal, se sienten inermes ante las obras desplegadas con simplicidad. Lo que parece manifestarse en la materia determinada ya, es una ondulación de linaje impresionista y de un modelado estremecido por la humana incertidumbre. Cuando ésta se afirma en algo definido, lo hará siempre a través de logros diáfanos o ligeros. Ante ellos, la crítica y la misma fi-

losofía, ven que la materia se ha desprendido de todas las adquisiciones; ante ello el juicio de gusto se inhibe y parecer caer en un pozo de aire que suele ser, cuando es algo, la conciencia de una ignorancia profunda y docta.

Puédese, en las primeras esculturas de un autor, percibir un modelado débil; pero ése no será más que un pasaje hacia una forma que se desmaterializa en la medida que adquiere firmeza y perennidad. Detrás de cada pieza particular está impreso un trabajo continuado, que podría describirse como una ondulación en la arena de lo material, movediza aún, para la cual conviene recordar el movimiento de la ola o la ondulación musical.

¿Sería válido un acercamiento entre la escultura y la música? Yo creo también que sí; no hay duda que circula en la materia algo rebelde aun al lenguaje del sentimiento, acaso una música profunda y delicada como la de Ravel o Debussy. Pero esto no es más que una aproximación momentánea, un gusto de estetas asociativos, pues la obra del escultor no violará jamás el límite de la plástica objetiva y pura. Esas aproximaciones pueden servir de alegorías o puentes para un conocimiento mejor, porque es sabido que no hay arte que se complazca en un desamparo mayor que la escultura, y en el que el comentario sólo tenga algo de auxilio e interpretación extranjera.

Su ley, precisamente, consiste en un riguroso ascetismo; el mármol, la otra piedra y el bronce, representan un despojo de todo lo complejo, variado y vivo que acompaña a toda cosa posible de ser representada. El escultor, de esa tarea propia de la plástica se sirve de escudo para ir a una depuración más, realizada en planos secundarios o terciarios. Entonces, lo que permanece inalterable en la obra es la sensibilidad inteligente. La frase más definidora de ese arte y que tendría el don de reunir a las más dispares obras, sería, pues, la de sensibilidad inteligente, que trasunta el original modo de ser del escultor. Así ha podido expresar lo natural dado a su creación, respetando la originalidad de los modelos. Su fidelidad a lo natural es tan grande que le ha impedido caer en la tipificación o en amaneramiento.

He vuelto a ver el centauro crepuscular de Bourdelle, en sus jardines urbanos. Desde hace veinte años, siempre que puedo, lo visito; cada vez me parece más delicado, más firme en la plenitud de su realización plástica y de su destino y de su divina bestialidad. La última vez que lo vi, bañáballo un sol amarillento de invierno, el cual lo revestía de un vano atavío que me pareció sobrenatural y doliente. Es posible que sea de lo más perdurable de Bourdelle; pero su vitalidad se afianza en dones tan extremecidos y sutiles, como los que nos conmueven en los bronce manumitidos de la tierra. Nada de afirmación impuesta, nada de gesto, nada de ademán que pretenda ser fuerza y originalidad, aunque en realidad sea llamado postulante de la atención y la fama.

La estatua auténtica ni habla, ni actúa, ni reina. Sencillamente *está*: existe. Se afirma en un postulado esencial de existencia *en el universo de lo bello*. Con eso basta; porque una existencia que se proclama y se denuncia sin ningún gesto, es como una estrella desnuda en el espacio o una castidad de flor cuya tiránica presencia corpórea se impone por su ley de fragilidad. También en eso, las esculturas se asemejan a los entes matemáticos.

Pero en todas las obras escultóricas, los elementos se avienen para una concreta determinación y no sirven para otro fin; expresan algo concreto: sentimiento, actitud, idea, posición beligerante o contemplación en la época. El verdadero artista plástico, no abarcando propósitos extensivos ni multiplicados, se circunscribe como todo hombre que conjuga sus potencias y sus límites, dentro de una esfera bien específica, lo cual le permite alcanzar lo más difícil del arte; la unidad, en función de la armonía de las partes, la sensibilidad más inteligente, la gracia espléndida de lo vital, la verdad clarísima de un sector del universo bien elegido y poseído. Desde su ascensión en espirales, ha sabido elegir bien y gustar el fruto que enriquece el árbol de la vida y así ha visto con indiferencia y hastío el perecer del fruto seco de las normas, cuyo sino es morir, sin huellas, sólo llenando el vientre de la esfinge.

Lo que se anuncia en la plástica de los bustos, es la individualidad integral. Cada retrato es una unidad plástica y moral a la vez; y no percibiréis la semejanza de estilo, la tendencia a la esquematización, ni el pere-

zoso musgo del amaneramiento. Libres son las formas, una vez creadas; libres, gozosas y diferentes. Más que por condiciones de una técnica incorporada a lo largo de un aprendizaje o derivándose de una doctrina o de un modo impreso, la obra está obedeciendo a un imperativo de la sensibilidad extraordinaria de que es feliz dueño, como gracia primordial.

En todo momento, la sensibilidad, que ha sufrido el castigo vigilante del buen gusto bien adquirido y de la tenacidad, se hace presente en las obras del escultor; en el detalle del modelado justo y ceñido, en el claro oscuro que redondea las líneas del cuerpo, en el movimiento mesurado y sereno que imprime a sus formas más complejas. Viéndolas, uno tiene tentaciones de proclamar que toda pasión, toda dramaticidad, toda exageración del ritmo precioso de la materia concorde con la armonía del cosmos, es puramente barbarie.

En toda escultura hay siempre la figuración de un movimiento. Un movimiento que empieza por ser el de la vida misma, y que es como una defensa primitiva contra el tiempo. Después hay un movimiento equilibrado de formas que están seguras de su corporeidad y libentan su dinámica en el espacio. La escultura que no logra expresar el movimiento inmanente de las formas vivas, cae muerta, y la estatua se desploma, pues la ley de inercia se aprovecha de los volúmenes que naufragan y los aniquila. La escultura que prescinde de ese movimiento, aunque permanezca quieta en apariencia, sufre la injuria inmediata de los ciegos destinos

físicos y se desorganiza como la vestimenta ausente del cuerpo.

Las últimas palabras de Sócrates, en el *Hippias el Antiguo*, son de agradecimiento hacia su interlocutor después del prolongado discutir, al mismo tiempo que dejan en el ambiente el pensamiento que guió toda la dialéctica del diálogo: "Las cosas bellas son difíciles", o "la belleza es difícil". Que así traducen distintamente los autores. Frase llena de sentidos muy fluctuantes de carácter délfico, es decir poético, profético y ambiguo, a la vez.

La cuestión que seguidamente aparece en el proceso platónico es aquella relacionada con la creación de la belleza y en particular con la *inspiración* poética. En *El Banquete*, en *La República*, en *El Ion*, la dilucidación de la parte activa del artista en la creación de lo bello, enlazando estos temas con los propios del fenómeno creador dentro de lo poético, se desarrolla en un contacto muy íntimo con las fundamentales cuestiones platónicas; la existencia y conocimiento de las ideas, la reminiscencia, el influjo del Eros y de la sofrosine; todo ello con un cortejo de alegorías convenientes y discursos tan extensos, como espléndidos. La discriminación de los temas concretos en tal selva es una de las dificultades o pruebas más penosas a que debe someterse el que entra en estos análisis.

Con todo, si nos consideramos capaces de separar un tema, éste será el de la naturaleza del acto poético. Pero Platón, filósofo, nos servirá hoy sólo de ángulo de visualidad para un desarrollo más moderno.

La *Manía*, para Platón, es el delirio que provocan los dioses en nosotros con el fin de que podamos crear. La *manía* era el arte de predecir hechos y *manía* es un don profético de aspecto religioso y erótico y es la inspiración que se apodera de los artistas y sin la cual es vano intentar hacer algo valioso. Este es el pensamiento central, lo demás son los desarrollos y coincidencias y enlaces con las grandes vías del platonismo. Pero el origen del entusiasmo, que se manifiesta en el fervor maniaco, está en lo en *sí*, en las Ideas. De estas gárgolas inmutables llueven reminiscencias en el alma de los hombres y en particular de los poetas, y éstos, dominados entonces por lo divino y el amor, entran en cierto estado de crear obras bellas.

Lo creado va a terminarse en una filosofía de amor que se define como el establecimiento en el alma de una serenidad y una templanza ejemplares, una *sofrosine*, la cual en el fondo contiene en sí una resonancia apolínea. Lo que tiene de filosófica esta doctrina nos conducirá en lo que digamos en adelante, refiriéndonos a la poesía. En el origen de ésta hállase la intuición de la Idea, de lo en *sí*; y el amor dominante o *manía*, aparece como un fenómeno consecutivo. Lo cual nos induce a considerar al platonismo como una doctrina que ve en el origen y esencia de lo poético un acontecimiento de la intuición inteligente y coloca en segundo orden lo que corresponde a los emocionales, como un coronamiento valioso de lo precedente pero nunca como hecho primario y fundamental.

El conocimiento general y particularizado de algún sistema metafísico proporciona un deleite de orden estético, tan sólo equiparable al placer que nace frente

a una obra de arte superior. No en vano las perspectivas históricas de aquellas sistematizaciones han sido comparadas a las arquitecturas. Una idéntica ley estética ensambla las ideas abstractas con los materiales físicos sometidos a la gravedad. La belleza circula en la hondura de los sistemas y en los planos de la inteligencia laten las mismas energías vitales que se modulan en las sinfonías. Por eso tal vez comprendese mejor a Espinosa cuando se le estudia, por ejemplo, al mismo tiempo que una radio transmite conciertos de Bach.

Hoy por hoy, la compañía de los filósofos me atrae y transforma de tal manera que dejarlos se me hace casi imposible.

A su lado, se realiza en la experiencia que puede alcanzar nuestro espíritu, el fenómeno mítico, tan conocido, narrado por Platón en el Libro VII de su *República*. La evasión, llena de naufragios, del individuo que se pone de pie en el fondo de la caverna...

Así ocurre después del paseo a través del pórtico o la alameda filosófica. No vuelven deseos de ocuparse de otra cosa; percíbese la infantilidad del pensamiento forastero, trasunto del vendedor ambulante que tantas promesas anunciaba.

Época singular la presente. Asombro inaudito será que alguien dijera en voz alta, frente a la agitación de tumultos y combates que reinan en el mundo, que con el tiempo se dirá de estos años: fué la época en que floreció de nuevo, con fervor inusitado y sólo comparable a los siglos clásicos, la metafísica. Con lo cual llegaríamos al absurdo, frente a todo lo grandioso, despótico y cruel que reúne a nuestro lado, de que el siglo xx va a ser un siglo metafísico. Ya algo lo denuncia este índice digno de atención: el auge de la investigación en la física, la prodigiosa estructura de las doc-

trinas metacientíficas que se establecen más allá de la naturaleza de la materia y de la vida, del espacio y del tiempo. Paralelamente, jamás ha indagado tanto la pobre y la rica mente humana sobre los fenómenos religiosos y sobre el misterio poético. Por separado, o en un mismo rumbo del pensar, los hombres, entre los de más genio actualmente, rasgan con toda audacia la cáscara de esas inmensas frutas y dirigen su afán de investigación al interior de la inmensa célula vital de lo mítico o de lo poético. En particular, la poesía es objeto de una profundísima averiguación. Citaré hoy solamente tres series de estudios que con más aventuras que logros he tratado de penetrar: El ensayo de Heidegger: *Hölderlin y la esencia poética*. El estudio de Marcel De Corte, titulado *Ontología de la Poesía*, que apareció en la Revista Tomista (1938) y que el autor tuvo la gentileza de remitirme. Por último, libro de Raissa y Jacques Maritain, *Situación de la Poesía*.

Quiero mencionar más despacio lo escrito por Heidegger, sobre cierta dimensión metafísica que le reconoce a la poesía. El hecho concretable desde el punto de vista ontológico es éste: Heidegger destaca la *serenidad terrible de la poesía*. No alude a la inteligencia, ni a las heladas ideas que tanto perturban a los confusos, sino que destaca la *serenidad*, dentro de lo inefable poético más allá del arrabal de los emocionales, en la misma médula de lo divino. Aclara en seguida el filósofo: "Se toma a la poesía por un juego y no lo es". Se hace así porque se presenta en la forma discreta del juego, y no podría razonablemente derivarse de ella otro efecto que el del juego, o sea la dispersión

"que es casi lo contrario de lo que justamente aparece en su verdadera naturaleza". "Pues entonces se recoge el hombre en la poesía y ella le da serenidad, no lo vacía sino la viviente serenidad en las que todas las fuerzas están activas y sólo a causa de esa interna armonía nos son conocidas como tales". Y Heidegger, a través del tormento poético de Hölderlin, desnuda este rasgo abismal e insiste en él: *la serenidad terrible* de lo poético. Y esto, bueno es destacarlo para algún desprevencido, no tiene nada que ver con la formalidad de lo marmóreo, plástico e impasible de anteriores escuelas que tomaron y extremaron sólo una voluntad y no la más esencial de la poesía griega.

De Marcel De Corte, sólo puedo recoger aquí dos o tres ideas de su monumental ensayo *Ontología de la Poesía*. Creo que este trabajo supera en amplitud, hondura y perspicacia, lo escrito por Heidegger. Tratando de lo sensible e intelectual en el acto poético, reconoce De Corte que "*el objeto poético posee, si decirse puede, una densidad específica, autónoma, inalienable, apreciable en el repliegue de sí por sí, donde se transparente la participación interexistencial*". "*El objeto poético resplandece a través de lo sensible e inteligible, pero escapa (si es poético) a todo orden sensible e inteligible*".

La imagen tiene un doble objetivo. Fecundada ontológicamente por la presencia del objeto, "ella lo hace conocer como objeto poético, también ella misma siendo *conocida como imagen y por lo sensible*". Ya William Blake atribuía a la imaginación ese acto sensible, simple, indivisible, en estos inmortales versículos que Marcel De Corte reproduce: "En las grandes guerras de

la eternidad, en la inspiración del furor de la inspiración poética, para construir el universo estupefacto, por la creación de las formas mentales, la imaginación humana es la visión y el goce divino”.

Pero en realidad, dice De Corte con gran acierto, “la imaginación poética no es otra cosa que la inteligencia unida al sentido”. Ambas construyen el poema, y más adelante pasa a explicar cómo; pero hay que dejarlo, pues el secreto inicial está mencionado.

Confieso que para mí es una felicidad intelectual encontrar así confirmada una idea sostenida en plano menesteroso en otras circunstancias y que tantas protestas ha levantado. Es que en esto, hasta puede existir un mal entendido fundamental. Los argumentos que se esgrimen contra el tiránico poder de la inteligencia dentro del impulso generador y oscuro de la poesía, se parecen a aquellos desesperados argumentos del peor sentido común, contra el inmaterialismo de Berkeley... El *argumentum baculinum*, que tan conocido es, tiene su hermano en el argumento emocional o de la sensibilidad a todo trance. Siempre he creído que la posición es idéntica, y hasta en la forma grosera, contundente y conforme con la generalidad con que triunfa donde quiera, la argumentación a favor de la primaria naturaleza emotiva o de prosapia afectiva o temperamental, que es la bandera plebeya que oculta toda la mercadería de lo poético. Y hasta cuando se pone un disfraz que no merece: el de la intuición, sobreentendiendo por tal un confuso don de orden oculto, vecino de las ciénagas emocionales.

Así como existe un dogmatismo realista ingenuo, insoportable intruso en la especulación filosófica, existe en lo poético un realismo emocional dogmatizado, tan ingenuo como inconsistente. Su fuerza apariencial

descansa en su sencillez; pero estamos tan habituados a lo que se postula al vincular la sencillez y la verdad. “No es seguro que la naturaleza sea sencilla”, dijo ya Poincaré.

Jacques Maritain hace poco publicó un libro, una ampliación de su comunicado al Congreso de Estética de París (1937), acompañado de un comentario dedicado a la obra que citamos de Marcel De Corte. Se han reunido también en el volumen que nos llega, dos investigaciones de la esposa de Maritain, poetisa de religiosa personalidad, tituladas: 1º “Sentido y no sentido en poesía”. 2º “Magia, Poesía y Mística”. Ambos trabajos dan al libro un valor destacable y una unidad de pensamiento y estilo que tratarán de sostenerlo intacto en la ola del tiempo.

La argumentación de Maritain, no es fácilmente concretable. Es curioso que este filósofo cuando trata el tema del arte y de la poesía, como cuando adopta una actitud humana frente a los sucesos del mundo, se coloca siempre en una posición independiente, de adelanto y riesgo, de extraordinaria valentía. En lo hondo su vinculación con la ortodoxia y la fe, se mantiene pura y firme. En arte tiene tres obras que tratan los temas de todo lo fundamental aristotélico escolástico en perfecta armonía con las tendencias artísticas más avanzadas. Sus obras *Arte y Escolástica* (en 1927) y *Fronteras de la Poesía* (de 1935), además de esta *Situación de la Poesía* revelan un Maritain que disputará la supervivencia en el tiempo con el Maritain filósofo, doctrinario y moralista. Como creador en especial tiene allí en ensayo “La llave de los cantos”, que entre los de este siglo es sin duda lo más digno de figurar al lado

del Elogio de la Poesía de Shelley. Tanto es así que de este conjunto de obras que llamamos de crítica artística y estética, puede separarse un Maritain que se define como original y comprensivo, frente al otro indudablemente de valor muy estimable dentro del curso de lo filosófico, pero que ha sido injusto con Descartes, Kant, Bergson y otros, para ser perdidamente fiel a Santo Tomás.

En *El Conocimiento Poético* de Maritain encontramos ese método suyo que llamaremos de "modulaciones" metafísicas. Ese pasar y repasar a través de lo sustancial e inefable, ese ir y volver, atar y desatar para atar más fuerte, ese aclarar y oscurecer manejando con grandeza y profundidad todos los resortes del pensamiento puro, de la lógica, de la dialéctica ortodoxa, de la intuición personalísima: ese aglutinamiento y enlace en todos los planos y sentidos. El resultado de un razonar así no parece nunca bien claro a la inteligencia: más bien despierta un atisbo, un relámpago, una revelación momentánea, que después es arrasada y presentada de nuevo, más oscura o más confusa en el oleaje del discurso. Lo cual nos ha hecho pensar, más de una vez, si en Maritain no existe un terrible drama, si su filosofar apoyado lúcidamente en la torre aristotélico-tomista, no oculta la tortura de un alma movediza, musicalizada en el infinito ser y no ser de las procesiones y retornos, un alma que en intimidad proviene de Plotino, Espinosa y Bergson. ¡Ah! El pensamiento íntimo de Maritain coincide más bien con las filosofías del devenir, de la mutabilidad, de la duración y de la inmanencia... ¿Quién lo diría?

Pero ha llegado el momento de citar de este libro algunos pensamientos que continúan la misma directriz de lo anteriormente mencionado de Heidegger y

De Corte. Así tenemos en la página 117: "*Poesía es ontología, cierto, y mismo, según la gran palabra de Boccaccio, poesía es teología*".

Reproducimos después, adhiriéndonos a él, un fragmento de la esposa: "*El canto, la poesía bajo todas sus formas, buscan la liberación de una experiencia substancial. El recogimiento que procura tal experiencia actúa como un rejuvenecimiento del espíritu*". "Es una concentración de todas las "energías" del alma, pero concentración pacífica, dominada, que no supone ninguna tensión; el alma entra en su reposo, en ese lugar de frescura y de paz superiores a todo sentimiento". Más adelante hallamos esta otra idea en concordancia con lo mencionado: "*Digo solamente que el fuego de la intuición creadora debe ser bastante ardiente como para consumir los materiales y no ser extinguido por ellos*". Los materiales son las palabras, las imágenes, las emociones; el fuego es un elemento de la inteligencia que se abre camino a través de la maraña de los esquemas muertos.

¿Pero qué es ese fuego, entonces? Ahí está lo difícil. Aquello que tan divertidamente contestó García Lorca: "¿Qué voy a decir yo de la poesía? Comprenderás que un poeta no puede decir nada de la poesía. Ni tú ni yo, ni ningún poeta sabemos lo que es la poesía".

Esto impresioname al principio hondamente porque parece tener razón. Es como el acto del alma simple del religioso, que no sabe decir nada de Dios... y está llena de Él.

Eso no obstante, siempre, en sus mejores momentos, San Agustín, Santa Teresa y Fray Luis, en brazos de una terrible inteligencia que sobre todas las virtudes es lúcida, de Dios hablan y procuran decirnos con gran firmeza lo que es. Y al hablar de Dios *implícitamente*,

se refieren, como tantos otros, a la Poesía. De *igual suerte* que se ha logrado iluminar por medio de las lámparas del Canto Espiritual, esa que se llamó la otra *noche oscura* de lo poético.

Algo de lo qué es la poesía dirá entretanto Maritain: "Si la poesía moderna debe devenir más ontológica, tomar más estrecho contacto con el ser, con la realidad humana y terrestre (y puede ser con la realidad divina), no es por medio de cuidados extranjeros o ajenos de un celo bien intencionado que ella lo dirá, sino solamente por ese elemento lírico que está casi oculto como la gracia, oculto en lo más profundo de las fuentes creadoras".

Yo he sostenido que ese signo oculto es un modo de ser de la inteligencia, y que procede como ella, tendiendo hacia fines de la belleza; planes, obras, poemas. No puede ser primordialmente emotivo, pues este reino es secundario y su expresión es la oscuridad y el balbuceo. Maritain se expresa finalmente en tres conclusiones filosóficas de muy difícil desarrollo expositivo y terminología especialísima y con clave.

Un momento no obstante, revelará que "el encantamiento poético apenas es designado a la conciencia por un choque "emocional e intelectual" a la vez o por un esbozo de canto que advierte su presencia, pero que no la expresa nunca". Se trataría en último término de un inconsciente de tipo especialísimo y, ante todo, espiritual. "Sería el inconsciente del espíritu, considerado en la fuente". Esto quiere decir algo muy puro, nos parece, e inicial: el "boire a la source" lo dice. Sería en castellano la inefabilidad de las fuentes.

Sí, pero las fuentes inteligentes e inteligibles, completaríanse en *Teoría del Nous*.

Pero lo retenible de todos estos trabajos, es esa sere-

nidad terrible de Heidegger, ese ontologismo de De Corte, esa inefabilidad de orden inteligente y semejante a la gracia, de que habla Maritain, que harán que la poesía moderna se aproxime más al vértice del Ser y de la expresión del Ser, hasta devenir así más ontológica y más universal, por lo tanto.

~

Lo cierto es que el pensamiento poético se abstrae y circula a través de sus órdenes, lejos de lo real y como eludiéndolo, mientras que la acción, sea voluntad o impulso inconsciente de vida, atraviesa con firmeza las vallas de todo lo natural y subordina toda fuerza y hasta pretende vencer al destino. Pero a todas esas batallas es la muerte las que les traza el plan, y el trasunto en el alma humana de esos conflictos, sólo es dado a través de la poesía. Y así se sabe y se oye, desde la enseñanza platónica, la afirmación de que la filosofía debe ser considerada como el aprendizaje de la muerte. El aprendizaje del plan y del fin de todo lo pensable y experimental que ofrece el *factum* mortal. Esto se encuentra vinculado con el supremo designio del filosofar y del canto, en todos los cielos y registros, y con más vivacidad aun en los años que transcurren.

Dije en otra parte que este siglo va a ser un siglo metafísico. Poderosas intuiciones lo levantan bruscamente, en forma de acantilado sobre la anterior centuria. La continuidad se rompe: existe un *quantum* del filosofar que irrumpe en el pensamiento universal. La existencialidad, la Nada, la duración pura, la angustia, los valores y el acto puro del ser; tales son los nuevos dioses que exigen sacrificios. A través de ese cortejo de formas, una continuidad vitalizante se organiza y la misma razón, como cuidando de no caer

en cuadros inmóviles, se obstina en llamarse razón vital.

Pero al lado de estas afirmaciones, como una sombra que es agua estéril o serpiente que labra su cauce entre piedras, la idea de la muerte estremece los cimientos de toda lógica y del saber primordial y último. Las meditaciones filosóficas, si son un eterno interrogar a las existencias, de rechazo se exhiben como una capitulación ante la muerte. El hombre sólo sabe que existe porque se ve morir. Y no puede salir de ese foso cavado alrededor del castillo de su inteligencia y en donde ha caído desde que la razón anidó como brasa en su carne. No es justo abrumar esta meditación con ejemplos; basta internarse en la ya rica metafísica del siglo xx, para ver que toda su dialéctica se desarrolla como una línea de acero que es el Tiempo, a cuyos costados se fundamenta un abismo de no-ser o de muerte, que termina por hacerse presente en todos los instantes. Paralelamente, la prodigiosa persona humana de este siglo se va haciendo más trágica, heroica y guerrera, en lo que notamos en ella a través del trato cotidiano.

Enucleado el hombre de sus ideas, de sus actos crueles, de sus derrotas, de sus trances continuos, hoy por hoy se me ocurre un paladín bellísimo de la muerte. Jamás ésta estuvo tan cerca de él, en todos los zumos de su carne, en los instantes y elementos de lo natural y artificioso. Jamás el hombre despreció tanto a la muerte como hoy. Le ha restado toda importancia, la ha reducido a una contingencia que la va tornando indiferente a pesar de imprevista y sin remedio, de la misma suerte que nos es indiferente nuestra sombra al seguirnos. En ese sentido, tanto el filósofo de nuestros días, como el joven héroe de los abismos del aire y del mar, como el efebo de los fusilamientos y de los aviones

en picada, piensan y viven la muerte, o mejor, su muerte, pero la borran de sí mismos, la aniquilan uniformándola con el gran cuerpo viviente de la naturaleza. Y cuanto más se acerca el vino de la muerte a los labios del hombre, la poesía de éste se torna más ontológica.

Por eso creo que, en este sentido, el filósofo y el poeta de hoy, nos conducirán a un tipo de ser histórico que, de llegar a constituirse cabalmente, será todo lo opuesto de lo medieval, y diferirá mismo del hombre griego y del renacentista, precisamente por el ademán espléndido con que irá extinguiendo las huellas de la muerte en el cuerpo de la conciencia empírica, ni más ni menos como hace el viento de la noche con el signo de las fieras en el desierto. La poesía, entre tanto, acercándose a lo ontológico, explorará y colonizará esta ínsula arenosa de vida y de muerte que es donde el enigma esencial del ser se transforma en el elemento lírico que pasa a perpetuarse en las formas del canto.

Dado a ciertos goces puros de la inteligencia, he afrontado con serenidad la resolución de las más difíciles doctrinas. Los hechos han querido también que tuviera entre mis cometidos de hombre, la obligación de estudiar y exponer en cátedras los sistemas metafísicos de los antiguos y de los modernos. Por tal circunstancia, que debe ser prenda de difícil disciplina y honrosa servidumbre, un gusto inmenso por la aventura de las experiencias indefinibles me atrae como un abismo en cuanto medito sobre el don poético. Siempre, en los preludios de la iniciación de un canto, por insignificante que fuera, me he sentido lúcidamente poseedor de una evidencia poética. Lo que ella es, apa-

rece después desarrollada en ritmos, o en parte de ellos, con otros tantos momentos de minúsculos milagros de revelación, disputados al aniquilamiento. La poesía después se ha ido quitando la sandalia algebraizante y despojándose de sus vestiduras ante mis ojos, sin mostrar nunca aquella desnudez inicial, a modo de la bailarina envuelta en ritmos de que ya hablé y que gira y va desvistiéndose porque otra persona la sostiene y tira de un extremo de los velos que la cubren y descubren.

Uno de los procesos que suelo descifrar en esa fluencia primitiva, consiste en lo siguiente: la vuelta de la inspiración sobre su origen, aparentando extinguirse allí para resurgir más adelante con un mensaje poético más definido. Siempre me llamó la atención el hecho, y hasta me valí para figurarlo de la imagen del fakir que sumerge a las serpientes con el fin de dominarlas mejor y ser más dueño de ellas, en hipnosis progresivas. Así, las intuiciones y sus imágenes sensibles serían como devueltas por el poeta a sus fuentes primordiales, para resurgir más tarde, más claras y auténticas. Esta forma de inspiración la he de llamar *inspiración recurrente*, pues así es como se denuncia su belleza operante, por recurrencias pausadas, ahogándose en el origen que las engendra y volviendo después más completa y original, hasta cierto momento en que un lúcido poder del alma reconoce que el proceso de ida y retorno, el proceso recurrencial, está terminado. Ya no hay que hacer nada más, sino volver a otras cuestiones y planteos.

Es indudable que la adquisición de una certeza absoluta en playas tan alejadas del yo, se torna imposible.

Los hábitos del pensamiento encadenan la agilidad del análisis, el alma tiembla aguzada en la dificultad del vuelo densificado cada vez más por una emanación que persiste en hacerse no inteligible. Pero el primer impulso de la poesía, viene como un primer movimiento de lo inteligible en trance de hacerse inefable; al hacerse dueño de sí mismo, este resorte primitivo, elemental, proclama su aseidad, la suficiencia de su autonomía, que se hacen más patentes cuando la resistencia de la expresión formal, de la palabra, del sentido del ritmo y de las emociones, se revela a su vez como un *no poético* que se le contrapone. Entonces, de esa resistencia que más adelante se plantea como una coerción, nace la poesía expresable, aunque elemental, que va revelándose a la vez que denuncia las dos realidades que la constituyen: una tensión poética en estado puro, de procedencia espiritual, y una resistencia de las formas necesarias. El milagro poético es como un conocimiento entonces, doble y bien referido a sus fuentes. Podría ese momento designarse como el de "acto existente de lo poético". Después de ello tomará andamio a través de las formas, con lo sensible y lo inteligible organizado, hasta conmover todos los temas de la poesía y revelar la mágica substancia del universo.

Y es que la poesía cae fatalmente en la forma del lenguaje, aspira a una libertad infinita y va a ubicarse en el cuadro verbal, pero al revés de lo que ocurre con el humo en la atmósfera del campo, no termina disipándose, sino persistiendo en sí misma. Lo que quiere significar que en lo poético subsiste siempre la nece-

sidad de un dualismo elemental y formal, que se denuncia en el acto superior de la poiesis.

La coordinada verbal, el vocablo, que es obradora hormiga, opera en el mismo sentido que la intuición temporal, cuando recoge en sí la virgen substancia poética, la que, desde ese instante, adecuada a esa forma, se identifica con el Tiempo. Al venir a subordinarse al cuadro que la hipostasía y le ofrece resistencia y descanso, como se ha visto en párrafos anteriores, la poesía reconoce adecuadamente su necesaria procedencia inteligente, ya que para existir consustanciada y unida a un lenguaje, requiere demostrar una identidad de naturaleza con este último. El lenguaje, molde formal, primitivo necesario y correlativo a la vez de la poesía en potencia, siempre ha sido considerado un hecho de la inteligencia tendiente a una acción. Ya sea en ese sentido o ya sea en el religioso pensamiento del evangelista San Juan, siempre el Verbo, que era el principio de las cosas, es de la misma naturaleza que la inteligencia divina. Lo que sí, ahora, la poesía confundida con la expresión insertada en un imperio de modos expresionales, se hace tributaria del tiempo: lo poético circula cuando se ha acuñado en la duración de lo temporal.

Profundizaciones más agudas también llevan a la identificación de la poesía en sus orígenes con una matemática no bien significativa. El momento en que la tensión espiritual se manifiesta está confundido entre una felicidad infinita que se empeña en destruirse en formas simbólicas. Estas últimas acogen en sí la sustancia poética elemental que bien puede compararse con una rosa, cuya belleza se expande en el universo,

pero que observada al trasluz, denuncia una sed prodigiosa de números.

Inversamente, los signos de las diversas matemáticas y sus desarrollos, constituyen el esquema abstracto, la descarnada estructura de las realidades estéticas.

Por eso, con referencia a la pintura, Leonardo da Vinci enunció lo de "cosa mentale", y es que se refería a la poesía, pues los cuadros de aquél, si bien en apariencia pertenecen a la plástica, en realidad se encuentran mejor dentro de la poesía de las ideas. Toda la pintura de Leonardo es la más alta poesía de las ideas que existe, y es lo único en este mundo que puede llevarnos al reino atemporal del platonismo.

La poesía presenta, pues, un tejido de verdades matemáticas que en su origen se hallaban fundidas en la mónada estética de lo poético, pero que después en el camino de las determinaciones formales, ha tenido que transfigurarse en la diada circulante, en el verso y en el mundo, constituyéndose en sus contenidos un universo poético matemático que se enfrenta con la expresión significativa en un acto de conocimiento creador de un objeto que, visto desde el tiempo, es reconocido como un ente de belleza.

Las musas, en el bosque, gustan presentarse a la imaginación enseñando al correr el adorable pie desnudo; pero cuando entran en el ritmo de los poemas, sandalias calzan de números.

Entran deseos de confesar que lo privativo del ente poético consiste en lo que llamaríamos un *inteligible misterio*. En efecto, la intuición poética no tiene sentido nada más que cuando contrae nupcias con la forma, o mejor aún, cuando se transfigura en su forma

absoluta. Pero aquí tiene que haber acuerdo de naturalezas, como se verá en este discurso, de tal modo que lo homogéneo poético encuentre su identidad formal, que pasa a circular en las unidades rítmicas del poema, el cual termina exteriormente por conducirse como una habilísima dialéctica del enigmático ser espiritual. Que de todo eso emane una emoción simpática es posible, pero lo fundamental es lo anteriormente realizado en ese proceso, y en esa dialéctica, y todo ello proviene de un modo de ser de la divina inteligencia.

Siempre al borde abismal de la posible experiencia en este orden de realidades, al empezar a arder la brasa viva del canto sobre los témpanos de la individualidad, habría un primer instante de la poesía cuyo carácter no es emocional, ni tampoco puramente fantástico, tal como lo quiere Croce. Sería siempre inteligente, porque antes que la razón teórica que va hacia el conocimiento puro y la razón práctica que conduce a la voluntad hacia los fines religiosos o éticos, está la razón poética que se revela independientemente de aquéllas y con más delicado proceder pasa a distribuirse en las formas sensibles de las artes y en especial a través del lenguaje figurado logra la culminación de los arquetipos ideales de la belleza poética. Los argumentos de la razón estética deben ser las fábulas y las alegorías y los sentimientos en el más alto estilo, así como los conceptos y categorías constituyen el repertorio de la razón teórica y los actos libres y las creencias los modos de operar la razón práctica. La evidencia de la poesía, por constituir la primera manifestación natural de la

razón estética, se halla desprovista de rotundidad posible. Su pudor es lo inefable,

Esta elucidación poética del Ser cuyo estremecimiento infinito tiende a venir manifiesto en la musicalidad de los términos nunca será comparable a la realizada por la inteligencia teórica. Allí donde ésta logra entrar en comercio con los tesoros que circulan en los depósitos de las verdades metafísicas, la poesía en su iniciación revelará nada más que un atisbo o un relámpago que bien puede ser un relámpago de tinieblas. Lo que se trasladará a las armonías verbales y a las alegorías, será nada más que un detalle que subsiste latente y estremeciéndose siempre en toda obra de poeta verdadero. Se llama eso, el *sentido del misterio*, que es la forma comprensible apenas del Ser ontológico; pero aquel nombre revelará solamente su hondura y su pureza en ciertos momentos del poema, o despertará en el alma del lector en ciertos instantes nada más; tal vez en aquella hora en que todas las deidades imperfectas de lo aparente se ocultan en la torre del enigma del existir. Lo dado. El sentido del misterio... He ahí lo que caracteriza a toda la poesía verdadera, pero he ahí también el don eterno, la rosa y el hierro y la llama del mismo Tiempo, que la poesía moderna ha logrado ofrecer con la mayor autenticidad y tragedia, para diferenciarse y libertarse de los eslabones de la antigüedad clásica.

Ocurre que en la indagación de la naturaleza del poema, nuestra curiosidad se enfrenta a menudo con algo que nos provoca una vivísima zozobra. Pongo al lector frente al canto *Conocimiento de sí mismo*,

de Fray Luis de León, ante *La Alondra*, de Shelley, o *El Cementerio Marino*, de Valéry, por no citar más que tres momentos sublimes de la lírica. ¿Qué curiosidad sobrevive a la emoción inteligente, a la meditación consecutiva y al ensimismamiento en el silencio? La suprema simplificación de lo que ocurre en nosotros, es que nos fascina el enigma del conocimiento de algo que sólo podemos denominar así: "lo dado". Lo dado en el poema. Lo esencial es ese inmediato sentimiento de presencia de algo que a modo de una ley universal ensambla todas las estructuras verbales y rítmicas: eso es lo *dado poético*, principio del misterio de la interpretación y representante de las esencias del lirismo. *Lo dado* en el poema encierra la clave del mismo, así como *lo dado* en el conocimiento hace que gire a su alrededor la investigación epistemológica. Pues lo dado, el dato primordial e indivisible de toda poesía, es lo que a manera de atracción constante encierra en su radio de actividad el milagro de la poesía. La principal característica de eso *dado* es que se dirige certeramente al espíritu, denunciando así su categoría inteligente. No está en el poeta, ni en el tiempo del poeta. No está en su cultura, ni en su medio. Tampoco está en las formas métricas, ni en las metáforas, ni en las ideas, ni en el plan de la obra. De toda suerte que nos impresiona la gran poesía, por cualquier medio que el espíritu trate de ponerse en correspondencia con los enigmas vivos del canto, la naturaleza de *lo dado* se manifiesta en sí como algo anterior a todas las vestiduras mentadas, inmanente en el poema, y se revela apenas como un postulado que exige claridades. Sólo la inteligencia se denuncia así como la paloma, anticipo de la gracia, existiendo libre de los actos, y proclamando el origen divino en la caliente forma de su existir.

Puédese hallar en estos discursos un flanco muy expuesto a flechas, y es aquél que se traduce en un afán demasiado estricto de precisión y límite. O un primordial propósito de claridad, exigido por una regla que parece caída de la sensatez aristotélica y que podría ser la siguiente: "la develación de lo poético en tanto es poético". Porque, a pesar de todo, siempre los mejores versos, como los altos dignatarios en ciertas ceremonias, sólo gustan aparecer luciendo su pectoral: su pectoral de brumas...

¿Y el porvenir de la poesía? Debe ser entendido como que se refiere a la posibilidad que revela una crítica de hoy de vaticinar qué contenidos y formas de poesías, por intermedio de individuos, escuelas y movimientos, se impondrán dentro de algunos años en los distintos pueblos. Fuera de esa significación, el problema del porvenir de la poesía, constituye, planteado así, todo un pseudo problema, al estilo de aquéllos analizados por Bergson en la *Evolución Creadora*, ya que siendo la poesía algo eterno que condiciona el movimiento del cosmos reflejado en el alma humana, no puede, por imposición de su propia naturaleza, tener porvenir ni otra categoría temporal... La poesía es eterna; lo cambiante, y por lo tanto previsible y conjeturable, son sus formas, modos y accidentes. En cuanto a esto último puede decirse, obedeciendo a una ley vital y espiritual de un presente que llamamos hoy, la poesía de los próximos años aprovechará todos los movimientos últimamente actuantes en lo que se refiere al mundo occidental, se nutrirá de sus resultados y proyectará en el futuro creaciones nuevas, pero que potencialmente se hallan en las direcciones del momento.

Así, y me detengo en lo europeo y en sus relaciones con la poesía de América, opino que se revalorizará históricamente el simbolismo, el cual se presentará como un movimiento que continúa, perfecciona y supera el contenido del Romanticismo, pero que describe su mismo proceso de extensión por varios países a la vez, tendiendo a universalizarse en sus distintas formas. Emancipándose del movimiento simbolista en un porvenir cercano será considerada como reacción y posibilidad a la vez de continuidad poética, la obra de los poetas de la vida total y cósmica tal como la expresó Walt Whitman, y de las energías humanas y potencias vitales como la poesía de Verhaeren y Kipling.

Paralelamente, otras formas se desarrollarán con la misión de continuar la exploración en el orden de lo subjetivo, circunscribiéndose en imperios muy secretos del individuo y alimentándose, en fin, en la ardua complejidad del alma moderna, mucho más millonaria en experiencias psicológicas que la antigua. De ese modo la poesía de mañana no podrá prescindir del estremecimiento de Poe y Baudelaire, ni de la claridad délfica de Mallarmé, Stephan George y Valéry. Tampoco ha de eludir la fantasía de Hoffmannsthal y Apollinaire, ni el hondo y potente desborde religioso de Claudel. Es muy probable que se realice, por medio de una operación a través de una especie de alquimia del tiempo, una transformación de todo eso tan complejo como artificial e individual, en un resultado que se defina como una actitud última de naturalidad.

Tales son las dos posibilidades que se vislumbran para el futuro de las expresiones poéticas; una que se envanece como una vitalidad expansiva que recogerá el múltiple acento de la vida humana, voces de multitudes, de fábricas y de ciudades articulándose en un

cosmopolitismo de carácter humanitario y que se ha de expresar en formas libres, ondulantes y variadas. Otra caracterizada por la profundidad suprema, que será la transcripción lírica reveladora del impulso íntimo de ciertos individuos geniales.

En cuanto a América, el problema varía algo. Ahí está el continente con sus misterios naturales: montañas, selva e indios. Al lado de ellos, las ciudades que crecen, repitiéndose aceleradamente el módulo de las europeas.

Difícil vaticinar el futuro de una poesía en un mundo así; nadie podrá decir, al meditar sobre ello, lo de Hölderlin: "Puras imágenes salen, como tranquilas estrellas de aquellas largas dudas." Con todo, las dos posibilidades que he descrito se han de revelar aquí también. Pero creo que nuestra originalidad poética será más auténtica en la medida de que logre triunfar sobre nuestra cultura impuesta.

Deberá imponérsele, incorporándola a su profundidad sin dejar que se denuncie. Podemos ver que eso se ha cumplido hasta ahora en los mejores poetas cultos de América. Una individualidad que triunfa sobre el hecho inevitable de una cultura impuesta y extraña, contra la cual no tiene otro camino que luchar y vencer. El símil más probable de lo que deberá ser un poeta futuro de América, a esta altura de las culturas y del tiempo, me parece que es, y elijo épocas lejanas para percibir más distintamente, el que se desprende de Virgilio y de Lucrecio, los cuales tuvieron que resolver dificultades de expresión y problemas de fondo muy semejantes al nuestro. Y eso que ellos poseían más: poseían un idioma propio, cosa que nos falta. Vale decir, dominar la fatalidad de su tiempo y la cultura helénica impuesta a los latinos. Glorificaron así a su

idioma y a su pueblo con original acento, pero recogiendo en sí la inevitable experiencia poética y la sabiduría verbal de los hombres griegos, que habían desarrollado un genio superior al del mundo romano.

Me referiré a esta altura a unas afirmaciones repetidas en un libro que publiqué. Con pretensión de aclarar lo dicho, recurriré nada más que a estos aforismos: "*La idea trabaja para que la poesía pueda entrar en la universalidad. Los sentimientos son limitantes y estrechos, y el poema que se colma de ellos, quédase abito en las redes de su propio idioma; el que se ilumina con las ideas, vuela a todas las lenguas como Simbad, pero levantado por sabias y diáfanas aves.*"

Otra afirmación más coincidente aún: "*El Nous es el libre movimiento que va de la naturaleza a la gracia, de la contemplación a la inspiración y del conocer al crear.*"

Y otra más, aún: "*La idea es la entelequia de la poesía, la inmortalidad de esta última es una cuestión de inteligencia.*"

Con estos aforismos de *Teoría de Nous* (1934) es muy oportuno vincular ciertas confesiones posteriores de Strawinski (1936), pero referidas a la música.

"*Yo considero a la música, en su esencia, impotente para expresar sea lo que sea; un sentimiento, una actitud, un estado psicológico, un fenómeno de la naturaleza, etc.*"

"*La expresión no ha sido nunca la propiedad inmanente de la música. Si la música parece expresar algo, esto no es más que una ilusión y no una realidad. Es simplemente un elemento adicional que, en virtud de*

una convención tácita e inveterada, nosotros le hemos prestado."

La poesía es igualmente un valor esencial, cuyo primer signo de presencia es una afinación del pensamiento en sí, independiente de la expresión o de la revelación que le atribuimos. Lo emocional de ella es un gratuito *epifenómeno* que se revela más allá de su génesis o en su interpretación verbal pero que no mantiene ninguna vinculación connatural con la poesía; no es del dominio de su *quiddidad* sino de su *accidentalidad*. Lo más propio que se le nota a lo poético es su participación dentro del feudo de la inteligencia. Habría que pensar de nuevo en una alquimia de la inteligencia, de un orden inefable, con valor en sí desprendiéndose de sus formalidades infinitas. Tampoco es toda alquimia mental, puesto que existen otras alquimias más o menos bastardas que el ojo imprudente confunde con la poesía absoluta. Porque la inteligencia está aquí, en esta última, con su lanza para afirmar en el momento terminal de la creación de la obra bella, la seguridad de que nada habrá de prevalecer en la anécdota o en el tiempo del verso, si no es la evidencia inteligente de la poesía. La vida inmanente de lo poético creador lo mismo que las decisiones inteligentes de los dioses y las armonías de la naturaleza se fundamentan en una inmensa matemática que se ignora. Más aún, en la poesía este fingimiento de ignorancia y esta fuga simulada, constituyen un encanto más. Siempre, detrás de la máscara de la gran poesía, nos encontramos con la mirada espléndida del número.

Sin dejar de reconocer que existe, en lo que particularmente se refiere a nuestras tierras, un problema pri-

mordial que se define como un deber de la inteligencia, en vista del espectáculo que presenta nuestro continente en el que se anuncia la organización de fuerzas reaccionarias, estimuladas y sostenidas por algunos gobiernos, considero necesaria la unión de los trabajadores intelectuales en un frente común de defensa de la cultura, agrupando en una institución de carácter internacional a los legítimos partidarios de la libertad del espíritu y del aniquilamiento de los despotismos que atentan contra el desenvolvimiento integral del hombre.

Habría, pues, necesidad de instaurar centros de intelectuales en todos los países de América y vincularlos estrechamente con círculos similares de Europa. Sería de desear que figurasen al frente de dichos movimientos los mejores intelectuales jóvenes de cada país y que la conexión con escritores europeos como Tomás Mann, André Gide, André Malraux y otros, por ejemplo, significase un coronamiento no sólo de propósitos de defensa cultural y social, sino también un reconocimiento mutuo de valores individuales.

De la percepción de los sucesos que se desarrollan en esta época y de la meditación consecutiva se desprende que asistimos al término de un modo de civilización que tiene sus fuentes en el Renacimiento, y cuya estructura extrema ha sido en Occidente el tipo de sociedad capitalista burguesa, precedida ésta por ciertas etapas críticas como ser la Reforma y la Revolución Francesa y herida por la Revolución Rusa; tres etapas que la han depurado y por fin aniquilado en parte. Esta sensación de aniquilamiento cultural es muy frecuente hallarla en casi todos los escritores de hoy. Así, Maritain anota: "la segunda idea es que asistimos a una liquidación histórica particularmente importante y a la preparación de un mundo nuevo: la liquidación del mundo del Re-

nacimiento y del humanismo clásico, que tiene indudablemente una importancia tan grande o mayor que la del Imperio Romano antes del advenimiento de la cristiandad medieval." Lo que depara el porvenir, después de esto, a la humanidad, es difícil atisbar en la enorme desorganización de estos tiempos, pero de todos modos en el tránsito evolutivo o en el pasaje violento hacia otras posibilidades de cultura de arte y bienestar social y económico, los intelectuales deben organizarse, vincularse y defender los patrimonios de la inteligencia impidiendo su disolución en medio del desorden y el caos. Hasta podrían, con tal fin, federarse los productores de arte y los cultivadores de las ciencias, con los universitarios, aprovechando la existencia de algunas universidades no contaminadas que actuarían merced a la fuerza que deriva de las mismas disciplinas, como reductos invencibles de resistencias.

El hábito de mirar al pueblo español en su conjunto y de vincularlo a nuestra historia y a las zozobras de nuestro porvenir continental, nos ha tornado perezosos para percibir bien la presencia de algunos hombres que se levantan sobre el movimiento grave de los últimos sucesos.

Y el primero de todos esos hombres tendrá que ser Antonio Machado. En él había verdad. Este poeta, que es el más grande de su tiempo en su tierra, era auténtico hombre; y este ciudadano, que enarboló la bandera de la República en abril de 1931, allá en Segovia, supo conservar su lealtad junto al último latido de su corazón. Y fué fiel y leal en un sentido absoluto, dentro de lo humano; a su canto, a su raza, a su pueblo, a sus ideas políticas; como quien dice, al

tiempo y a las historias, a la esencialidad y a la temporalidad, al espíritu y a los actos.

Mucho me temo que no hayamos percibido bien tal testimonio de pureza, sin contradicciones, arraigado en la sencillez y en la sinceridad sin dialéctica de una actuación concorde, y como se repite en todo eso que es la fragilidad del hombre, el ritmo solemne y austero de su poética, la constancia de la ley de su canto, la duración subterránea de su lirismo, que enlaza las ramas eternas de la muerte y del amor.

Tal vez, precisamente, por constituir Machado un haz demasiado ceñido y resistente de purezas, por plasmar una coexistencia tan compenetrada de equilibrios, no hayamos desentrañado bien su estatua primordial y carnal; y su caída no haya sido tan mencionada como la del viejo roble vasco, cargado de eminencias y de genio.

No poseyendo por lo tanto las aristas y las vertientes que exigen nuestros hábitos de apreciación, por considerarlas connaturales con lo grande y con el mismo genio, Machado se ha ido "misterioso y silencioso", entre la cascada del tiempo que le tocó en suerte usar.

Quiero ofrecerle aquí, de paso, el testimonio de una larga admiración. Yo recuerdo que me hallaba en 1912 en el pleno goce de la poética de Darío. *Los Cantos de Vida y Esperanza* fueron sustituidos en mi devoción por el conjunto *Cantos de Castilla*, y, desde este momento, no abandoné el sentido hondo recatado de esta última poética que brotaba del apogeo mismo del modernismo. Y así, en los días, volver a Machado fué siempre al ejercicio sólo comparable al que significa retornar a San Juan de la Cruz y Fray Luis de León, después de las más terribles aventuras de la experiencia poética. Era como volver a la tierra inicial de la poe-

sía cuando uno desease, en una especie de mito anteico, que otorga siempre fuerzas en la uva del verso puro. Y ya en los últimos tiempos, la aparición inesperada de Machado meditador y filósofo, a la usanza española, sin sistema ni orden, entre contenidos sentenciosos y morales en donde Juan de Mairena incorporó al cauce y al modo de ser y hablar de la raza, las últimas vibraciones del pensamiento europeo más difícil, mezcla de lo escandinavo y lo germánico: Kierkegaard y Heidegger.

No teniendo, pues, forma corpórea o divina que recordar, ni mi oído voz recogida que evocar, ni mi ojo gestos que describir, me salvaré de tal pobreza sin continuar en confesiones personales, lo mismo que sin ir a comentarios valederos sobre su poética, por falta de pensar, serenidad y recursos.

Y pasaré solamente a frecuentar las peripecias de un Machado como entrevisto refractándose en sueños y al soslayo de sus grandes actos; un Machado visto a través de alternancias; las que afectan la dimensión de lo temporal trágico en que afirmó su cuerpo, al lado del cuerpo de su pueblo en armas; y la dimensión de lo pensante, con que coronó su vivir misterioso.

~

Y había que empezar, como postulando esto, así: los últimos días de Machado, su peregrinaje con las milicias y los pueblos migratorios, constituyen la grandeza más ilustre que rodeó el ocaso de la República. En un sentido heroico: lo único grandioso que ha habido.

Sólo puede hacerle compañía la majestad del mismo enigmático pueblo español, desposeído y traicionado por las democracias, cuando enfrentó lo inevitable de su derrota y su agonía.

Y es que en ambos actuó la misma fluencia espiritual y racial, el fuerte vino telúrico, que en un caso quedó vuelto sangre secándose sobre la tierra, y en el otro fué poesía y luz de lo alto. Lo que fué en el orden de la batalla y el tumulto, en los pueblos hispánicos titánicamente erguidos ante los invasores, el desgarramiento que se produjo en la entraña de la tierra y en los muros de las ciudades, fué el acontecer paralelo en el derivado registrar y procrear ideas, poemas, pensamientos, trabajos y meditaciones, que trabajó en diáfanos planos el espíritu de Machado.

Podría llamarse su obra de entonces un acte de des-realización operado en el flanco de la vieja tradición española.

Casi diríamos que una actitud fué la trascendentalización de la otra: entre ambas existió un paralelismo, sostenido por fuerzas que sólo el tiempo organiza en el seno de las muy heroicas y antiguas razas.

Y hay que agregar la dedicación de estos dos años, trabajando a través de la nube de Juan de Mairena unos comentarios filosóficos y artísticos y humanos, en actitud de contemplación y militancia sólo comparables a las meditaciones de los prosistas mejores de España. Pero ha sido tanta la turbulencia y el horror tan desnudo, que las gentes no se han podido detener con pensamiento limpio frente a este último Juan de Mairena, de Antonio Machado, y otros no lo quieren ver ya, por ser de tan definido hombre de brega.

Lo más trágico se halla en él precisamente, en constantes aportaciones que hemos leído en "Hora de España", su gran revista. Y es que dados a ser fatuos y ligeros con lo que ocurre al lado nuestro, así como listos

y trascendentes con lo que pasa en tierras lejanas, no hemos caído en la cuenta de la tragedia existencial de Machado y su héroe, alternándose uno en el otro, entre un drama auténtico de la humanidad y una cumbre de nuestra historia, en la cual el metal del hombre se rompe y su angustia metafísica se alimenta con el llorar de los seres de carne y hueso que lo circundan a uno. Y lo que no se notó fué que tanto en Machado como en Unamuno y como en Kierkegaard, en la carne tributaria de los hechos, y en la disciplinante mente ascética de un poeta de la raza, se estaba transfigurando en densos aforismos, la angustia eterna del hombre.

Ante la muerte sin vallas, en ciudades abiertas, en el seno mismo de una guerra moderna, hilaba la mañosa araña metafísica una de las más ricas meditaciones filosóficas no sistematizadas, de los tiempos actuales.

Pues aquello que se reveló y acrecentó en paralela ascensión con la tragedia de los pueblos españoles, completado con la figura terrenal del poeta errabundo antaño por callejones de ciudades dormidas, y errante después con los ejércitos en derrota bajo nieve y plomo, y yendo a caer en un campo de concentración ¿está muy lejos acaso de sobrepasar en grandeza lo que nos admira tanto cuando caíamos en una biografía de Kierkegaard o de Nietzsche?

¿No está ahí la experiencia trágica del hombre que piensa y agoniza, mientras le salpica el rostro la ola de los elementos: tierra, dolor, pensamiento, historia, angustia?

Es que tal vez sea aún prematuro hablar de ello. O es que en nuestra raza siempre será prematuro el proclamar la existencia de un arquetipo de espíritu, bien identificado con la historia. No sé qué destino y qué desatinos veremos aún establecerse en España, ni qué

montañas habrá que demoler para arrojar tierra y extinguir las ascuas de Mairena y los últimos poemas de Machado. De todos modos, ahí está su ejemplo y su grandeza: el último acompañamiento digno que tuvo el dolor del pueblo, el único de los que nos parecían grandes que, desde un plano de angustias corpóreas y espirituales, tendió constantes lazos a la masa que iba arrasrándose por los valles, y se precipitó en la muerte, en una forma digna, como anticipándose a lo que iba a ocurrir abajo y como negándose a ver y a creer...

Yo me he puesto a pensar que tal vez Juan de Mairena (o Abel Hartín, o Antonio Machado) al irse, vislumbró con nitidez lo que iba a ocurrir en su patria, y se pasó la mano por la frente hasta los ojos, ocultando la parte de tierra que miraba hacia España y evocó un genial fragmento de su poesía:

*"Dijo Dios: Brote la nada.
Y alzó su mano derecha,
hasta ocultar su mirada,
Y quedó la nada hecha."*

Así paréceme que murió. Dícenme los que le vieron de cerca, que la vida de Machado entonces, cargando la vara florecida del verso en el cual el tiempo se ha posado, fijándola ya con el nombre del poeta sin quitarle la frescura y la profundidad, experimentó un gran cambio en los últimos años. Habría que reconocerle a la República el mérito de haber arrojado al ámbito de la más viva humanidad, y al río de lo universal, la existencia retraída y confinada de ese hombre, oscuramente alerta en las ciudades castellanas, entre claustros de provincia y sementeras durante lo más largo de su tránsito. Y precisamente, el paso último, el colocarse con su testa firme, descarnada, en plena borrasca, y más en los dos últimos años, el haberse erigido en la

representación más noble de la República en armas, complementa su perfil en el tiempo, resaltándolo en toda su gravedad y heroísmo.

Y ahí está visto como el más grande poeta, pasó a ser uno de los varones eternos de España, y sólo se ayudó para ello de dos elementos: el persistir en el módulo popular, el acompañar el movimiento de la ola, y también el recoger de su pensamiento aquello que Juan de Mairena descujó en la filosofía española para purificarlo en las más recientes filosofías europeas.

Hubo, pues, una tensión máxima en la existencia de Machado, que corona sus últimos años con vislumbre que lo sobrelevanta poderosamente. Su cuerpo encadenado a la ley de lo que cae, desde esa esclavitud se hizo torre para acercarse a ciertos misterios limítrofes de lo humano y se elevó a apresar lo libre de las ideas muy altas, realizando aquello que se narra en un pequeño antiguo poema arábigo-andaluz, en que un caballero pide a su rey que le adorne la mano con un halcón, para llevarlo atado en el puño e ir entre los juegos de las plumas y el viento, "a apresar lo libre con lo encadenado".

¡Raro destino, el de este altísimo ejemplar del viejo humanismo! He aquí que el verdadero maestro del tiempo nuestro, en lo que puede ofrecernos España, estaba en Machado y no en los importadores solícitos de las modas filosóficas germanas que tanto influyen en las generaciones antes del 36, pero que hoy no se sabe si menos sombras son que este hombre que ya no existe.

Yo creo que la meditación más reverente sobre Machado, después de reconocer su sitio entre los poetas de España, consistirá en ahondar, refirmar y escudriñar en los diversos encajes que sobreexaltaron su espíritu

y coronaron su existir con un modo tan auténtico de grandeza. El Machado de los últimos años bien queda, pues, con su prosa y su pensamiento, en las aguas heterodoxas que corren desde el romano Séneca a Unamuno, pasando por el Miguel de Molinos y Gracián, que, como él, anduvo en batallas de fronteras y describió con su conceptista elegancia otro combate de Lérica, allá por 1646.

Pero, para esta explicación se requerirán más años, necesitase un equilibrio intelectual muy tenso, y un conocimiento metafísico de Machado para desarrollar un tema de esos lindes. Entretanto, si algún verso habríamos de colocar a este poeta en su tumba de destierro, a él, que concibió las mejores estrofas y leyendas para Darío y García Lorca, creo que sería éste, de Santillana:

*"Oyó los secretos de filosofía,
et los fuertes pasos de naturaleza,
obtuvo el intento de la su pureza,
e profundamente vió la poesía."*

Colocando ceniza sobre todo énfasis, creo que a ningún español de nuestros días, conviene mejor que a Machado una inscripción semejante.

No hizo la disparidad entre su poesía y su acción, como tampoco entre su soledad, su tiempo histórico y su pensamiento. Si por delegación revelada sólo en el misterio de los comienzos de la inspiración, en la llama viva del canto que empieza ya a flotar sobre las aguas muertas de los signos expresivos, si por delegación o imperativo también de su hondo pueblo fué su poeta más inmediato y austero, por delegación a sí mismo de su tiempo de vivir, acumuló en sus estudios una suma de saberes muy definidos en poética, filosofía e historia,

que lo constituyeron en grave preocupado de la inteligencia pura, que irá adquiriendo al elevarse y alejarse de estos días, la escultura perfecta que sólo saben modelar ciertas olas del Tiempo.

Una vez, en comarca extraña y remota asistí a una ceremonia muy emocionante. Unos extranjeros, que vivían en la miseria del destierro rendían homenaje a un jefe importante que acababa de morir. Sobre un túmulo habían colocado colgaduras doradas y negras y entre flores una pequeña urna de cristal con un poco de tierra. Era una tierra rojiza, y seca y dura, de la patria lejana. Nada más que un puñado. Comprendí lo sacro inmanente de aquel despojo terrestre. Vi cómo la tierra podría ser alma. Nunca había pensado en ello. También un alfarero, en otro país, me mostró pedazos de tierra que daría vasos, ánforas, platos preciosos. Así me lo hizo creer. Y yo lo vi después. También en un poema de Omar Khayyam, se menciona cierto vaso hecho con el polvo de los huesos de un sabio y cómo después el vaso servirá para contener loco vino.

¿Hay algo más despreciable y al mismo tiempo más valioso que un pedazo de tierra? No hay jerarquía menos sagrada y más grande a la vez. Puede ser nada y simbolizar el todo al mismo tiempo. Un puñado de tierra es este cuerpo que os habla y mira. Es también un pedazo del cosmos, es una patria, una cultura muerta, los restos de una divinidad, una posibilidad de un ser, de modelos, formas, creaciones imprevistas o geniales. Al escurrirse en nuestras manos puede disiparse en el viento; si lo toma el artífice, el agua, el fuego, ¿qué no se podría expresar?

Los crímenes que excepcionalmente han cometido los ciegos pueblos muy rara vez se olvidan. Siempre se les inculpa a las muchedumbres el haber derramado sangre de ciertos hombres, inútilmente, en el momento de los dramas históricos. Los crímenes de los poderosos, en cambio, sean hombres, instituciones, o estados, más fácilmente, van al olvido. Si se les recuerda, es para justificarlos, o para instituir en ellos el laurel de una falsa, exagerada y loada grandeza.

La poca luz que puede proyectar una dictadura es una luz siniestra. Esa linterna, al caer sobre el cuerpo de la nación, lo que más ilumina y destaca es aquella ínsula indigna y cobarde que existe en los valles más secretos del alma humana. Actúa como un reactivo colorante que electivamente se fija sobre las células débiles, revelándolas. Es tal esa iluminación electiva, que a veces levanta verdaderas creaciones; bajo ella, la neurosis patronal presupone determinismos esclavistas. Seres del anónimo se definen como miserables actuantes en total, y también se consigue con ella que adquieran vida y movimiento ciertos limos viles y ocultos de algunas personas honestas.

Esta reviviscencia tiende a crecer y a anular la reacción de aquellas otras almas heroicas que también necesitan de las dictaduras para revelarse y perdurar. Pero no se crea que la acción de las minorías intelectuales o ciudadanas valientes, condenadas al silencio o al destierro, logra definir, desde el primer instante, la fisonomía nacional de un país caído en la dictadura. Esta reacción es lenta, si bien segura e inexorable; pero lo primero que aparece a la luz de la lámpara de hierro o de oro del dictador, es la obsecuencia donde menos

se esperaba y la flexibilidad de aceptación indigna, en numerosas personas en las que suponíamos lealtad y fe en la democracia.

La liberación de los despotismos se realiza casi siempre por condensación; no por dispersativas reacciones. La condensación se produce por medio de procesos conscientes provocados por la inepticia despótica, las violencias agudizadas, los errores y las deportaciones; pero, además, por un congregarse de imponderables fuerzas subconscientes en las multitudes, van formándose argumentos de formidable eficacia. Peligrosa es la dispersión incoordinada, aunque valiente; hay un camino más seguro: contar sí, con el valor intelectual y el honoroso heroísmo de ciertos hombres o partidos, pero también cultivar y esperar esa germinación voluntaria de naturaleza oculta, que se va formando en todo pueblo sometido a un dictador, y que es fatal, certera e inevitable, en todos los casos, por más que haya que esperar años. Basta con una violencia más del déspota, como ser un vaso de sangre derramada, y toda la fábrica se agrieta y se derrumba.

Los hechos imponen que los intelectuales se definan frente a las dictaduras. Representando estas últimas servidumbre, barbarie y despotismo, no debe dudarse. El dictador sudamericano es un inculto o un impulsivo. De todos modos siempre es innecesario. Si el intelectual no repudia a ese ser fronterizo de la bestialidad, ciego tributario de las tinieblas, perdido quedará en el tiempo. Se parecerá entonces a esas figuras de arqueros de las pinturas primitivas citadas por Cocteau, "que

asisten con calma a un suplicio y miran hacia fuera del cuadro." ¿Quién no los ha visto? Se salvan por una razón estética; más allá de eso, su indiferencia es infame. Los intelectuales que asisten a atentados y dictaduras, y miran fuera del cuadro, ni por razones estéticas se salvarán: y es porque en América deben estar en primer término, por ser lo más necesario, los seres inteligentes. Son los que deben intervenir con lo mejor de ellos en los instantes supremos. El Nous siempre es sinónimo de Libertad. Precisamente, Prometeo arrancó del cielo un trozo ígneo del Nous...

La impresión más exacta que ofrecen las dictaduras, consiste en una ausencia parcial o total de la densidad especulativa característica de todo complejo proceso de inteligencia. Un elementalísimo afán de hallar soluciones inmediatas y fáciles a los más arduos propósitos de gobierno, caracteriza el escasísimo trabajo intelectual de todo dictador. La difícil problemática fecunda de las democracias, con los diarios replanteamientos políticos y sociales es sustituida por el fideísmo ilusorio de la fuerza, y ciertos éxitos simplistas y limitados agotan las fluencias del tiempo y las necesarias perspectivas. La labor de las dictaduras es como la guerra de trincheras en el lodo de los automatismos: guerra que se expresa, no en sabias leyes, sino en decretos, en simples decretos que ni siquiera actúan con la eficacia y el contenido de los reflejos animales.

Nuestras democracias, cuanto más perfectas se creen y más orgullosas parecen estar, con los difíciles mecanismos de los diversos partidos, las generosas libertades,

la lenta administración y la supervigilancia administrativa y económica, hacen pensar con melancolía en estos versos de Corneille, que figuran al frente de un poema de Valéry:

*Le Ciel a-t-il formé cet amas de merveilles pour la
[demeure d'un serpent?*

El orden, la libertad y los orgullos democráticos, terminan por constituer la *demeure d'un serpent*, es decir, la morada de algún déspota. Hay dos tipos de serpientes: las engalonadas y las jurídicas.

Aparecen insinuándose al principio, amparándose en las leyes, afirmándose entre los ciudadanos nobles y sinceros, crecen nutriéndose con lo mejor de ellos, y de pronto irrumpen con un anillazo brutal y arrasan con todo.

Rotas las normas jurídicas, el pueblo sólo se manifiesta como un movable conglomerado de instintos. Las normas actúan como los conceptos en el mundo exterior. La racionalidad da vida, sentido y categoría a una masa difusa y caótica. Por eso violentar las leyes de los pueblos, es lo mismo que trastornar el mecanismo de la razón. La tiranía es irracional siempre; además de la animalidad y la barbarie que transporta su inmanencia en quien la realiza, ella despierta la confabulación de las más remotas y bastardas energías, se convierte en sostén de todo despotismo. Las equilibradas y sabias normas jurídicas se rompen: la fuerza hace que todo tienda a retornar a lo primitivo y salvaje. Los déspotas presuponen instintos ancestrales actualizados, como la desracionalización del mundo externo implica el caos de las sensaciones imponiéndose.

El estado de ciudadanía de un pueblo, normalmente, con sus leyes constituidas hállase, como el estado de conciencia de que habla Leibniz, preñado siempre de pasado y de futuro. Cuando aparece el dictador, la mentalidad se altera. Este último, carece siempre de sentido histórico, y sólo ve lo inmediato y hállase colmado nada más que de presente. Vive en perfecta actualidad y vive así. El futuro lo reniega o lo elimina.

Una dictadura en un país rico y antiguo hace mal, pero, con todo, no puede impedir que el espíritu de la raza se manifieste subterráneamente. Existe una continuidad histórica que permanece intacta; la cultura de las universidades, el prestigio de las ciencias y las artes, el desarrollo de la grandeza íntima de las razas, desborda la arista del golpe reaccionario y el tiranuelo flota sobre las tradiciones humanas, como el cadáver de un animal a la deriva en la viva corriente de un río.

Un retroceso político en un pueblo nuevo, significa una parálisis total; se detiene la vida del pueblo, su expresión integral se desorganiza, los hombres parecen más inferiores, los déspotas son más ruines, las fuerzas conservadoras más crueles, los intelectuales más inermes. Todos los seres participan en algo en la tendencia invencible a denigrarse. El pensamiento huye y el gesto se torna arisco y brutal. Es lamentable la convivencia con seres así; la misma lucha por el *Nous* tiene algo de alejado, quimérico y extemporáneo. Nace el deseo de una fuerza ciega y cósmica que arrase con los destructores de la libertad. Y es que la continuidad histórica, una vez rota, no se vuelve a reanudar sino después del

transcurso de muchos años. Es el mismo proceso que se sigue en la continuidad de los organismos vivos: la rama lesionada del cedro queda con un nudo deforme, con una cicatriz que altera su belleza y denuncia la ruptura vital. Cuando en un pueblo por la violencia se rompen su proceso histórico y su adelanto armonioso, la personalidad esencial queda resentida para siempre. Las violencias de los déspotas y la activa inercia de los retrógrados tuercen la dirección evolutiva del pueblo y éste permanece herido en su forma y en su espíritu. Asistir a un retroceso así, es constatar esa ley propia, por lo demás, de las arquitecturas vitales. El ritmo del corazón, si se hiere en su mecanismo, necesita de una compensación de tiempo que se instala tras una pausa, en el latido subsiguiente al golpe. La pausa similar en la vida del pueblo coincide con una depresión general de sus energías.

Creo que la atención nuestra en toda América, debe aún extenderse a Europa, tratando de percibir lo que ocurre en los distintos planos de la inteligencia en acción creadora. Si nos fijamos en un orden de intelectualidad específica, de racionalismo puro, notamos que los dominios de la inteligencia continúan inalterables sus trayectorias. Basta recorrer, aunque sea sumariamente, las tareas de los grandes maestros de las ciencias y la filosofía del continente europeo para constatarlo.

Además, subterráneamente, se mantiene el entendimiento entre ellos, con igual solidez y profundidad que en los siglos anteriores. Es imposible eludir la gravitación de las ideas metafísicas; éstas constituyen una especie de reinado del idealismo platónico, más allá del

primado que los hechos sociales y políticos y guerreros ejercen en los diversos pueblos. Aun mismo aquellos sabios y filósofos que han sufrido persecución o destierro, mantienen inalterablemente su posición y conservan la jerarquía digna de sus obras en todos los países y en el sitio en donde se les comprende.

La barbarie política no afecta en lo hondo el destino de ninguna mentalidad de ese tipo. El mundo en que actuó Sócrates, como aquél que rodeó a Descartes y Galileo, a pesar de sus reducidos contornos, no se diferencian mucho del mundo actual, en aquello en que pudieron dañar o herir las categorías del trabajo superior de la mente.

Las formas literarias y artísticas han cambiado mucho en los últimos años. Es evidente que asistimos a grandes transformaciones en este sentido; aun dentro de un plano de conservación de lo clásico o de fidelidad hacia un espíritu que valore extraordinariamente la herencia de las artes antiguas, se hace posible un hondo sentido creador revolucionario. La característica precisamente del arte revolucionario moderno, es la de postular primordialmente un difícil trabajo de conocimiento de los medios y las técnicas.

Conocimiento por vía del refinamiento, eliminación de lo superfluo y captación de los módulos esenciales. La música de Ravel o Strawinski; la pintura de Van Gogh o Picasso, la poesía de Rilke o Valéry, son ejemplos.

Creo que el individualismo creador es absolutamente necesario; los contactos con las agrupaciones de intelectuales constituyen algo epidérmico y circunstancial. La concurrencia a cenáculos, academias o asociaciones, exige un imperioso llamado a la individualidad, que se agrega como nube de tormenta en la obra realizada o a escribirse, precisamente para definirla o diferenciarla del grupo y hasta para imponer las ideas o solucionar los problemas colectivos. La fecundación de la inteligencia se realiza siempre en silencio y a distancia.

Creo, por otra parte, conveniente un acercamiento entre el creador y su pueblo o raza, pero reconozco al mismo tiempo que hay muchísimos medios de realizar eso. Estos medios constituyen inesperados privilegios de los hombres geniales y tanto pueden partir de ellos, como de las mismas anónimas plebes.

Debo agregar que, aunque constate o establezca una separación entre lo existencial y lo social en el hombre, parecida a la antigua escisión entre lo necesario y lo contingente, y aunque reconozca una especie de invulnerabilidad de lo existencial, no puedo menos de reconocer que lo dicho anteriormente se refiere a ciertos dominios muy excepcionales de la inteligencia, y que, en planos más accesibles y humanos, no hay otro medio que proclamar esto: todo aquello que signifique tiranía, persecución y destierro de los intelectuales o de los otros ciudadanos, lo que provoque intransigencia y fanatismo de las ideas, tal como ocurre con frecuencia en los regímenes de hecho y de fuerza, constituye el más peligrosísimo atentado contra la elevada digni-

dad del pensamiento y merece la más severa condena-
ción y el repudio de todos los hombres.

América del Sur es un continente de cultura elevada. Esto es muy probable. Desde numerosas ciudades se proclama esa afirmación como algo que gozara de evidencia, si bien un fondo de selvas, campos y montañas salvajes o semisalvajes denuncia el imperio de otro orden coexistente, demasiado cerca de la naturaleza. Es difícil establecer hasta qué grado esta cultura de las ciudades americanas se vincula con el basamento de lo natural. Lo que es artificioso o imitación se confunde con auténticas revelaciones de una verdadera cultura. Ésta, principalmente, proviene de los centros universitarios y artísticos. Creo que en América del Sur la cultura de ese origen es superior a la cultura política. Esta última ha retrocedido estos últimos años, mientras que la otra mantiene un ritmo progresivo y trata de acercarse a la cultura de los países europeos. Falta aún mucho; lo que más se necesita es el valor de articular las doctrinas con la realidad, la cual, como poseída por una inercia cósmica, tiende a permanecer detenida o a imitar las últimas figuras de la barbarie europea.

La inmensidad del continente y las divisiones políticas de las diversas nacionalidades, impiden que la unidad continental se constituya. El continente es un mosaico de naciones en donde aun no ha arraigado un verdadero espíritu unitario, que pueda revelar la posibilidad de una cultura uniforme. Yo creo que entre los pueblos americanos existen grandes diferencias, y

que cada uno realizará una cultura individualizada. La resultante del conjunto no puede preverse aún. Será una realidad pensable dentro de un siglo; por ahora nos es difícilmente discernible la contribución original de América a la historia de la humanidad. Yo indicaría que predominara un esfuerzo desesperado hacia la *Inteligencia*. Me gusta desear que alguien pueda decir, en el tiempo, de los sudamericanos, lo que destacó Henri Poincaré refiriéndose a los griegos: "los griegos amaban la belleza intelectual que se oculta bajo la belleza sensible, y que es la que hace que la inteligencia sea segura y fuerte."

¿Existe base, hoy por hoy, para creer en el futuro de América? Sí... A condición de que se resigne entregarse a las puras disciplinas de la Inteligencia (por lo menos que eso haga la juventud de las ciudades);

Con tal de que logre realizarse paralelamente una democracia idealista, orientada hacia una justicia social, que dignifique y liberte al hombre.

Que elimine los privilegios económicos, y, esto parece lo más urgente, con tal que se deshaga de los déspotas.

Ciertas formas de esplendor de la inteligencia juvenil inquietan profundamente. Aquel joven poseía dones preciosos cuyo misterio han clausurado las fuerzas o los dioses. Habrá con seguridad en la razón universal de las cosas creadas y por crearse, el designio de modelar perfecciones por medio de impulsos, con intermitencias que proceden cautelosa y no ciegamente. O lo que es lo mismo. Así como el fakir sumerge a sus serpientes

en sueños más profundos, entre interrupciones, para después obtener mejores resultados de su acción misteriosa, o así como el creador devuelve sus imágenes al inconsciente, y simula olvidarlas, para que después retornen más concluidas, la naturaleza enviaría criaturas de espléndida apariencia, mental o física, las haría actuar un poco, a modo de ensayos, y las arrebataría de golpe con el seguro propósito de hacerlas resurgir más colmadas y perfectas después.

Cuando se asiste a la desaparición incomprensible de un adolescente lleno de virtudes y talentos, se puede imaginar la existencia de esos propósitos naturales que nosotros juzgamos ciegos, brutales y absurdos, pero que bien pueden constituir procesos o etapas en el camino hacia quién sabe qué arquetipos...

~

El nombre del Arco es Vida; su obra, Muerte. Bajo este aforismo de Heráclito estamos asistiendo al espectáculo gigantesco de una civilización que se disuelve en sangre.

Ni los panoramas que rodearon la disolución del mundo antiguo pueden compararse con los días que vivimos. Se percibe bien que los años que siguieron a la paz de Versalles sólo constituyeron una tregua entre los acontecimientos que empezaron en el 14 y se renuevan ahora. Lo ocurrido en la anterior guerra es como un prólogo de lo que ha empezado a desarrollarse. Asombran los gestos de primitivismo, barbarie, ferocidad natural e instinto combativo y sanguinario que perduraban en las subestructuras de los hombres.

¿Qué fin llevará todo esto? El nombre del libro de Berdiaef ha resonado, aun mismo en labios de los políticos que actúan en la arista saliente de los sucesos. Churchill, en pleno parlamento, habló una vez de una nueva Edad Media. Lo irracional, desde la sombra, mueve todo el magnífico caudal de ciencia y técnica que derivan de tres siglos de renacimiento humanista y cortesiano. El Congreso Internacional de Filosofía de 1937, dedicado a Descartes, realizó un inventario de la influencia del filósofo, asociando aquel acontecimiento con la Exposición Internacional de Ciencias, Técnicas y Artes de París. El año pasado, este suceso se amplió con la Exposición no menos grandiosa de Nueva York. Pero en seguida estalló la guerra, incubada en medio de ambas apoteosis.

~

La hecatombe desborda y resbala de la inteligencia práctica, con su técnica y sus máquinas. La vida y la muerte atroz surgen como frutos contradictorios de aquel árbol de hierro.

~

Entretanto, como esperanza o ironía, jamás han florecido tanto los estudios religiosos, artísticos y metafísicos. La entrada a las tinieblas se hace con un acompañamiento digno del Crepúsculo de los Dioses.

~

Pero si por un lado el hombre muestra, cuando ataca, el instinto bestial que subsiste por debajo de cientos de años de razón divina y de piedad cristiana, aquellas seguras intuiciones de la animalidad que poseía en otros siglos, ya no le sirven cuando se defiende. Son guías

inseguros e imperfectos. Así, vemos lo siguiente: la conciencia del trágico peligro de la matanza y destrucción, no se produjo con resultados certeros en los pueblos sobre los cuales flotaba la amenaza. Los que aun no habían entrado en guerra, no se daban cuenta de lo que debían hacer, o sea, adelantarse a los hechos, defenderse a tiempo, atacar antes de que fuese tarde. Una sociedad prodigiosamente grande, poderosa y bien gobernada como Estados Unidos, fué tan torpe y ciega en la temible circunstancia de 1939, como una pequeña monarquía o una democracia limitada: Noruega, Dinamarca, Holanda.

Se produjo una parálisis del instinto y del razonamiento de conservación y de defensa que corresponde. Y esta es la ley desconcertante que se reveló en los pueblos amenazados.

Los amos y los déspotas más astutos y experimentados, atisbaban el fenómeno que los favorecía y hasta fomentaban esas manifestaciones paradójales y antitéticas de los otros pueblos.

Después que los acontecimientos transcurrieron, esa inexplicable ausencia de determinación a tiempo apareció clara y fué objeto de condenación universal. Pero entretanto, antes de los hechos, la incertidumbre dominó frente a lo peligroso de lo evidente. No atribuible fué aquel desconcierto a formas políticas determinadas, pues la padecieron por igual la democracia francesa de izquierda y el conservadorismo inglés. Creo más bien que se trató de reacciones absurdas y paradójales del instinto de defensa, ya que todo lo que mueve esta máquina guerrera de locura y destrucción tiene su origen en la extraña, terrible e incierta naturaleza animal

del hombre, como una tendencia que ya en Heráclito fué formulada para siempre, antes del esplendor griego, y que hoy emerge de las profundidades, contra todo lo divino del hombre de occidente.

Una parte de la creación poética defiende un sentido de lo lírico moderno que denominaríamos el hermetismo de la dispersión, para oponerlo al otro célebre: hermetismo de la concentración. Hay una música así y una plástica, como en Picasso, y una prosa como la de Kafka y un pensamiento como el de Chestov; lo bello y su idea parecen querer perdurar ufanándose en una dialéctica de la dispersión.

Se sabe bien que el poeta debe elegir sencillamente una línea vital definida. Al decir vital, incluimos lo espiritual, lo pensante, lo inmortal o lo que trasciende sobre la estatua del individuo. Lo imprescindible es que la línea sea definida; que arranque del limo de la personalidad, o que descienda de la espiga de las ideas; lo importante es eso; y que transcurra luego a través de la expresión única para cada obra y se estabilice en las formas musicales, pensantes, verbales, que en el tiempo concuerdan con las voces permanentes. Aunque no sea claro el mensaje, aunque las dificultades levanten brumas mientras el poeta vive, lo esencial está ahí; sólo perdura lo que se da desde el principio como algo definido o diferenciado.

Y se sabe también que hay momentos en que el halago de lo sensorial, alcanza en poesía estructuras y

categorías de exquisitez, lujo, colorido y persistencia de minerales, y que es meritísima misión del poeta convertir el movimiento y la intensidad que tienden a caer, en adornos y primores que resisten el embate de un azadón de olvido.

Como hombres, ciertos autores afirman un pensamiento que predomina en el mundo contemporáneo, y que se vuelve sobre los poemas y que parece destinado a conmover profundamente el árbol de la lírica. Es éste: *Es deseable que la vida de los verdaderos poetas sea algo más que la vida de la poesía que hacen.* Ese algo más es lo terrible conflictual, lo impuro, lo beligerante, lo heroico; lo que separa, altera y a veces destruye al poeta.

¡Oh ídolo poético! Por momentos lo percibíamos lejos; nuestra fábrica de imágenes e ideas giraba en torno de ciertas complejidades y trascendencias poéticas que no podían articularse con aquel ritmo natural suyo. En el afán de un simbolizar algo pedante, diríamos que era algo así como la contraposición que había entre un arrecife que se rodeara de resplandores y gustara sólo resistir de rito en rito la mirada de lejanas estrellas, y la presencia de la ola, nutriz de vida y movimientos y coronada de músicas, que cumple sin esfuerzos la ley sacra del orden universal.

No se puede ocultar que todo mito cumplirá una ley estética; rodeado de la belleza más sublime y más ingravida, al principio desciende como joven fiera a nu-

trir sus energías en un caudal de sangre racial, grandioso y trágico. Siempre en la raíz de la leyenda o del mito hállanse la turbulencia y el delirio que antaño se expresaban en los preludios y coros trágicos. Más allá de su génesis, se transfiguraban en belleza, diafanidad, y hasta en alegría, pero los mitos crecerán siempre sobre cierta substancia impura de la historia, que es semejante a las ciénagas, que gustan engendrar muy bien vestidas flores.

Muchas veces he podido constatar de qué modo los fieles a los sacros frutos de la realidad, los que trabajan con la piedra y la espuma de los hechos y se vanaglorian de ello, permanecen casi imposibilitados para comprender bien a los otros, a los que van firmes a través de las vastas ideas, debatiéndose en las olas sin contacto del tiempo y de las formas, del número y la esencia, para traer también, en el brillo de su copa una gota transparente de la luz eterna al banquete de la vida.

Me he repetido muchas veces la idea que puede encerrar la tragedia de Ricardo III, el guerrero de Shakespeare. En la batalla de Hastings, el rey gritaba: "Un caballo. Un caballo; doy mi reino por un caballo". Es horroroso proponer el cambio de un reino por un caballo aunque sea en una batalla, con el fin de salvar la vida. Admiro más el pensamiento humano que siempre haya preferido aniquilarse ante el trueque de sus claras y remotas ideas por las fuentes vivas y oscuras que pretenden aparecer como salvadoras en esta batalla que, con o sin heroísmo, mantenemos mientras vivimos.

Es bien sabido que no todos rendimos homenajes a nuestras limitaciones. Poseemos un poder de incomprendibilidad bien afirmado en nuestro instinto y aclarable por nuestra inteligencia. Aclarable, pero no reductible. Nuestras discrepancias asoman sus cabezas de medusas por encima de los irracionales que nos preceden en los juicios. De nuestras limitaciones en el arte y en la vida, hacemos muchas veces nuestro orgullo, nuestro estilo, nuestra perfección. Frente a una obra, entre los juicios sobre defectos reales, sobre imperfecciones y flaquezas incluídas entre desarrollos bien logrados, se manifiestan nuestras firmes limitaciones. Las mezclamos muchas veces, sin discernir, en las mismas obras ajenas; proyectamos a la objetividad las variadas oscuridades que nos acompañan.

La inteligencia podrá trazar más adelante un gran puente de elegantes y luminosas líneas sobre las abruptas profundidades. Pero eso será muy tarde. Por ejemplo, hoy casi siempre nos separa en los juicios estéticos, eso que llamamos *la vida*. La hondura de un Bergson trazó el esquema de lo incomprensible en su seno. Circula en nuestra individualidad racional el mismo gesto de discontinuidad frente a la vida. La vida de los entes artísticos no coincide con la de los seres reales... Esto es la ley, ¿qué es lo que presentan los semejantes de carne y hueso, que pueda ser expresado por el arte? Aquí ya no nos entendemos. Para mí, por ejemplo, son las ideas, los sentimientos superiores, la razón suprema, la belleza en sí, las esencias transparentes... Un afán platonizante, en fuga hacia una idealización dinámica, es lo que mejor comprendo.

De ahí para abajo, empiezan las sombras. Mis sombras. Comprendo que en las sombras están los hombres, los pueblos, las pasiones, los conflictos titánicos del ser

y la materia, del dolor y del odio: la heroicidad. Para instalarme en esas dimensiones, necesito transfigurarlas en ideas. La máscara de las cosas tiene que ser arrancada violentamente, para que mis sentidos inicien su trabajo en el rostro natural de las mismas, hasta desentrañar su tipo esencial inmutable. He visto el universo así; mi pobre poesía despréndese de las vestiduras vitales cada vez más. O si las invoca, lo hace a través de la transfiguración ideal. Si no fuera redundancia agregaría que comprendo bien que toda la materia de las artes está en la vida, en lo que nos rodea, en lo que nos construye, en lo que nos hiere, en lo que es sangre y puede ser por lo tanto espíritu, como dijo Nietzsche. Pero habré de colocarlo entre paréntesis, prescindir de ello en el sentido de Husserl e ir a lo *esencial*, lo transparente, es decir, *la idea* otra vez. Me hago dueño de la limitación radical que eso significa.

Para mí, el barro de nuestros caudillos es lo que Plotino llamó algo así como "*la tiniebla*", la tenebrosa "acción que está ahí", refiriéndose a la materia. En detalles reales como en formas de novela o teatro, ese campesinaje guerrero, esa mezcla de barro hesiódico y fuego prometeico, dado en terrones de nuestro campo, es "*la tiniebla*". No comprendo bien su grandeza, menos su decadencia; no veo por qué lamentar su descendimiento.

En la *Política* de Aristóteles (Cap. V) se habla de un tal Hipódamo de Mileto, vástago de Eufirón, inventor de la división de las ciudades en vías y calles, personaje de vanidades y lujos, que vivió provocando

censuras por la prodigalidad de sus costumbres pero que, hombre helénico al fin, se envanecía también de no ignorar nada de lo profundo y de cuanto existía en la naturaleza. Fué el primero que, *sin haberse ocupado nunca de los negocios públicos se aventuró*, subraya el estagirita, a publicar algo sobre la mejor forma de gobierno. De allí nacieron los sistemas de gobernar sobre la base de las divisiones de los hombres en clases, y se dictaron las primeras leyes teniendo en cuenta los designios sabios de la naturaleza.

He aquí que en más de una circunstancia se me ha presentado esta paradoja de aquel extraño ordenador de la vida política del hombre; principalmente, en lo que atañe a la circunstancia que subraya Aristóteles, de que jamás *se ocupó de los negocios públicos* y un día inauguró el proceso de las Constituciones de los pueblos. No hay que ser muy suspicaz para percibir las distancias y las analogías y eludo traerlas a primer plano.

Me obsede la creencia de que el destino del hombre está en lo absoluto, de que sus modos corpóreos y espirituales proclaman la transferencia del existir a los reinos del ser absoluto. Y para eso busqué siempre lo que llamé la sombra de las ideas. Existir a la sombra de las ideas transparentes, es como el vivir a la intemperie o el cobijarse bajo el abrigo de los astros, en la noche del hombre adánico.

La fatalidad de la transcendencia en pos de lo absoluto y el deleite entre platónico y kantiano, esencial y puramente formal de las ideas, me han hecho creer en una política de grandes esferas, de números y movimientos amplios, más que en ninguna otra. Lo mismo que hallé una vez en Tomás Mann, cuando enseñó que:

“hay que darle a la democracia un sentido mucho más avanzado que el que brota de la aceptación política del término, vincularla a lo más humano, a la idea y a lo absoluto, relacionarla con la dignidad del hombre insobornable al que ningún envilecimiento del poder consigue destruir.” Pero, del hecho mismo de frecuentar la vecindad o la sombra de las ideas, no se obtienen bienes por simple conexión cognoscitiva o interrelación especulativa, como no se es virtuoso viviendo al lado de Zenón o Cleanto. Es necesario participar en mucho de lo divino de ellas, desenvolver la existencia a través del enriquecimiento de las mismas ideas y adivinarles las raíces secretas con que ellas se nutren en nosotros, más allá de la sangre y del instinto del conocer, y del movimiento hacia lo perfecto.

En 1941 la América Latina ¿qué era? No es una exageración pensar que para muchos era un continente casi perdido ante la historia. La amenaza de una colonización marítima o aérea por medio de una invasión fulminante, propiciada por elementos nativos, era una probabilidad para las mentes despiertas. Hasta creo que existía ya la inhibición vital, la parálisis de la inteligencia y de la voluntad, el cósmico terror animal que hunde sus tinieblas en lo maravilloso del hombre. Todo pudo pensarse; agreguemos que las doctrinas totalitarias dominaban con su ideología y la argumentación del éxito conseguido en Europa, en ese estado de espíritu que se insinuaba y que iría forzosamente al eclipse del continente que empezó a libertar Bolívar en 1811 y que terminó de hacerlo el martirio de José Martí en 1895.

Las formas superiores del arte se nos aparecen como inmutables; la Belleza, en su impasible presencia se confunde con el secreto del universo. Poemas, dramas, sinfonías, en lo profundo se vinculan en tanto que permanecen fieles a las formas que se resisten al perecer. El nacer y el morir de nuestros juicios, actos y obras son tan importantes ante esas formas, como las miradas que dejamos caer sobre la naturaleza que nos rodea. Nuestra creación es todo eso, una lucha contra lo oscuro, lo superfluo, lo heterogéneo. Cada vez buscamos expresiones más límpidas y sencillas; eliminamos lo accesorio, eso es lo cierto, para que resplandezca lo esencial; a veces en esa eliminación se nos va la vida; la vida que deseábamos expresar y la nuestra. Eso es lo que puede haberme pasado a mí; pero ello no me impide comprender y celebrar bien, la victoria de los que se mantienen fuertes, sobre los mismos tumultos de las tinieblas vitales.

En estos últimos años, Unamuno, Bergson, Romain Rolland, recios y fragantes robles de la latinidad, cayeron sacudidos y desgajados por las tempestades de este siglo xx, las cuales no mancharon su entraña ni su nieve. Ellos, al morir, confirmaron que habían venido a sustituir el decir desnudo de Descartes: —*Pienso, luego existo*, por este otro: —*Pienso, luego actúo*...

Cierta vez, después de haberme deleitado, no frente a los libros pero sí ante los jardines, los vagabundos y las palomas de la Biblioteca Nacional de Nueva York, me fui a explorar el gigantesco Parque Central, y allí encontré en forma inesperada el monumento al Liber-

tador Simón Bolívar. Días antes, en una calle poco importante, un escritor cubano me señaló el hotel donde paró José Martí. Presenciar estos detalles, en Nueva York, en 1942, frente a la América latina aun amenazada e indecisa, con gentes que soñaban con nazis o falangistas, tenía que constituir para cualquier americano una experiencia de lo más conmovedora, dramática, sublime, tanto como pudiera imaginarse. Y confieso que, en cierto momento, experimenté el orgullo de no haber sido jamás traidor, ni en el más mínimo detalle, a aquellos varones estéticos y trágicos. Por eso, solamente por eso, experimenté una satisfacción muy viva. Pero pensé en otros; en los que se sacrificaron en destierros, luchas, denuncias peligrosas, en los que afrontaron responsabilidades ante la ley, y fueron amenazados, y se les oyó con incredulidad o indiferencia, cuando se les calumnió y, a pesar de ello, siguieron firmes, fuertes y sonrientes, con cierto dionisismo ingenuo y lleno de sabiduría vital a la vez, y entonces murmuré, uniendo los detalles del monumento de Bolívar con los de la casa de Martí en mi corazón: Mientras existan jóvenes como aquéllos, las cosas no irán mal. La obra de los grandes héroes no se ha de perder. Bolívar no habría arado en el mar y la sangre de Martí no se borraría al caer sobre la tierra...

Cada acto que realizas es un sorbo de muerte que bebes; cada uno de tus pensamientos es un sorbo de vida.

Una vez me correspondió la misión de vincular la Universidad de la República al ceremonial de transportar las cenizas celestes de Herrera y Reissig, al pan-

teón destinado a la memoria de los héroes. Pesado laurel me obligaron a conducir; un laurel que se desprendía como un índice del tronco milenario de las culturas sucesivas, y que podría hacer temblar la mano; pero yo supe que, al acercarlo a los despojos del poeta, se tornaría ligero y frágil como el mensaje errabundo de la estrella, o se encendería como antorcha.

Dije así: prescindid de lo intermediario que uno es tanto como provisorio; conservad solamente en su pureza la legitimidad del imperativo mandato inicial, en donde la incompleta casa de la cultura, al través del ministerio de Minerva, se inclina también ante la vestidura del poeta, como los cedros que lloraron el desgarramiento corpóreo de Dionisos, y así reverencia el resplandor de la belleza que irradia del nombre y de la obra de Julio Herrera y Reissig.

Y es justo que desde allí alguien se encamine: la ciudadela que se ha establecido alrededor de las creaciones legítimas y las vanidades de la razón humana, y que no se detiene ante ninguna aventura del pensamiento se sentirá en concordancia con el destino establecido para sus fines cuando rinda homenaje a la memoria del hierofante más fiel de la belleza y la poesía.

Las sombras de Platón y de Plotino, y las más recientes de Kant o de Hegel, reverencian dentro de lo que es posible comprender del contenido hermético de las doctrinas estéticas, a la figura del héroe que representa en nuestra lengua un grado superlativo de la pureza poética asociada al enigma creador. Julio Herrera y Reissig penetra con plenitud en el territorio de la problemática de la poesía moderna y se enlaza con las corrientes temporales de todas las cumbres de los idio-

mas, que van a engrosar el disciplinante raudal de Hipocrene. Es decir, se hace objeto de admiración y de problema, de juego estético y análisis y exégesis en agua de lo raro, de hogueras de desarrollos interpretativos y deleites verbales, y transparencias intuídas y oscuridades discursivas. De ahí que su poesía, que en estos momentos reverbera en el oro de aquel mar y de este cielo, o se emboza en la queja inmemorial de la lluvia, transcurrirá con igual ligereza en las bóvedas de la inteligencia, para esfundirse allí también a través de toda clase de teorías, pensamientos y estudios.

La belleza de lo poético, con las túnicas eternas y raras, será luego el óleo y la miel y la mirra de las disputas de las aulas, como el manjar delicioso que las abejas griegas depositaron en células de cera ordenadas por la geometría y el número en el resquicio de los pórticos de academias de filósofos y sofistas.

Creo que los muros y los árboles de este jardín palin-genésico que nos circunda, y que es la superficie solidificada de un mar jamás cognoscible en su hondura, allí donde escriben y borran, hilan y deshilan naturaleza y muerte, destrucción y génesis, podredumbre y renacimiento, jamás habrán servido de ambiente y escenario a un homenaje más poético que el que celebramos en éste ahora. Se agrupan los poderes, las armas y las instituciones del Estado, más allá se asoma la multitud y los acordes de la heroica de Beethoven, escrita a la muerte de un joven héroe, pasan a recuperarse en el cántico de las olas del fondo para celebrar el equilibrio definitivo de lo que en ceniza resta, de una personalidad que trabajó con prescindencia de toda materia secundaria o de ambiente, una poesía que se enorgullece en apoyarse a la soberanía sin crepúsculo de la imagen, del ensueño y del espíritu. Nada más. Nada

menos. ¡Y qué simple, sencillo y solemne todo! Monarca de sus cárceles está aquí, con nosotros, el huésped elemental, el pájaro inasible de la belleza, que sólo se despliega y luce en el ámbito de la universalidad y la abstracción.

Este poeta es de la patria del tiempo, del ayer y del hoy y de siempre; los días que lo usaron no lo ajan ni atan ya; sus formas expresivas son las de un lenguaje suntuoso y rico que no coincide jamás con los circulantes hábitos de comunicación discursiva, y que participa de los mayores orgullos del hombre emancipado de los instantes.

Todo él se levanta contra la atracción de la tierra, y sin embargo es real, firme, diamantino, como lo que con más obstinación y valor ocúltase en las entrañas de las minas y en el fondo del mar: las piedras preciosas y las perlas.

Nos conocemos sus compatriotas nada más que en aquel instante que participamos de alguna manera con lo inmutable y lo divino. Los que estáis aquí constataréis el sobresalto de haberlo conocido, o de ser los admiradores de un poeta, que sin aludirnos ni mencionarnos y sin utilizar ninguno de los temas emotivos que poseemos como sudamericanos, es, no obstante, un intérprete del espíritu de nuestra época y de nuestra ambición infinita de poesía, en tanto que somos partícipes de una comunidad culta que se nutre en las fuentes clásicas, en el renacimiento y el barroco. Por eso, de la copa ardiente de sus versos, se elevará siempre la nebulosa simbólica que disputará con el acontecer luminoso de las estrellas, y por eso en el pueblo que lo vio nacer y crecer y colocarse definitivamente entre los mayores poetas del idioma, habrá el gesto de asombro parecido a aquél con que los primeros hombres expre-

saron su estupefacción ante los milagros del arco iris o de la aurora boreal, o de las mismas estrellas fugaces qua parecen también desprenderse de la impura tierra, de la nube familiar, o de la montaña maternal y cotidiana. Pero, más allá de esas reacciones habrá siempre otro gesto de asombro y de encanto al mismo tiempo, vecino de la angustia, parecido al que pudo experimentar la madre de Icaro ante sus vuelos, y sólo así creerán los hijos de la ciudad y del campo en su misterio incommunicable y sagrado. Su esplendor anidará en el recinto de los espíritus cultos y torturados; sus problemas y sus innovaciones resonarán en los laberintos de la razón humana, allí donde esta razón va a confinar con la filosofía o la estética de los iniciados, o con el recinto de marfil donde algunos hombres de helados gestos aun hacen el sacrificio de alguna paloma de nieve o de un águila de tormenta sobre el altar común de los usados términos.

"Desde los tiempos inmemoriales, viene una gris palabra dicha entre los hombres". Este pensamiento, dos veces milenario, hállase en un pasaje de Esquilo, y lo aprovecharemos para señalar el carácter del destino poético que consiste en tratar de suprimir una pesadumbre de los hombros de los efímeros.

La palabra, al trasmutarse en los labios del poeta, recobra su primordial e inocente brillo, la imagen rejuvenece las cadenas y los goznes del lenguaje, se vitaliza la contextura de las formas y frases, se establece la inédita maravilla de lo recién creado. Lo mejor de la obra de Herrera y Reissig es un davídico esfuerzo para desterrar del lenguaje de los hombres esa gris dictadura del vocablo opaco y robusto, que se reconstruye a cada momento en nuestros distraídos labios, como una hiedra tenaz en el florecimiento de lo imaginable, o como



un légamo que quiere disipar los finísimos detalles que el orfebre de lo divino dibujó en la copa idiomática que las manos descuidadas dejaron caer en el océano de lo vulgar y presuroso.

Toda su poesía es un retorno tenaz a la pureza de la expresión. Consiste algunas veces en la restitución fatuosa de un prestigio o de un tesoro desdeñado por los desposeídos transeúntes del lenguaje. Bien sabía él que la palabra, sin el relámpago poético, es un pálido esquema cuya compañía comparte con tedio invencible el hombre desprovisto de las virtudes mágicas de la expresión. Y este poeta poseía más que nadie la clave de un prodigio verbal, además de otros dones. Es difícil que haya existido en América, ejemplo alguno que se aproxime como identificación más íntima entre vida, disciplina y obra. Todo ello pertenece a la sobrenaturalidad del arte y de la espiritualidad, bien distante del corpóreo desprendimiento de lo real y del accidente de lo temporario.

La vestidura de sombra y de limos que acompaña a todo engendrar artístico como una escoria inevitable, que igualmente es máscara y bochorno del mineral preciso arrancado de la tiniebla terrestre y sirve de neblina ambigua al problema y a la melodía, al drama o a la ficción más ingrátida, ese tributo imprescindible que impone la naturaleza primaria, queda así excluído de la obra de Herrera y Reissig, y si se manifestó, lo hizo como adorno de líneas puras, contornos caprichosos o transparencias inagotables.

Como ocurrió en su vida, como lo comprobamos hoy y lo vaticinamos para el futuro, esta poesía servirá de espejo para las mayores audacias y exquisiteces, será el vino preferido para encenderlo en el instante en que nos soñemos próximos a la progenie sin Crepúsculo de

los Dioses, y no sufrirá jamás lo que un ensayista español denominó muy bien, "la injuriosa y calumniosa difamación del éxito."

Queden ahora en el silencio nocturno y próximo, estos despojos en el lugar consagrado por la República para sus mejores hijos. Cuando nos retiremos, vendrán seguramente en el signo de alguna estrella o de la titánica lanzadera de ébano de un ciprés, las corporizaciones y resonancias de la poesía de los afines con Herrera y Reissig: Teócrito, Ovidio, Góngora, Shelley, Mallarmé o Poe... Es hasta posible que entonces se pueda oír algún verso insinuado por el mismo Mallarmé, como queriendo diafanizar un homenaje de las edades y escuelas: "*J'offre ma coupe vide où souffre un monstre d'or*". ¿Será una libación de enigmas? No. Conocemos el sentido. Se trata sin duda del monstruo dorado de la belleza extrema pero estéril, de la perfección haciéndose niebla en el límite, de la delicuescencia en el grado sublime, de la idea inmutable que oculta en su centro el abismo de la propia negación y la impura posibilidad.

Pero seguros estamos, de que el gran poeta que ahora se arrulla con los oficios de un juego sacro, tomará la copa ofrecida, la levantará hasta colocarla a la altura de donde hubo corazón y la llenará de luz y sonoridades, con sólo acariciarla con su mano actual de sólida nube y se oírán entonces algo que al mismo tiempo puede ser la síntesis de su obra creada expresándose como la música de Orfeo, el prelude coral de las sirenas, el rumor de los caramillos pastoriles, la áspera musicalidad de las gárgolas de las catedrales, el cantar de las olas de los mares de la Odisea o de las playas próximas a la Torre de los Panoramas, o el lamento del pampero en los atónitos ventanales nocturnos de estos cipreses en

ojiva o en la misma ciudad que asistió al milagro de engendrarlo y que hoy le expresa su admiración inconclusa, a través de los compatriotas que aquí rodean el vaso de sus cenizas, en actitud de creyentes, neófitos o iluminados.

Y no sería extraño que éste fuese el último gesto de taumaturgia que Herrera y Reissig nos ofreciera, para despedirse luego del neutro imperio mundano que aun es el centro de nuestra fugacidad; imperio demasiado remoto de la cumbre que lo escuda en la perennidad sin eclipse ni escoria.

Las grandes montañas, vistas desde el avión, parecen indiferentes; mucho más que lo que de ellas trasciende cuando se las contempla a lo lejos, desde la llanura.

Una indiferencia sublime que al mismo tiempo es una constante amenaza. Se diría entonces que las montañas poseen el orgullo de que son inmorales. ¿Por qué? No debiera ser así; pero uno les infunde un inhumano orgullo. Viéndolas entonces se comprende que el orgullo es la inmoralidad inmanente de las cumbres.

El tema de la inteligencia y la vida puede ser interpretado de muy distintas maneras, según interese al plano de lo filosófico o a la esfera de la conducta o al dominio de lo literario. Sí, buscando aclarar y sintetizar nuestro pensamiento, hiciéramos una clasificación de las maneras de tratarse, estableciendo un orden jerárquico, diríamos que en él se distinguen tres planos. Existe un plano puramente filosófico: la inteligencia, considerada como una expresión de una realidad racional y la vida como otra realidad, con caracteres distin-

tos. Así la inteligencia, la realidad trascendente a lo material, "lo que proviene de afuera", según la expresión de Aristóteles, y la vida, como un principio distinto de la materia inorgánica, que actúa sobre ella, determinando planes, formas y estructuras y señalando un orden teleológico, con la distinción de su finalidad externa y de la interna que Kant estableció. Pues bien: separadas en lo posible, con fines aclaratorios, esas dos realidades, pasaremos dejando el problema de sus naturalezas que coinciden aquí con el problema de la Razón, al de las relaciones que entre ellos pueden establecerse y que se desprenden del título del mismo tema.

La "y" puesta entre inteligencia y vida, indica una relación; a ella, pues, se dirigirán nuestras aclaraciones. Sabido es que, si consideramos a la inteligencia como el modo de actuar de las operaciones racionales con una base de principios innatos, y a la vida simplemente como el "conjunto de operaciones y funciones de nutrición, crecimiento y destrucción", abrimos entre ambas un abismo de orden sustancial. La relación entonces se reduce al problema del conocimiento: si la primera, puede o no captar la esencia de la segunda.

El dogmatismo resuelve afirmativamente el asunto, las otras doctrinas le niegan, quedando en el kantismo la vida dentro de lo noumenal. Entre las soluciones negativas, la de Bergson al afirmar que la inteligencia se caracteriza por su natural incompreensión de la vida, ahonda esa distinción de lo intelectual y lo vital, para ir a buscar la solución intuicionista, que resuelve el conocimiento en una operación de simpatía intelectual por medio de la cual el sujeto se compenetra con el objeto. La inteligencia sólo actúa en superficie, dete-

niendo y no penetrando la vida. Esta se entregará como una duración creadora, al acto del conocer intuitivo.

En otros planos, existe otra manera de solucionar la contraposición entre la inteligencia y la vida y es la que, considerando a la primera como un sinónimo de racionalidad, le otorga en sí una esencia espiritual, que al mismo tiempo es fuente de vida; de modo que se soluciona por la identificación de los opuestos, debida a dos principios coexistentes de forma y materia, siendo en caso concreto, nuestra alma forma y fuente de la vida de nuestro agregado corpóreo. Y, por último, en más modernos desarrollos, debemos mencionar especialmente la concepción de Ortega, quien resuelve el problema del comportamiento de la razón frente a la vida considerando a ésta como proceso histórico, en su doctrina no bien divulgada de la razón vital...

En un segundo plano, la relación de la inteligencia y la vida puede resolverse como un problema moral. El conflicto no alude al problema del ser sino que se confina en los seres. En el hombre y su conducta.

La inteligencia proclama la necesidad de normas que se oponen a las de la vida. Siempre el racionalismo aparece, aquí, alejando el fluir de lo vital. Pero siempre la inteligencia puede resolverse como una manifestación favorable y moral de la misma vida. En las concepciones de Nietzsche, que una vez se expresó así: "verdadero es solamente lo que estimula y alienta y refuerza la vida", y de Guyau, que lo contradice al describir los fines, hacemos hallazgo de esa formulación. La vida como el fuego "necesita comunicarse y extenderse para existir", Guyau postulaba. Pero ese existir no se determinaba por medio de modificaciones depen-

dientes del azar y conducentes al mal o al dolor, sino que concluía en formas que satisfacen a la misma inteligencia: simpatía, amor, expansión de la vida, la que en sus resultados prácticos actúa como algo inteligente.

Del plano de la doctrina moral, podemos pasar al de la conducta práctica. Lo frecuente entonces es la separación de los fines: lo de la inteligencia tiene un orden moral, lo de la vida tiene otro. Esta última se desvaloriza ante la primera: casi se confunde ya con la tendencia y el instinto, y se presenta traída por la ética la antinomia de la razón y el instinto. Pero esta distinción está implícita en la apreciación de los actos humanos. Decimos: la vida ofrece tales goces, la fuerza determina su acción aliada de la vida, en tal sentido, mientras que la inteligencia ordena lo contrario, se resiste a reconocer esa corriente que asciende y la invade...

Y esto, en lo grande y lo pequeño nuestro, y en lo social y lo individual. Y muchas veces al día, en que un deber nos detiene frente a un interés o a un placer...

La tercera interpretación, es mucho menos concreta que las dos anteriores... Consiste en entender por inteligencia el conjunto de operaciones racionales y agregarle los resultados de la creación intelectual y artística. Tenemos así una inteligencia flotante, y se trata de ver qué relaciones mantiene con la vida. Pero también la vida sufre la misma dispersión. La vida, pasa a ser la vida de los hombres, la vida de éstos en la sociedad, en una época determinada... Entonces el problema es más bien el siguiente: las relaciones del intelectual, del escritor, del artista con la vida del pueblo que lo rodea... El significado del problema es de orden muy complejo;

involucra lo intelectual, lo histórico, lo estético, lo social. Así se les reprocha a algunos escritores: no están con la vida de su tiempo. O puede hacerse de esto un mérito, si el escritor se adelanta a su época. La inteligencia puede modificar esa vida, adaptarla y hasta crearla. Y puede, por el contrario, sufrirla, inferiorizarse por ella, perder su originalidad por concederle una participación excesiva. A esto puede agregarse un sentido religioso: elevando a la inteligencia a una categoría de valor eterno, la relación se expresa en la sentencia "Dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César". Una simple suplantación de términos explica el símil.

Planteado el tema de otro modo, las distinciones aparecen en este orden. ¿De qué inteligencia se habla? ¿De la del filósofo, de la del poeta, novelista, autor plástico? En cada caso caben grados de actitudes frente a la vida. Tomemos dos ejemplos: el del filósofo y el del escritor en general.

El filósofo puede aislarse de la vida de su tiempo: su obra, por su propio valor y no por la intención del autor, actuará sobre la vida, la explicará, se hará fuente misma de vida... Tipo Descartes: errante en las guerras de su tiempo, se aísla en Holanda, escribe al margen de los sucesos de su época, pero su pensamiento establece las leyes del método científico, la distinción de la sustancia externa y la pensante, y se convierte en la fuente que origina el conocimiento científico hasta el siglo XIX, y las mismas consecuencias prácticas de ese conocer provienen de allí... El pensamiento, en un transcurso de tres siglos se hace vida, se resuelve en mecánica, se transforma en técnica y hasta al fin se levanta ésta contra el mismo pensamiento.

Hoy no nos asombramos de que se le reproche a

Bergson lo que se llama su ausencia de comprensión de la vida contemporánea. El mismo filósofo díjole a Gilbert Maire, que no se sentía bien seguro de conocer lo que son las agrupaciones sindicales. No puede hablar de ellas... Esto asombra un poco. Pero conociendo el pensamiento de Bergson y bien determinada su influencia de hace más de treinta años en todo el orden del pensamiento, nadie podría reprocharle con justicia, su no conexión con la vida. Esto nos conduce a afirmar que la relación de la inteligencia del filósofo con la vida de los hombres de su época es un problema que depende del profundo valor original que posea la doctrina que se sustente.



Pasemos al otro ejemplo. En cuanto al escritor, al intelectual, siempre que apresuremos un esquema, y pensemos después en lo que se refiere con nuestro medio sudamericano, creemos que siempre debe tener una vinculación con la vida de su tiempo: su inteligencia debe estar al servicio de su ideal artístico, debe obedecer al ritmo de su voluntad creadora, pero debe convertirse en el elemento de defensa de los hombres de su tiempo y su país, que sufren ignorancia, opresión o miseria. Si no tiene el don de crear para las masas explotadas, ni tiene la facilidad natural para expresar el dolor y la desesperanza de los que sufren, debe con las otras energías que constituyen la unidad de su ser, defender y elevar con todo valor a los oprimidos, y enfrentarse con toda resolución ante todos los déspotas que signifiquen fuentes de guerra, opresiones y tiranías. Y para esto los planos de acción son innumerables. Están al alcance de todo el que quiera ver.

En cualquiera de los planos, nos hallamos con el he-

cho común de que la inteligencia que intenta relacionarse con la vida, desde un punto de vista cognoscitivo, operante o creador, es sobrepasada inmensamente por ésta.

La vida, en un orden extensivo, sobrepasa la órbita de la inteligencia en el acto de su comprensión, y aunque se agudice el modo de operar de la última, el momento de contacto de la inteligencia y de la vida en lo filosófico, lo moral y lo artístico será sólo como una línea que determina el cruce de realidades que divergen apenas se las cree unidas.

Así, sólo se logrará en lo artístico durante el análisis de la obra de un escritor un sector de la influencia vital; aquel en el que incide la sensibilidad o la intuición, y ordena la inteligencia, y capta una realidad parcializada en el tiempo y en espacio empíricos: drama, poesía, línea, novela. Aunque esa parcialidad sea limitadísima, con todo, puede convertirse en una creación artística eterna.

Lo más universal de la vida sólo a través de lo más individual de la poesía se transparenta.

Lo particular de la vida es la nota fugaz del momento de existencia que se desvanece al caer en la forma poética, la cual sólo es trasunto de universalidad.

Poseía un talento apto para apropiarse inmediatamente lo esencial y lo accesorio de las doctrinas. Era admirable en eso. Pero nada más; porque en seguida se veía que era como el papel secante. De ahí que todo lo absorbido por él se convertía en algo ininteligible.

La contemplación merecida; aquélla que es como el premio y el final de la acción heroica.

Cuando se analiza el pensar de los judíos católicos de estos tiempos, los más fervorosos a veces o los de pensamiento más elevado, se percibe inmediatamente que en ellos lo judío es la permanencia y el catolicismo lo accidental. (Bloy, Maritain y otros).

El valor de las grandes intuiciones modernas depende del trabajo intelectual que hacemos para validarlas y defenderlas.

La poesía es algo eterno que condiciona el movimiento del cosmos reflejado en el alma humana.

Todo pensamiento late por debajo de una forma perfecta. Y viceversa.

La peor soberbia es la más generalizada: desprecia todo lo que no comprende.

Una poesía plebeya, como una doncella ordinaria, se apresura a dar más de lo que promete.

La conciencia se extiende y se disipa; es el fatal destino de todo psicologismo, que perece por natural en-

vanecimiento y disipación de su propia fuente. Al fin, el contraoleaje de lo externo concluye anulándolo.

Es curioso; las ideas siempre se me aparecen más nuevas que las imágenes. De estas últimas, ¿que esperar, dada la intuición de los hombres imaginativos, con sentidos afirmados en bases fisiológicas tan semejantes? Casi todas las imágenes tienen siglos. En cambio, las ideas, creadas desde un enigmático mundo interno, poseen el don de ser nuevas siempre.

La moral del intelectual consiste en ser fiel a la inteligencia y nada más. La moral del poeta es ser fiel a la poesía donde quiera que ella esté.

Las peripecias de la inteligencia engendran también las más penosas etapas de la vida moral.

No hay que abdicar de lo que nos pertenece naturalmente; a pesar de todos los apóstoles que se erigen en salvadores de los hombres, la inteligencia constituye la única salvación.

La inteligencia conduce a la entelequia de la libertad por medio de un desarrollo inmanente.

Lo folklórico, lo accidental, lo confinado. Todo eso es lo mismo. Seguramente, el detalle popular, en la

posesión del genio, está bien. Pero fuera de allí, recogido por otros, padece y muere. En labios del pueblo, por un momento, parece que posee eternidad. La eternidad de lo natural. Como el agua del mar o las espumas. Pero, recogido *por alguien*, carente de espiritualidad genial, transportado y anotado, pierde su vitalidad y muere.

La Universidad es la razón socrática hecha piedra.

Lo terrible de lo cósmico es que suena a hueco; el verdadero poeta debe evitar precisamente que eso le ocurra.

La modulación estremecida, el contacto instantáneo con absolutos, la rigurosa sistematización lógica, la helada curva de las ideas y la musicalidad infinita, no se han dado a conocer aún. Cuando se les acerca en la expresión, en seguida se es repudiado y condenado. Lo urgente es ser realista y naturalista; es una economía de especulación mental que en el fondo es una pobreza constitutiva.

Sin pensamiento no puede existir historia. Las razas incapaces de pensar, aun mismo aquéllas que son aptas para relacionar y abstraer, carecen de historia. Si exhiben narraciones de hechos, no presentan los sucesos ordenados por la idea, no hacen historia. Este hacer es un hacer pensante.

Contra la razón vital. Mentira: La vida no es problema; el pensamiento sí, es problema. Nuestra vida está resuelta ya antes de nuestro nacimiento. Nuestro pensamiento no está resuelto jamás.

Hay hombres que pierden la hombría engendrando hijos.

Toda cuestión mental empieza a vivir en cuanto se convierte en problema. Con las organizaciones espirituales de la cultura, ocurre lo mismo. Es más; un bien muy grande es que una realidad aceptada por todos se convierta de súbito en problema. Se salva. La mecanización habitual que conduciría al aniquilamiento, es suplantada por la problematicidad; entonces, la cuestión o la realidad se ponen en marcha, se superan y se salvan. De donde se desprende que el problema es el signo siempre renaciente de la vida.

El misterio de la verdadera poesía consiste en el enérgico ademán con que defiende lo que promete y se obstina al mismo tiempo en ocultar.

El ser se constituye en la acción; pero sólo se realiza en el pensamiento.

La acción se destruye a sí misma; se devora sin cesar en una serie de procesos que simulan ser superación continua, pero que sólo se trata de una serie de susti-

tuciones ciegas; mientras que el pensamiento se construye en cada instante, tornándose más creador y libre siempre.

Drama de Miguel Ángel. Representar el máximo de intensidad espiritual valiéndose del desarrollo plástico con el máximo de materialidad posible.

En el techo de la Capilla Sixtina, se desarrolla en el fresco el problema plástico de la catedral. Los profetas y sibilas, al costado de los cuadros del Génesis, hállanse suspendidas en el aire frente a los abismos de la creación y del tiempo, igualmente que las esculturas de las catedrales. El plan ornamental, continúa desarrollándose en el fresco, dentro de las categorías de la arquitectura religiosa.

Las experiencias relacionadas con el origen de la percepción de distancia, basándose en los ejemplos de personas a quienes les faltan uno de los dos sentidos que más intervienen en aquella construcción mental, nunca podrán ser comprobatorias categóricamente. Porque, además de los defectos señalados por los psicólogos, se debe mencionar la siguiente dificultad: es posible experimentar con personas a quienes les falta el sentido de la vista; esto aun les permite vivir, pues los otros sentidos suplen la ausencia de los datos visuales.

Pero la inversa experiencia no es posible. Sin los elementos sensoriales del tacto, no es posible vivir. Imposible es también suprimirlo por experiencias y devolverlo íntegro después. De modo que la experimentación falla

fundamentalmente en este caso y el razonamiento no puede contar con ese argumento. El hombre vive encadenado a su tacto, a sus infinitas gradaciones y asociaciones: es el único sentido que no puede faltar; y no es posible, ni en abstracción mental, representar los datos que con su ausencia faltarían para la combinación de la noción espacial de distancia.

Los principios directrices del conocimiento y el sueño. Todos pueden subsistir: razón, causa, tiempo, espacio. Los sueños tienen de eso, algo más o menos alterado. El que falla más a menudo es el principio de identidad. En casi todos los sueños míos la identidad y la no identidad coexisten. Más claro, cuando se trata de su aplicación a personas y no a cosas; el principio de individualidad, de personalidad, que sustituye al más abstracto de identidad, se halla alterado en los sueños. Pedro es y no es Pedro, a la vez, y bajo la situación y en igual tiempo. Terrible derrumbamiento en el más cierto sueño.

Una forma de sofística de planos profundos: sustituir el rigor de las demostraciones, la claridad matemática del razonamiento, por el psiqueo balbuceante, la insinuación, el silencio, en el medio o al final de las frases. Recomendable en la conversación sobre poesía, en el adoctrinamiento íntimo, en la intimidad, pero detestable en la alta enseñanza pública, frente a la metafísica, la moral, la estética. Sofística de los gestos; vergonzante, aunque habilísima.

El cántico de las criaturas se confunde con el cántico de los elementos en el seno de la naturaleza. La raza de los que creen y cantan y la raza de los que interrogan, se separan por encima de las confusiones primordiales. La raza de los que piensan metafísicamente imprime la única dirección salvadora del espíritu humano en éstas y otras playas. Siempre existirá la jerarquía irreductible de los que tienen para problemas eternos soluciones también eternas.

¿La vida? Es la imaginación de la materia.

Esta es la época en que, aun en un grado de lucidez consciente, y aun muy avanzado, el hombre debe ignorar por qué ideal muere o por qué ideal lo matan. El sabio se encuentra en iguales condiciones que el más ignorante.

Puede considerarse el universo como almirez del pensamiento divino. Los griegos platonizantes y los cristianos así lo creyeron. Pero también el universo puede ser un ente de origen divino por delegación. El idealismo manteniéndose fiel a esa concepción, en cuanto admite que el pensamiento humano es el fundamento del universo; pero a su vez dicho pensamiento es de origen divino. Este último misterio, ya directamente o ya sea a través de la razón o del espíritu absoluto, se hace patente en el universo. Los mismos fenómenos en que el empirismo afirma la realidad ideal del universo, constituyen tantos pensamientos divinos considerados en la multiplicidad antes que en la unidad. Son dema-

siado tenues e insignificantes en sí para construirnos el universo, con sus leyes necesarias y objetivamente válidas, y sus inmensidades espaciales y temporales, para patentizar su imagen divina. El fenomenismo puede ser teológico, también, a su modo; como una monadología incompensable y que se ignora.

La política también puede ser ahistórica, tanto en la teoría como en las realizaciones. Es imposible eludir las contradicciones fundamentales de la fuerza y de la ley racional. Cosa difícil es construir la segunda, derivándola de conceptos metaempíricos y apoyados en el despotismo de los fuertes, como derivar de la primera los principios que rigen la vida espiritual de los pueblos de acuerdo con la ética y el derecho. En las realizaciones se perciben iguales antinomias, más crueles, groseras y torpes, o aparecen como sofismas con sangre y coraza, mezclando muchísimas impurezas de lo infrahumano que, analizadas bien, permiten percibir el perfil de las serpientes contradictorias que se acumulan en lo histórico.

La Naturaleza es aquello que está ahí, y que la razón quiera que sea de alguna manera y bajo alguna forma o modo.

Las leyes naturales son simples, por un proceso de racionalización a outrance que el hombre realiza guiado por un sentido pragmático que deriva de su comportamiento en el universo; las mismas leyes aparecen más complicadas y difíciles cuando se sale de ese modo

de razonar y se pasa a una actitud desinteresada y libre frente a los fenómenos.

El carácter intencional de la conciencia (Brentano, Husserl), que siempre se dirige hacia un contenido que le es heterogéneo, puede caer bajo la crítica del idealismo empirista. El hecho de que los estados revelen intencionalidad, de que en ellos se denuncia algo ajeno a ellos mismos, lejos de ser un carácter primitivo de la conciencia, puede ser muy bien un añadido secundario. El hábito de objetivación y la tendencia a la presentación de un no yo intruso, merced a la vivacidad de las impresiones (Hume), originaría aquella creencia intencional. ¿Somos, pues, un producto del hábito, precipitando en la conciencia, actuando siempre según mecanismos empíricos?

Al mismo tiempo que una mentalidad inhábil para el pensar profundo, amamantada por la disciplina positivista, se constituyó con la pretensión de sustituir la investigación filosófica una forma de razonamiento bastardo, opreso por la lógica, que quiso compartir con la anterior actitud el reparto de los despojos de la ontología. Casi todos los que se ahogan en esta ciénaga, creerán que las pequeñas flores que acariciaron con los puños son las únicas flores del universo. Estaban esos dones doblemente revestidos de la autoridad de las ciencias y de la lógica y acompañaban una ciencia firme en su legitimidad con indudables desarrollos de valor, pero que, con el tiempo, se transformaron en aventuras malogradas. Muchos filósofos perecieron en tales desfiladeros y es lástima que eso ocurriera. El menosprecio

por la penetración metafísica directa y la carencia de los dones más agudos del pensar, originó el error de limitar todo el alcance de la metafísica, sustituyéndolo por un fuerte, sólido y ordenado razonar alrededor de los hechos y las leyes. Muchísimas obras se crearon así, las que perecieron a los pocos años. Eran aquéllas que abundaban en el umbral de nuestra formación filosófica, y que se levantaban contra nuestro afán de ahondamientos, imponiéndonos un temor y un respeto que al principio no podíamos diferenciar del que inspiran las formas con que se expresa el verdadero pensamiento metafísico. Tuvieron que pasar los años, y algunas generaciones tuvieron que retroceder y sufrir fracasos, antes de distinguir el verdadero valor de tales sistemas y obras. Si hubo una pseudo ciencia, hubo también una pseudo lógica; aquélla que prescinde del contenido ontológico de las formas, los términos y el pensar.

La razón siempre ha de preferir una mentira que la haga progresar a una verdad que la inmovilice.

Pienso hasta dejar de existir, decía yo una vez, preocupado en corregir a Descartes. Y agregaba: Lo que pienso bien una cosa, le arrebato la existencia que posee, y cuando pienso un pensamiento, lo hago hasta excluirme del acto transcendente de existir.

Europa sobrevive en la historia porque realiza el milagro de pensar al mismo tiempo en que guerrea y destruye. Por eso no se agotará en los siglos. El pensamiento allí coexiste con la sangre; más aún, se eleva

sobre la fermentación de la barbarie irreductible del hombre europeo.

El matrimonio termina por ser un doble y largo monólogo paralelo.

El tiempo pasa de largo por encima de las especies que perecen; las especies hacen lo mismo con los individuos. Estos últimos, aun en caso de ser pensantes, sucumben sin turbar la marcha de la especie y piensan y saben que sucumben en el tiempo, que lo trasciende en todas direcciones.

La dimensión del pensamiento se revela en categorías y órdenes. La especificación lógica estructura estas últimas, separándolas de la realidad y del mismo sujeto pensante. El sujeto pensante se resiste a ser antihistórico. Pensamiento e historicidad coinciden siempre; lo pensado cae en algún hueco de la historia, o se reserva un sitio en lo futuro o en lo ya ocurrido. Lo irracional es lo único antihistórico que existe. El hombre se inscribe en un tiempo determinado, adquiriendo sustancia y accidentes, en la medida que su pensamiento coincide y se conjuga con las realidades empíricas, que son las larvas de la historia. Las larvas que tejen el ropaje del Tiempo y se devoran a las individualidades.

El salmista canta; su lengua es el Verbo y la Luz, su pecho es el cristal, su corazón es la lámpara, su sangre es ya el fuego oscuro, y en las entrañas de su cuerpo

están siempre las tinieblas que alimentan todo su canto como un óleo divino.

Los dualismos parecen inevitables, aun trascendiendo de lo filosófico puro, para referirse a lo histórico y social. Tenemos un dualismo aquí, que consiste en una ciudad que piensa y un campo que no piensa. Algo que piensa, en la ciudad; algunos que piensan. Lo demás es extensión, posibilidad de algo, lo que no piensa. Lo que piensa no lo hace del todo; pero en fin, algo se afana o se propone pensar de algún modo. Lo que no piensa es latifundio, medio rural, riqueza primaria, algo estúpida. Por momentos más que *no pensar* parece *proponerse no pensar*. Y no es que no intente algo; intenta la acción, el interés, el progreso menudo, la incorporación de las técnicas que originan lucros, explotaciones agrarias. Podríase, a veces, hasta ir hacia un dualismo que sería éste: una *élite* que piensa; una masa campesina que no piensa. ¿Cómo solucionar el conflicto?

Llamamos poesía al conjunto de las notas exactas de lo inconsciente, en el entendido de que las matemáticas constituyen las notas exactas de lo consciente.

Aplicando la concepción de Plotino a nuestras individualidades superiores podríamos preferir, en nuestras tierras, que se insistiera en una afirmación extrema de la individualidad, del yo completo y complejo, egoísta, potente.

Este yo potencializado originaría por riquezas y

desbordamiento de sí mismo, los movimientos, las transformaciones, los beneficios de que disfrutarán las generaciones, las muchedumbres...

Para mí, todas las cosas acaban siempre por resplandecer en las ideas; el mundo exterior se me convierte en el universo ideatorio sencillamente, como quien corrige una imagen visual confusa con un proceso acomodativo de enfoque.

Empéñanse muchos en insistir en creer que nuestra poesía debe buscar el efecto de extraordinarios lugares comunes, en lugar de avanzar gravemente por virtud de las más profundas, aunque no bien perceptibles originalidades.

Se pudren algunos en el fuego. Hay quienes en el fuego caen, parece que se calcinan, y no se purifican. Se pudren en el movimiento, la dispersión y la necesidad. No salen más. Y se pudren en las mismas llamas.

La armonía de las ideas basa su éxito en la superior inmovilidad del pensamiento. Éste, en cuanto es activo, trae por consecuencias la antítesis, la separación y la beligerancia de las ideas.

Nuestro cuerpo es el ancla que la Vida arroja en el tiempo, con la ilusión de persistir.

• La disolución de lo corpóreo le ofrece al santo la música pitagórica de las células.

La sombra anticipada de la muerte... Eso es la Esperanza. Proyéctase en nuestra alma, antes de morirnos, como sobre un desierto.

Es sabido que la intuición metafísica, como conocimiento inmediato aspira a suplantarse el mecanismo habitual del método de la razón suprema del hombre. Tal aparece en los tiempos actuales, a través de Husserl y Dilthey, aunque con más fortuna, en Bergson. La posesión perfecta del mundo objetivo se realiza, pero aun las dificultades no están resueltas. Aparecen éstas, cuando se inicia la ascensión o el retorno desde el objeto a la expresión. Yo le llamo a este momento el *rodeo discursivo inverso*. Es tan penoso y cruel como el rodeo discursivo directo, propio del conocimiento racional. En el proceso inverso hay que regresar de la intuición a las ideas o hacia las metáforas intermedias y llegar a las palabras por fin. Ese proceso inverso entonces se amplifica, exige desarrollos, imágenes y libros inmensos. Día llegará en que se crearán lógicas destinadas a asegurar el discurso inverso, con punto de partida en el acto intuído.

La intuición es más fecunda por los admirables libros que origina que por los resultados que proporciona al conocimiento.

El intuir, en la aspiración metafísica del término, es aquello que nos coloca en posesión total de los bienes nublados del ente. No basta. Es preciso develar lo intuído, volver con lo intuído, el valor, la esencia, la duración, la idea... ¿Cómo? a través del camino fatigante de la inteligencia y del discurso.

Se me ocurre este símil para narrar el drama de ese retorno de la intuición a través del *proceso discursivo inverso*. Se trataría del drama del hombre que en lugar salvaje descubre de pronto un tesoro valiosísimo: petróleo, oro o una mina inagotable. ¿Qué hará para volver con ella? Deberá convencer a los demás de la autenticidad del tesoro hallado. Se tratará de convencer a personas algo escépticas... Después habrá que transportar el tesoro a los países civilizados de la razón... Se necesitarán fuerzas gigantescas, pues sólo hay que desbrozar con recursos muy pobres y vulgares... Habrá que remontar en sentido inverso la corriente de un río, en una barcaza pequeña cargada hasta los bordes de una materia muy difícil de transportar, pues se disipa y se evapora, y que se cae siempre que se la quiere manejar con las herramientas mentales. Por eso hay que escribir libros, libros geniales, para que la intuición transportada pueda circular en la filosofía. Bergson construyó todo su sistema, con genialidad de titán y de artífice, para trasladar al pobre comercio filosófico de nuestro tiempo esa exquisita e inefable transparente fugacidad que escondió, como en una barcaza, en el hueco del término tan conocido: duración, duración pura, *sub specie durationis*.

Al arrojar de sí el pensador las imágenes y las descripciones y los desarrollos asociativos, es feliz como el hombre antiguo cuando arrojaba la marca del esclavo.

Una vez, a raíz de unos estudios sobre Kant, Schelling y Husserl, se me ocurrió esto, mientras contemplaba una ciudad dormida bajo el cielo puro. ¡El universo! ¿no será eso, entonces, nada más que un *bluff* del espíritu? El término de *bluff*, con todo lo que tiene de ironía, de encanto, de fábula, de realidad, de peyorativo, de inevitable, de misterio solemne.

Los más falsos son los que te admiran con tal de que los admires por lo mucho que te admiran.

Deberán estar calculadas y preestablecidas las resistencias, las negaciones, los obstáculos, los vacíos. No se trata del cálculo del piloto aviador. Se trata del que asiste al desarrollo de su obra poética.

Frente al fatalismo griego, la libertad es el pecado original de los titanes.

Las musas domésticas fabrican sus maravillas de color y de gusto, al mismo tiempo que las secretas deidades del mar y de la noche tejen en la red de las tinieblas los capullos de las lejanas estrellas. Tanta belleza y ha-

bilidad demuestran unas como otras y merecen con igual palma el tributo de la fidelidad y del canto.

Condenado a realizar miles de cosas, pensando siempre en hacer una sola.

Me perdí en la acción para afirmar mi pensamiento en la Idea.

Las disciplinas me libertan de las ajenas influencias y de las propias.

Descubrir en el entusiasmo de los demás el espejo de los fracasos propios.

Ya voy reconociendo en el mirar de los niños los tesoros que el hombre ha ido disipando con sólo vivir.

Estar obligado a beberse todos los días, junto con el misterio de existir, la ruindad de los medios.

Soportar las naturalezas ásperas, groseras, poderosas en algún bestial sentido, ante las cuales no es posible la delicadeza evasiva del espíritu.

¿Qué es filosofía? La respuesta que propongo está en los presocráticos, tan clara como en los autores de este siglo. Pero estimo conveniente ahondar en aquéllos, más que los mismos europeos, para aherrojar esa curiosa circunstancia de época formativa, adolescente aún, llena de posibilidades, de audacias, de ingenuidades, que construye el mundo intelectual sudamericano. Elijo eso como base; cumpliríase el plan inmediatamente con el estudio de los grandes sistemas realizados en los tiempos.

Es indudable que somos, ante todo, promesas. Está bien dicho. Todo lo presocrático fué también promesa. Hasta la sofística. La sofística fué promesa de eso que se llamó Sócrates. Protágoras y Gorgias, promesas muy anticipadas de Kant. Por momentos creo que somos promesas, sí, pero ahogándose en una sofística de la palabra y de la acción.

Las guerras como las que hemos visto, actúan sobre algunos pensadores de los países modernos realizando en ellos un aniquilamiento equivalente a una posteridad acelerada; actúan con toda la implacable indiferencia de una remotísima pesadumbre o carga de años.

En la expresión final de la poesía, como en el razonamiento lógico, la perfección está en el encanto de que se convierte en una sustitución de términos.

Cuando tú te ufanas de formarte juicio de alguien, éste se forma juicio de ti al mismo tiempo. Guárdate;

no te envanezcas ni apresures. Los juicios son mutuos. Sirven para expresarme que cuando alguien piensa mal de mí, yo también formaré mi juicio de él.

Los perros ladran al que no conocen (Heráclito); los cultos atacan al que no han leído.

Los que se degradan en el pensamiento son como aquéllos que se pudren en el fuego.

El universo, o lo encerramos en el esquema de las ideas o se nos disipa en la serie de las impresiones. Estas últimas son como una nada organizándose siempre.

Uno renuncia a ser materia cuando viaja en el avión. Se siente flotar sobre una fuerza. Un impulso, una energía y una actividad plástica sustituyen a la materia. Los metafísicos dinamistas ven confirmadas sus teorías en esta sustitución de toda materia por una fuerza que es nuestro sostén y nuestro impulso a la vez. Nuestro cuerpo se disuelve en el momento puro, se integra en él, lo vive.

Nueva Méjico, 8 sept. 1942. Noto misterios en todas las cosas. Las opacas se presentan como claridades, transparencias. La atmósfera que envuelve a las montañas las hace diáfanas y azuladas; parece que el valle que se ve y nos separa de ellas, es el valle del otro lado

de la montaña y que ésta se halla junto a nuestros ojos como un velo verde o azuloso.

La vista no puede abarcar tanta extensión. Veo cruzar grandes autobuses, delgados, férreos, elásticos. Llevan un galgo que sesga pintado en la pared lateral; es un acierto dinámico de gran belleza que redime a comerciantes vulgares.

Veo los plantíos inmensos; árboles rebotando de frutos, como nunca imaginaran en el Jardín de las Hespérides. Y trigales. Y máquinas que desmenuzan, cuentan y clasifican.

Veo en la noche los aeropuertos: llegan y parten aviones. Luces, gritos, simetrías prodigiosas. Rumores de energías, motores. Una poesía delicada como un vellón les deja caer la noche. Un aeropuerto nocturno es un espectáculo asombroso y delicado, que supera a la mayoría de las bellezas urbanas de la antigüedad.

Veo trenes interminables, máquinas, y recuerdo las horas que pasé en el día en los patios de las Universidades; veo inagotables bibliotecas y laboratorios. Jóvenes en las cátedras. Jóvenes en los grandes aviones, pilotan con sabiduría y ligereza. ¿Esos adolescentes sabios que me atraen ahora, estaban en la mente de Wáshington? Es posible. Pero uniendo todo: arte, sabiduría, fuerza, técnica perfecta, yo creo que estaban ya en la metodología de Descartes.

California. Veo desde esta torre la ciudad de San Francisco, la línea ecuórea de la bahía, como un cerúleo brazalete derramándose. Veo la agilidad y la gracia de los arcos del Golden Gate y el Bay Bridge, que conduce a Berkeley. Para ir a esta Universidad se pasa por un inmenso puente en el que hormiguean ferrocarriles, autos, ómnibus a través de dos pisos. Pero se va siempre a la urbe universitaria, que se afirma en la pendiente de las altas cumbres. Ir por aquella vía aérea de aceros, ruidos y nieblas es como pasar del empirismo de Locke al idealismo del obispo de Cloyne.

Veo todo eso. En la mañana, en el ocaso, en la noche, a través de luces de todos colores.

Veo después las altas y agudas torres de un campo de explotación petrolífera en California. Y otro. Y otro. Una selva de pirámides aligeras, con émbolos que se encargan de hacer subir una sustancia negruzca y que me recuerdan mis procesos mentales...

En esta montaña el otoño empieza. Las arboledas vuelven a su miseria y las hojas nos caen en las manos y en los brazos. Quieren hablarnos, advertirnos, y nos tocan en el hombro. Advertencias sutiles. Las miro rodar por las pendientes hacia los abismos montañoses. Las hojas son las milicias del otoño. En el fondo del valle, entre quebradas y areniscas, veo hombres y mujeres. Hacen excursiones, desde aquí o de allá; un viento los mueve sin cesar. Los hombres parecen hojas que andan por su cuenta.

Toda la noche he oído aviones. Inmensos conductores de tropas, ligerísimos bombarderos en ejercicios. Los ritmos de los aviones, como rumores de una actividad que se convierte en pensamiento, ocultan toda otra noticia del universo. Por momentos, entre sueños, he creído que seguía volando y que el rumor que escuchaba partía de mi cabeza, de mi oído, de mi sangre.

La sabiduría se me revela algunas veces, como una lámpara de oro que el diablo coloca sobre el umbral de la puerta por donde hacen su aparición habitual los ángeles.

"*Mis feudos, nubes son*". Somos débiles, pero debemos hallar fortaleza en la idea de que nuestra única patria posible tendrá que ser una tierra de espiritualidad y pensamiento creador. Así se nos empezará a considerar en el resto de América; todo nuestro poderío intelectual debe dirigirse hacia el sostenimiento constante de ese propósito, con la conciencia trágica de que desfallecer o detenerse puede significar morir.

Vigilar la individualidad es ya ir a diferenciar la inteligencia. Entre nosotros la noción individual de ganado y de ovejas, no existe. Son *reses*, es decir, cosas. Se habla fuertemente de reses en nuestra aristocracia ganadera, y se las confunde con valores. Reses, son valores; enorme y brutal absurdo que subrepticamente invade nuestro proceder político. Así como no se individualiza al ciudadano: no es un ser libre, un individuo, un valor. Es apenas un voto. Impuramente predomina

una sistematización así en nuestro medio: existe el latifundista de reses; y el demagogo, que es un analfabeto latifundista de votos. Y ese absurdo se acrecentará, mientras no se aniquile el mal, cuya raíz se afirma en los hechos señalados; hay que individualizar y valorizar, diferenciando lo homogéneo por intermedio de la inteligencia.

Recordando una feliz clasificación de Gavinet, podría desarrollarse un tema llamado: "El espíritu poético". Como existen continentes, penínsulas e islas, así hay poetas continentales, peninsulares e insulares. Se nace con una disposición lírica que se orienta hacia uno de esos dominios. La intuición del universo poético, la creación, las simpatías y los repudios, siguen la ley que la cosmovisión desenvuelve sobre la base de lo continental, lo peninsular, lo isleño. Esto ayuda a explicar muchas incomprensiones entre autores y admiradores. Los odios y las negaciones sistemáticas que se expresan en las críticas. El continental, no siente interés ni admira al peninsular o al insular. Estos últimos elaboran su obra poética en planos preciosistas, cerrados, intensos, delicadísimos. Hasta se agotan en su propia perfección. O buscan apoyo en el pueblo, la tierra, lo cotidiano, lo histórico, lo familiar. Los peninsulares realizan su obra sirviendo de transición entre dos épocas o países. Revolucionan imitando o recibiendo sugerencias forasteras; son los que encantan y transmiten lo milagroso que circula invisible entre dos modos de cantar distintos en la música del tiempo. La mutabilidad es el estremecimiento que enriquece la modulación de su poesía; variables como el mar o el viento, tanto llevan la simiente dorada del sol como los limos

prolíficos que florecerán después. Los continentales aman las grandes ideas. La ontología los atrae sin que ellos lo sepan; la religión, las ideas, la universalidad les ofrecen sus dominios inabarcables. Desde el primer momento, el cosmos se desnuda ante ellos; la inteligencia poética es la lámpara de la sensibilidad y sólo oyen la música de lo eterno, no comprendiendo cómo hay quienes pueden complacerse con las estrellas que asoman un instante y se van borradas por las brumas de la isla o la península. Tanto la insularidad como la continentalidad son formas excluyentes y aisladas de comprensión y expresión del fenómeno poético... Se levantarán fosos y muros alrededor de esas maneras de creación lírica. La peninsularidad, en cambio, es más permeable a las posibilidades de comprensiones extranjeras. Pero en general, un cerrado cosmos poético, envuelve a cada uno de estos tipos. En formas de impresiones ligeras, de contactos superficiales y variables se pueden establecer algunas afinidades; pero en lo hondo, en lo fundamental, en lo originalmente intuído y expresable, la oposición más irreductible se levanta. ¿Qué puede atraer en el paraíso insular al que nace con la cosmovisión lírica del universo mágicamente comprensible en ideas, alegorías, mitos y amplios poemas filosóficos? Nada, nada, nada. Y así, en el plano inverso; el insular no se estremece ante los diáfanos equilibrios de lo universal. Las relaciones de los seres dotados así, son parecidas a las que podrían establecerse entre las águilas y los peces de las aguas profundas o las larvas de la tierra... Absolutamente incomunicables. No es forzoso que estas características ofrezcan referencias físicas o cósmicas. Ocurren igualmente en los territorios de la espiritualidad, con sus arrabales y zonas celestes, o centrales y ocultas. La insularidad del

lirismo puro, del sentimiento musicalizado, de las emociones más traslúcidas, se separa abismalmente de la peninsularidad, con sus correspondencias y afinidades y con la continentalidad de lo puramente lírico en sus grandiosas llamas sostenidas por la inmaterialidad infinita...

Las zonas de creación, de expresión y comprensión, muy alejadas están entre sí; y es bueno que lo estén y el lirismo se alimenta precisamente de estas contradicciones, rechazos, imposibilidades, olvidos, negativismos cruzados, como los vientos de las callejuelas.

¿Cómo podría la pobre razón razonante definir el alma, la cual perdura eternamente? Sería preciso aniquilar tres realidades fundamentales: alma, tiempo, substancia, fundiéndolas en un solo acto. La intuición directa del espíritu no nos da tanta riqueza jamás. Aquí no intuimos jamás un tesoro, intuimos el resplandor de una moneda instantánea que pasa por nuestras manos de ciegos mendigos en el portal de la creación y del conocer.

El principio substancial del pensamiento y de la vida, se manifiesta a través del cuerpo del que trata de librarse en sus mejores actos. Eso es. Así queda en nosotros, para que podamos pensar en otras realidades. La noción intuitiva del espíritu que experimentamos al decir el *Cogito, ergo sum*, debe denunciarse distinta del cuerpo, de la lengua que pronuncia las palabras, de la zona cerebral que dirige los momentos. Distinta de todo lo que usa para expresarnos su substancia. Pero de toda suerte, es imposible que exista plenamente sin

el andrajo del hombre. Y apenas ha dicho: *yo existo*, al lado mismo del pensar, por un acto más sencillísimo aún, se proclama inmortal. El cógito, fijémonos bien, no nos regala esta existencia que lucimos en jardines y cátedras, sino que nos entrega palpitante el don de la inmortalidad. El alma no se queda ni un instante acostada sobre la extensión.

La Forma y el Pensamiento constantes, serían causa y fin de todas las determinaciones posibles. Pero en esta realización *ad aeternum*, sólo se debe ver lo que, por impureza del lenguaje, se ha llamado: el movimiento metafísico de Aristóteles. Si el hombre entra en el dinamismo de que el estagirita es padre, entra también en el torbellino lúcido de ese proceso y entonces no podrá tener un conocimiento verdadero de la forma, sino que tendrá que recurrir a otra versión del conocimiento. Quien podría conocer perfectamente la Forma sería la Forma misma. En este supuesto, tendríamos que concebir a Aristóteles en virtud del trabajo de su inteligencia, por su razonamiento, como asomándose a la Forma... Tal un niño que se asoma a un aljibe y se reconoce en la imagen que nada en el agua o en el eco del grito que dió para lucirse.

Soñamos que, perdida la forma del cuerpo, el alma incorruptible seguirá viviendo, pero ese vivir será un vivir de conciencia de sí, y tendrá rosas y sensaciones, lo cual será el módulo del triunfar sobre la identidad indiferente que subsiste. Es peligroso comprender cómo aquella diferenciación podrá concebirse y hasta previvirse. Por lo pronto, es casi imposible concebir la

vida futura o presente sin la relación sensorial. Por más inmortales y espirituales que pretendan ser los entes, no pueden saltar por encima de un humilde dato sensible. De modo que, si logramos concebir la espiritualidad inmortal, debemos proyectarle los elementos que constituyen el goce o el sufrimiento humanos.

Tal circunstancia, que no es signo de debilidad ni de pecado, la habían ya notado los antiguos, para quienes la inmortalidad era una corporeidad indefinida y una participación al mismo tiempo, un degradarse de una fuente inagotable en nuestros semejantes.

Porque, de no ser así, ¿qué resta? ¿Una inmortalidad en soledad absoluta? Equivale al aniquilamiento. Tenemos que compartir la inmortalidad: en Dios, o con los demás. Es decir: darnos en alguna forma, o aniquilarnos al hacer donación de nuestro ser inmortal. No podemos eliminar lo sensible, dejando que lo espiritual puro, por sí solo, persista realizándose sin cesar.

Llega un momento en que la materia se extingue como forma nuestra, pero algo de lo que somos sigue viviendo. Es el alma que subsiste incorruptible, y que lleva consigo una serie de huellas o restos del naufragio, y que se les adhirieron al convivir con el cuerpo; sensaciones, idea de personalidad, de identidad, de unidad... y el hambre de la misma inmortalidad consciente.

Al lado de lo que Max Scheler llama la "supervivencia de la personalidad espíritu-corporal", que es la más elevada y extrema de la supervivencia racionalizada,

existen otras maneras de perdurabilidad, en el mismo plano. Sin duda existe un punto de partida en la observación cotidiana de la vida del hombre, que desea permanecer en su ser, es decir, vivir. El hombre tiene la ufanía de su ser; se percibe esto en los detalles más ínfimos en que el hombre se enorgullece de su cuerpo, de su pierna, de sus órganos. Esto se hipertrofia, si se insinúa una destreza superior o una gratuita virtud estética. El hombre es un Narciso permanente. De ahí se salta a algo más hondo; el hombre tiene una especie de asco metafísico por todo aquello que signifique su muerte, su desaparición total y definitiva, de todo lo que intente borrar su imagen flotante en el torrente del tiempo.

La noción de inmortalidad suele aparecer junto con la meditación filosófica o moral, en cuanto el hombre logra sustraerse a la tiranía del mundo y de las cosas, o en cuanto un hecho como la pérdida de un ser querido, lo arroja sin ningún bagaje filosófico o religioso, a meditar sobre estos problemas. Fuera de estas circunstancias, el pensamiento del hombre, absorbido por las cosas y las fuerzas, no se preocupa mucho en meditar sobre la muerte. Además, hay cierta fuerza vital, cierta salud defensiva de lo físico, que nos utiliza en la creencia de que la muerte es algo remoto para uno, aunque no lo sea para nuestros semejantes. Para vivir es necesario estar dotado de la facultad de olvidar la noción de no vivir y también pensar que siempre ha de haber algo que nos libre, quién sabe hasta cuándo, de la muerte que se lleva a nuestros semejantes.

Si tomamos el hecho en su debida importancia y desnudez, nos encontramos con un juego sutilísimo que realizamos. El único ser que piensa en la muerte es el hombre, pero al mismo tiempo juega metafísicamente con ese pensamiento. Lo elude, lo borra, lo sublima, lo poetiza; pero no puede olvidarlo. Los otros seres se ven libres de esta atroz diversión. Por eso es tan desgraciado el hombre y por eso en ciertas épocas históricas fué una insistencia muy aguda en el hombre no sólo jugar con la muerte, sino danzar con la muerte. Los más ligeros licores de nuestros órganos y las monedillas diminutas de nuestro plasma sanguíneo danzan muy airosamente con el morir. Una de las más vistosas artimañas que el hombre ha urdido en este transcurso de episodios en que se siente desvanecer, es esa preocupación por la persistencia y la inmortalidad. Es un preludio bárbaro de nuestro pensamiento, que subsiste unido al resto de rudeza primitiva que llevamos en nosotros. Para creerse inmortal hay que ser algo salvaje.

La preocupación por la inmortalidad ejerce poderosa influencia en nosotros y llega a orientar de manera definitiva nuestra vida, sobre todo cuando ya sesgamos en cierta madurez, puesto que entonces tratamos de llevar una vida que esté en consonancia con nuestras convicciones. Pero fijaos en la infancia o en la adolescencia; la ley es que la idea de la muerte no existe. La creencia en la inmortalidad propia y en la permanencia e identidad del universo es tan fuerte entonces como en un animal o en un árbol capaces de expresarse. Cuando la muerte se revela en alguna forma, aparece como una excepción que no nos alude ni nos atañe, como una contingencia para los otros. Pero si

se insiste en aplicársela al sujeto mismo, la idea de la muerte antes de hacernos pensar en la supervivencia de lo espiritual, se traduce en un espanto, en un pozo de terror, en una trampa que está en el umbral de todos los goces y en el fondo de los vinos... Es sinónimo de traición, fealdad y repugnancia.

Siempre que se preocupe de adoptar una posición imparcial frente a estos problemas, llega el hombre a la conclusión, cuando medita sobre su destino, que lo primero que se le manifiesta es su propia contingencia. Ya es dueño de su primera brillantísima miseria. Pudo ser, como pudo no haber sido, no es necesario que sea, ni que sea un día como un siglo, ni de tal suerte u otra. Esta contingencia es aceptada por los filósofos; sean espiritualistas o materialistas. Para conformarse cada cual trata de explicarla a su modo. Así los antiguos, los materialistas y especialmente los estoicos, dijeron que el hombre debe transcurrir por la vida como un hecho determinado, más bien dicho, predeterminado por el azar o por la razón infinita; de ahí que la palabra vida equivalga a la palabra muerte, y que nada deba esperarse del más allá. Hay que obrar de acuerdo con la razón para ser felices y así se obtendrá el único placer que puede merecer el hombre: dormir apoyado sobre ese cabezal de arena que poco a poco nos tapa los oídos y nos cierra los ojos y la boca. Ese será el feliz sueño del sabio, ese naufragar en el gran todo, que nos obsequiará con la inmortalidad anónima entre lo incorruptible y eterno de la substancia única.

Veo en este momento, el mar desde lejos; y me parece que la superficie es uniforme y está sin movimiento. Es otra apariencia. Me aproximo y siempre noto allí una agitación; la ciencia, además me diría que el mar está siempre en actividad, no sólo en su exterior, que es lo que puedo abarcar con mi vista ahora, sino en el interior, y conocería entonces el movimiento y la génesis de las corrientes. Desechando cada vez más esas apariencias, podría aún mostrármeme el movimiento maravilloso que la materia viva sepulta en las grandes olas. Distintas posiciones e instrumentos nos han ido mostrando otras tantas realidades. ¿Pero todo eso ha dejado en algún instante de ser apariencia? Siempre fué tal aquello que se nos aparecía como verdadero. Un instrumental más perfeccionado o un deducir lógico, o una sagrada relación de fenómenos, transformaría-nos el concepto que teníamos de la realidad. Pero ésta ¿qué es? Una sustitución de apariencias. ¿La ley de esta sustitución? ¿La verdad real no será más que una apariencia más solidificada?

Proseguir en un conocimiento. Cuanto más sabemos, más llenos de elementos desconocidos nos vemos vivir y morir. Uno se representa a sí mismo, visto a través de tales conocimientos como en un espejo hablante por el humo. Entonces, si bien se experimenta el placer de incorporarse alguna verdad o hecho, en cambio lo entra en las entrañas de la amargura vital.

Esto se acentúa más cuando se considera el pensamiento desvinculado de la acción. Siempre el conocimiento de sí mismo se enuncia como una añadidura

de dolor. Y esto no es sólo privilegio de filósofos. Es un signo de cualquier hombre. El saber no satisface todas las necesidades que tiene el ser humano, aunque a veces la inteligencia exprese en cantos lo contrario.

¿Por qué la razón humana trata de investigar la naturaleza de las ideas de causa y fin, de substancia y modo? ¿Por qué la razón quiere saber lo qué es el ser? Es que la razón no quiere conocer por conocer. Quiere conocer lo verdadero, lo que no cambia, lo que es. Vive en plenitud de conocimiento cuando cree pisar la cabeza de la serpiente del Ser.

Los sistemas filosóficos no están agregados a la historicidad como las esculturas en los templos o en los monumentos, sino que los sistemas emergen de lo hondo a la manera de los frutos. Así se completan como viniendo unos de los otros, compenetrándose en mutua solidaridad, o escapándose del conjunto como los tallos bruscos e inesperados del juncal pensante.

La razón humana no debe concebirse como un ente despersonalizado, arrancado de un ser pensante y sufriente, que posee una vida y se encuentra perdido en un universo que lo devora... Considerado así este ser, se ve que si por el lado físico tiene gravedad, tendencias e instintos de conservación y supervivencia, por el lado de su razón tiene una actividad que se da en él tan naturalmente como los anteriores, y que es la oriundez de todo saber, y del saber metafísico en escala más alta.

Esta propensión fatalizada por la Metafísica se diferencia de las otras tendencias humanas en que tiene su fin en sí mismo; no sirve ni directa, ni indirectamente, a las necesidades del ser en el orden de su conservación o triunfo. Ofrece el carácter de que, al revés de otras tendencias vitales que son alternantes, ella es permanente e insaciable. La razón metafísica no es una razón vital; no se colma nunca. El animal es feliz cuando queda ahito. La razón es feliz cuando posee más hambre metafísica.

El hombre debe decidirse por alguna realidad, por la interna o por la externa. El hombre corriente se decidirá por la última; el filósofo huirá siempre tras de su yo. El yo es la perspectiva huidiza siempre. Hasta la reciente fenomenología de Husserl se denuncia como una *prise de conscience*. Quiere el hombre tomar posesión de su conciencia y renueva su afán infructuosamente desde Descartes. Lo que aprehende es un yo impregnado de dimensiones fenoménicas: cosas, ideas, juicios... Todos estos enmascarados han comprado sus vestimentas en el mundo externo.

Esta perpetua persecución o cacería del yo interno culmina en el heroísmo del conocimiento de sí propio. Pero es caso muy corriente que autores que mucho han filosofado, al final de cuentas, no saben cuál es la realidad interna y cuál la externa. Las dos se confunden, extravasándose mutuamente sus tesoros y vituallas. Lo ideado y lo real se inmovilizan constituyendo una única realidad.

Lo que llama la atención en las nuevas doctrinas sobre el mundo físico, es que los autores tratan con igual profundidad lo infinitamente pequeño como lo infinitamente grande. Parecería que fueran realidades reversibles y que podría recurrirse a la imagen del reloj de arena para interpretarlas. En el desfiladero estrechísimo se hallaría el juicio científico del hombre y de allí partirían dos amplitudes infinitas divergentes: lo grande y lo pequeño. Llega un instante en que puede hasta creerse que ambas están colmadas de la misma arena.

Recordad la discutible posición intermedia de Pascal. El hombre, especie de ente perfecto y adecuado colocándose entre dos inmensidades, de las cuales en cierto modo es medida. Se comprende que tan iluso destino puede ser atribuible a toda cosa o ser. Partiendo de cualquier sitio del espacio se pueden trazar dos dimensiones espaciales infinitas. Anda por ahí la pegajosa ilusión antropocéntrica. ¿Y en el tiempo? Lo mismo; el yo se cree el justo medio entre el pasado y el futuro que se acuestan infinitamente sobre la línea temporal. Todos son viejos mitos. Lo continuo y lo discontinuo no escapan a esta ley mítica: ya los griegos especularon y sufrieron la antítesis de la multiplicidad y de la unidad. Todo eso que para la razón histórica resulta cierto, ¿lo será también para lo real? ¿Por qué debe ser así? Es posible que estemos racionalizando el ente físico, o sometiénolo a un solo molde físico cuando pueden existir varios modos de ser. Recuérdese lo hábil que fué la razón del hombre para demostrar que Aquiles no puede alcanzar a la tortuga, y que la flecha no se mueve en el espacio. De hecho, sabemos muy bien que

no es así; pero la razón se complace en demostrarnos lo contrario. La realidad puede, por lo tanto, tener una existencia en sí, un ser óntico en tanto que proclama su modo de ser en sí, pero nosotros sólo la concebimos a través de continuidad o discontinuidad. Le imponemos nuestro mito de aquella limitación dualista.

Cuando se han formado las ideas o cuando se constata su presencia en nuestra razón y uno se encuentra dueño de ellas, conjuntamente con el cortejo de los hombres, parecería que tales presencias incomodaran a la misma inteligencia. Ésta las objetiva; las expulsa de sí, procediendo como la vaina madura que arroja del tallo que va a caducar las semillas que ya serán de otros reinos y allí cumplirán su cometido fecundo. Por eso tener ideas significa arrojarlas de sí u objetivarlas. Lo cual es un principio individual de platonización que se cumple en todo hombre que llega a pensar hondamente en la madurez. Los objetos carecen de la realidad primaria que los sentidos trasmitían antes, para convertirse en tipos ideales, permanentes, como platonizantes fantasmas. Existe una propensión humana a objetivar ideas, porque le es imposible a éstas seguir como simples ideas nuestras: o son puras palabras o son realidades. No hay término medio. Si son realidades son permanentes, habitando la morada de las cosas particulares o preexistiendo a su desaseo fugaz. La tragedia del racionalismo está encerrada en ese triángulo de protagonistas.

Como toda doctrina genial, el platonismo puede coincidir con el confrontamiento filosófico de cualquier

tiempo. Una acomodación platónica a través del más cerrado idealismo es lo admitido, pero también ella es posible dentro del kantismo, del pragmatismo de James y de la actual fenomenología. Pensar bien es platonizar; quiérase o no, Platón sería hasta el antecesor de Kant, desde el momento en que aquél *acomoda* las cosas del universo a través de esquemas preexistentes. Platón admitía la existencia de una sola realidad o mundo, pero por medio de un pensamiento derivado de la experiencia, afirmó el problema de lo que flota en las ideas vacilantes que llamó reminiscencias y en donde Kant vino a fijar el ala de su paloma.

El desprecio de Platón por el mundo de Heráclito, que lo hizo caer en el cepo de Parménides, lo llevó a la exageración de convertir todo en ideas, y como la operación se hizo entre felices alegorías y en un lenguaje propio de dioses, imaginamos a los griegos y al mismo Platón sumamente satisfechos de haber halagado a la humanidad con el presente más grandioso que existe: las Ideas.

La especulación es un razonamiento como cualquier otro, pero en su origen presupone la implícita afirmación de una realidad que viene a recostarse en algo. Especular es en puridad reflejar, y para ello hay que dar por admitido un dualismo primario. Las múltiples actividades especulativas están orientadas hacia la verdad; como los peregrinos van hacia un santuario; no se pierden en caminar sin sentido o errabundos. Aquella orientación le asigna al ente especulante un programa valorativo.

Es valioso todo especular. Lo que Sócrates proclamó audazmente, cuando destacó el valor de la verdad. Un paso más y tenemos que eso es un bien, con lo cual en la minuciosa búsqueda socrática se halló que el bien y la verdad coincidían, formando un todo como las dos caras de una medalla. De modo que, en toda especulación inteligente yace una categoría de valor intrínseco, a la que se añade luego otra valorización que represente sobre la condición del hombre pensante, agregándose a su conducta. La verdad adquiere así significado moral, porque si hay algo que enorgullece a la personalidad humana, es su esencia; y si existe felicidad que atrae toda acción, es el oscuro esfuerzo del hombre por conocer la claridad de lo verdadero.

Me extingo en el ser real o natural como una rosa en su perfume. Pero, por el hecho de que dudo y pienso a la vez, vislumbro de tiempo en tiempo el ser ideal y posible que me encamina hacia él. Parecería que el ser real me respetara y me dejara inmóvil; en cambio el ser ideal me comunica su aureola incendiaria que me hace huir de mí como aquél a quien se le queman las ropas.

Concibo un ser que existe merced a la idea de los otros seres; un universo, que nosotros nos lo creamos, por el acto del conocimiento completo.

La existencia de las leyes físicas nos ha sido revelada por algún hombre genial y transmitida por otros y las incorporamos, después de aceptarlas, a nuestra formación racionalista. Un intelectual, por ejemplo, es aquél

que tiene un concepto del mundo a través de un coraza de leyes físicas, que atan con fuertes nudos la disparidad de los fenómenos. El universo se convierte en una unión móvil de individualidades permanentes, pero sabemos al mismo tiempo que la identidad no existe como algo extranjero a nosotros mismos. Todo, a nuestro alrededor, es distinto, porque todo es percibido o porque los cuerpos se rechazan en su impenetrabilidad substancial, de modo que se presentarán en distinta posición frente a nosotros. En ese universo tan diferenciado, nuestros conceptos y categorías colocan orden y forman géneros y tipos, de tal guisa que si vemos y gozamos lo diferenciado y variable, pensamos lo permanente e idéntico: basta comparar las imágenes con las ideas. Indica todo esto que la razón nuestra anda interviniendo en las cosas, como una vieja ama de llaves en su quehacer tan mezquino como heroico en una casa con clientes locos.

Es curioso que, para poder pensar lo más hondo, es necesario apoyarse en lo más superficial. La metafísica lucha en vano por desentenderse de los nombres. Éstos vuelven siempre que se les expulsa, disfrazándose de alegorías o como contenidos lógicos. Hay que aprender nombres para poder pensar bien. Nombres desnudos, como monedas gastadas que nos permiten viajar infinitamente en la tierra y en el cielo. Nos ocurre lo de Pascal: cumpliendo ritos sin creer en ellos, uno se vuelve religioso. En Filosofía también hay *que tomar el agua bendita*.

La valorización del obrero en el arte, puede interpretarse de varias maneras. Una de ellas consistiría en convertir al obrero, en general, en uno de los tipos del arte literario o plástico. Esto se ha realizado con frecuencia en la historia del arte contemporáneo.

Símbolo de las infinitas formas de la energía humana, el obrero ha sido siempre valorado plásticamente. Así, en la representación del desnudo humano, a los semidioses de los helenos y a la desnudez femenina, sucede con frecuencia en los tiempos actuales, la representación corpórea del trabajador. Eso lo percibimos bien no sólo con fines de convertirlo en símbolo de los obreros mismos, sino para la representación genérica de la lucha humana contra la naturaleza o el destino. Un eslabón estético vincula al antiguo Herakles o a Vulcano, con el prometeico luchador de hoy. En este sentido constituyen ejemplos confirmativos las obras de Meunier en Bélgica.

Además, se le considera como necesario de toda simbólica monumental y arquitectónica, a modo de adorno. En ese último orden, las mismas clases de lo social cuyos intereses vitales se contraponen a los de las masas obreras, se sienten enorgullecidas al representarse en las formas potentes y desnudas del trabajador, cuando quieren arrancar del perecer continuo ciertas etapas de sus procesos triunfales.

Si pasamos a las letras, una gran modalidad literaria que nace en Balzac, pero que es más nítida en Maupassant y Zola y los rusos del siglo XIX, y se continúa hoy en Malraux y otros, se destaca en la novela y también en el teatro, por la descripción de los obreros y sus conflictos, tomados como particulares, como gremios y clases, y también como dirigentes, hasta transformarse en una temática constante y en una mística de la no-

vela. Ciertos países, como la Rusia actual, y los Estados Unidos, insisten en ello.

En este sentido, el obrero ocupa el primer plano de la novela social, desplazando en gran parte el orden de los viejos argumentos y proporcionando la maquinaria humana de la gran epopeya moderna. Esta valorización es una singularidad de un segmento importante de las letras contemporáneas. En la plástica, en Méjico se cumple la culminación, realizándose allí una estimativa semejante del trabajador, la que equivale a lo que en Rusia se desarrolla en lo novelesco. No existía tal tema en la antigüedad, ni en el renacimiento, ni entre los novelistas, moralistas y costumbristas del siglo XVIII y del romanticismo.

El otro significado de la valorización, consistiría en considerar incorporado al obrero entre los creadores y gustadores del arte. En el orden de los creadores, es más difícil determinar normas y clasificar hechos. Siendo la creación artística algo puramente individual en su esencia, el hecho de que puedan los obreros crear arte, es teóricamente tan probable como lo es para los otros hombres. Por lo pronto, los artistas medievales eran obreros, o artesanos, y los individuos más grandes del Renacimiento, consideraban como un postulado la necesidad de la artesanía previa, para el ejercicio de un arte superior. De acuerdo con eso, siempre, en las artes plásticas, se ha identificado al gran creador con el obrero. Modernamente, cualquier ejemplo lo confirma; más allá de su ideología peculiar, Rodin, cuando se desarrolla su potencia plástica, aparece siempre como un obrero, y lo mismo Bourdelle.

Más difícil de aceptar es la premisa inversa; suponer

capacidad a priori mayor en los obreros, organizados o no, para crear arte. Tal vez se facilite su aceptación si a esa circunstancia se le agrega la coincidencia de una poderosa fe colectiva en un ideal común, de proyecciones contagiosas y dinámicas, que creasen una especie de misticismo clasicista o revolucionario, que reavivando otras energías, encendiera también y no apagara el fervor artístico, y llevara a los obreros hacia la creación de grandes obras en comunidad: (obras públicas arquitectónicas enormes, coros poéticos, polifónicas gremiales).

La lucha por un estado así, o su logro y sostenimiento, solamente serán capaces de determinar vastas y hasta ahora nunca vistas creaciones artísticas por parte de los obreros. Con lo cual se confiesa que, para ello debe tenderse con fe y acción, o debe llevarse a término, un cambio de las estructuras sociales, parecido al de Rusia. Fuera de ello, es difícil, por la misma posición de los obreros que no pueden gozar de la cultura de las otras clases, y no alcanzan por lo tanto a comprender muchas formas del verdadero arte y, hecho más evidente aún, no lo pueden realizar por carencia de tiempo y de medios apropiados.

Se explica, pues, por sí solo, que una obra de comunidad obrera artística requiera un cambio parcial o total en la organización de las estructuras sociales. Los factores que impiden ese hecho en la sociedad actual son tan evidentes que no se citan. Pero estos factores no impiden de ninguna manera radicalmente, que puedan surgir artistas geniales del seno de la masa obrera. Se revelarán allí como en la médula de las otras clases de lo social y cumpliendo el misterioso plan del cosmos estético, cuyas leyes se desenvuelven sin tener en cuenta

nuestras categorías conflictuales, y se impondrán a las resistencias de medio o de clase.

Por lo menos, estas dificultades sumándose, se equilibrarían con las innumerables contingencias adversas que acechan a todo ser y a todo artista, sea de cualquier sociedad o pueblo. Para una mente de amplia visión filosófica o histórica, todos los hombres son iguales frente a las dificultades de la belleza inmortal.

En lo que atañe, por fin, al obrero gustador de arte, debe resolverse el problema en un sentido afirmativo.

El juicio estético se basa en intuiciones de lo bello; y el obrero tiene su órgano receptor de la belleza como toda criatura del cosmos.

Lo que ocurre es que la dedicación a tareas manuales, o la lucha más cruel contra las injusticias clasistas, lo tornan confuso y, caso paradójico, atrasado en arte. Así, no es una novedad que muchos dirigentes obreros, y las mismas masas, sean más bien conservadoras en arte, permaneciendo adheridos pasivamente a la piedra de la tradición y a la sabia ley del orden clásico, sin distinguir ésta del academismo estéril, gozando más bien de la emoción primaria y de las fatigadas fórmulas.

Pero, habría que ver lo que hay de fatalidad exterior y de corregible en eso; en general, tal arte es lo que puede percibir el obrero con más facilidad. El otro arte es una difícil cima de sus alcances porque es caro, y es excepcionalmente presentado al pueblo trabajador, y viene ya con el preconceito de la artificialidad, desarrollándose además en unos círculos de molición y lujo.

Por eso, lo primero que habría que hacer es emancipar al obrero no sólo de la limitación esclavizante de los malos jornales y del automatismo de la técnica, sino

también llevarlo indistintamente a todas las formas del arte. Veríamos que, resuelto que fuera este problema de transformación económica y social y de educación, para lo cual se requieren también cambios en las estructuras actuales, el obrero se colocaría en condiciones semejantes a los demás hombres, aunque no llegara en número, pero sí en individuos, al dominio de los estetas puros y de los críticos y teorizadores más geniales sobre arte. Estos límites continuarán siendo desniveles y dones de la naturaleza a ciertos hijos excepcionales.

El obrero, peor que el hebreo de fuego, combate todos los días en su taller con un ángel malo, que es la máquina, la cual lo adiestra, lo sostiene y lo aniquila. Y cuando logra evadirse de allí y pasa a la vida exterior, fatalmente cae en manos de otro ángel malo, que es la personificación de la vulgaridad artística, consecuencia inevitable de la estrechez económica, de la fatiga y del medio. Su superioridad, como valor, en lo que se refiere al gusto artístico, estará realizada cuando se emancipe de ambas luchas. Para la primera peripecia el obrero moderno tiene ya sus teorías, sus tácticas, sus sindicatos y hasta sus dioses. Para la otra lucha no cuenta con casi nada aún; son los gobiernos y los artistas, y tal vez los partidos y los sindicatos, los que deben ir a él, a presentarle lo creado artísticamente por el genio del hombre en plenitud de sus posibilidades infinitas y en el imperio del entusiasmo y de la belleza.

Puestos así, en igualdad de condiciones culturales y limadas las diferencias económicas, los obreros pueden poseer una percepción estética idéntica a las demás clases sociales. Más aún, actuarían como un humus cándido y fecundo, en el cual se formarían grandes masas bien dotadas y también minorías de selectos o supersensibles y exquisitos por gracia natural, que coin-

cidirían con otros tantos dotados y componentes similares de las otras clases.

Se reprochará, por ejemplo, que no puedan gustar de Strawinski hoy, o de Picasso y Debussy. Ocurre ello por las circunstancias indicadas y por ausencia de preparaciones conducentes a esa música, y por falta de audiciones directas frecuentes. Sólo determinadas clases pueden asistir a ver Petruschka, que es un tema del pueblo y de obreros, y el Pájaro de Fuego, que es un adorable cuento infantil, de tradición mágica y plebeya. La música comenta eso, o crea sobre y para eso, ritmos novedosos y desconcertantes, pero incomprensibles, que no pueden ser alcanzados aún por las masas obreras aunque lo deseen vivamente. De esa imposibilidad les nace, a veces, un rencor que hay que interpretar.

La valorización del obrero en el arte, considerando a aquél *como tema*, puede considerarse como una adquisición definitiva. La valorización como creador de un arte de comunidad, requiere una mística colectiva, que sobrepase los mismos planes de la acción proselitista o constructiva. En cuanto a la creación artística individual, ella obedece a leyes desconocidas, y las condiciones de la expresión y realización final en obras que puedan ser maestras o geniales, son las mismas para el obrero que para los restantes seres humanos sometidos aquéllos y éstos a las mismas contingencias del azar, del dolor, del destino, del tiempo. La valorización como elemento gustador plantea ante todo un problema de educación por parte del Estado, acompañado de un mejoramiento progresivo o de un cambio revolucionario en lo económico y social, que lo libre de la mecani-

zación de la máquina, y del dominio de lo vulgar, en donde lo suelen arrojar las injusticias de las grandes ciudades, con sus imperativos de explotación y miseria.

Conviene hacer ciertas aclaraciones sobre una argumentación destinada a refutar la concepción de Kant en cuanto a la naturaleza subjetiva y apriorística del tiempo, el espacio y las categorías.

En la teoría del conocimiento de Kant, desarrollada desde el punto de vista de lo que ciertos autores modernos llaman conocimiento teórico puro, se establece una distinción radical entre lo que el sujeto a priori ofrece en sí y el material de la experiencia que viene a él. Entonces este material que previamente ha sido considerado como extraño, y ausente de todo orden y determinación, se acomoda, se ordena, sufre la formalidad en lo que el sujeto representa y después le impone. Pero Kant, que trabajaba en esto con criterio lógico-matemático, prescindió de considerar la posibilidad real en el lenguaje clásico de la filosofía, o la imposibilidad de que tal hecho ocurriera. Tomó el elemento A y el elemento B y los hizo coincidir en un acto único, en el cual el elemento A impondrá su ley al elemento B y de ahí resultaba lo que se llamó *la experiencia*, o sea un conocimiento. Despojóse al elemento B de todo contenido, de toda probable similitud o a prioridad, de toda posible determinación que pudiese hacerlo confundir o por lo menos recordar aquello del sujeto: el elemento A. Y esto es lo que se critica en cierta nota de Juan Hessen, cuyo texto es así. "Aunque el espacio y el tiempo sólo existan formalmente en nuestra conciencia, debemos admitir que los objetos tienen en sí (en realidad no son objetos todavía, son

materiales de la experiencia que van a ser objetos cuando el espacio y el tiempo se ordenen; pero en fin: en Hessen se lee objetos) ciertas propiedades que nos inducen a emplear esas formas de la intuición”.

Quiere esto decir que para que sea posible una adecuación categórica formal de algo en algo, tienen que estar reunidas una serie de osaturas o cualidades esenciales o preformaciones en ambos algos; tiene que existir una especie de correspondencia preestablecida en el orden natural o racional, para que resulten determinadas formas y no puedan resultar otras de ningún modo.

En esta observación, de válida agudeza, debemos tener en cuenta todo lo que ocurre en la realidad fenoménica que nos rodea y que no podemos eludir, como no saltamos jamás sobre nuestra forma, en el decir del árabe. Además, nos hallamos frente a algo complejo. El conocimiento es un compuesto en el cual hay que discriminar ingredientes, que es lo que hacen todas las descripciones epistemológicas. Por lo menos intervienen dos factores, o así lo creemos, que se definen últimamente como actos muy adecuados y perfectos. No tiene que existir una heterogeneidad radical entre los elementos que así intervienen, no es posible que exista una diferencia total de aspectos metafísicos, a pesar de Kant y que recuerdan las distinciones dualistas, como habría en el apriorismo epistemológico entre el espacio y el tiempo por un lado y los objetos por otro, para después dar por resultante una síntesis perfecta de ambos. En los objetos, o en el material nebuloso que los precede, ya tiene que venir dándose una predeterminación espacial, un dato aunque sea elementalísimo de espacialidad y temporalidad, de tal suerte que al ordenarse se obtenga por resultado una noción simple, tan

pura, clara y evidente, como la de espacio en lo que se refiere a la sensibilidad externa. Esto es lo que se llama la atención de parte de los modernos autores alemanes, y se nota bien que cuando así proceden, no ubican la noción espacial dentro de una esfera puramente subjetiva, sino que la vienen adivinando dentro del material de la objetividad, pero que se realiza plenamente cuando la subjetividad le impone su orden: en el acto final o experiencia cognoscitiva.

Si, para comprender mejor, nada más, pasáramos a ejemplos físicos, veríamos que, para que un líquido se amolde a un vaso, son necesarias ciertas condiciones físicas que tienen por destino hacer coincidir la naturaleza propia del vaso y su forma con la plasticidad, la fluidez pasiva del líquido que se va a recoger, y de ahí que ese amoldamiento signifique una coincidencia de sustancias, de materias, en algún modo afines. No se podría amoldar, por ejemplo, un recipiente de llamas con una receptividad de agua o de algo inflamable o de naturaleza espiritual... En el interior o concavidad de un vaso no puede amoldar una sustancia de ligereza molecular muy grande, un volátil que huye por los altos aires. Y es que en estos casos existe una como repulsión o negación constituída en los materiales que se trata de hacer coincidir, de donde resulta que toda correlación es imposible. Lo que en la nueva analítica del conocimiento se hace destacar es un olvido que padeció Kant en lo relativo a estas circunstancias.

Para que el amoldamiento sea perfecto, ya tiene que estar preformada la forma que va a resultar al final, como quien, por ejemplo, toma un vaso familiar y lo hunde en una sustancia pastosa y luego levanta el vaso lleno. Ya había una posibilidad de preformación que

se ha llenado con aquello que carecía de forma y que ahora tiene ésa y no otra. Y tiene ésa, conocida por nosotros. Porque podría ocurrir la experiencia con un vaso desconocido en una masa plástica ignorada y obtendríamos un resultado semejante. Una forma tal y no otra, resultaría de la adecuación final. Pero nada parecido podría hacerse con un vaso y la materia física volátil o etérea que más arriba se mencionó.

Con tales ejemplos aparece más patentizada la observación que se le hace a la teoría logicista de Kant. No podría surgir una intuición de tiempo o de espacio, si ya en el material en donde el molde formal intuitivo va a legislar su orden apriorístico, no hubiera una predisposición que condujese al logro final con un resultado intransferible. Este razonamiento puede ser extendido a las otras urnas mayores del conocimiento que siguen a las intuiciones de tiempo y espacio, pues es sabido que estas últimas sólo son nociones muy generales y vagas: son los más groseros vasos que recogen el material de afuera. Más adelante vendrán las formas del entendimiento, las célebres categorías artífices, para las cuales conviene también el razonamiento crítico establecido.

“Aunque la causalidad, dice Juan Hessen, sea primariamente una forma del pensamiento, necesitamos suponer que tiene un fundamento in-re (en las cosas), si queremos explicar el hecho de que determinadas percepciones nos induzcan a emplear justamente esta categoría. Exactamente observa Enrique Maier: Ya la forma en que los elementos de nuestras representaciones de la realidad aluden a lo transubjetivo nos fuerza a suponer en esta X cierta estructura, ciertas propiedades positivas”.

Como consecuencia de todo esto, se tiende un puen-

te de nuevo entre lo formal subjetivo y lo desordenado objetivo. En este último ya habría algo predeterminado a la formalización; en lo subjetivo también radicaría una predesordenación atribuida al caos de las impresiones, harinas del universo fenomenal...

Lo importante es que las observaciones aludidas vienen inesperada y sesgadamente a hacernos revisar la teoría del conocimiento de Kant y a hacernos ver de pronto que su contenido, excesivamente de orden lógico y formal, prescindió de las circunstancias enunciadas, o sea, que en todo caso de que una adecuación completa se realiza entre un elemento A y en otro B, tiene que haber en ambos una especie de estructuras o de finalidades previas comunes, afines, dominantes en uno y otro elemento, que son las que después se imponen. Lo que significa que si algo va a ser, es que ya venía prehecho en alguna forma en los ingredientes que constituyen el algo. Finalmente, se halla el hombre frente a la cuestión planteada en términos radicales de que el conocimiento o es una creación idealista o es una copia. Los autores alemanes que sigue Juan Hessen nos preparan una tercera solución. ¿Cuál será? Es difícil concebirla, y para ello tenemos que hacer lentas exploraciones. Que se trate de una creación, siguiendo la historia del idealismo, lo comprendemos; que sea una copia, remontándonos a las fuentes griegas o releendo la historia o del empirismo, lo comprendemos; pero que ahora el conocimiento sea *algo nuevo*, distinto de lo ya conocido y comprendido y problematizado, nos va a costar un poco aceptarlo. ¿Y qué es este algo nuevo? “Una aprehensión, dice Külpe, una aprehensión de las realidades no dadas, pero que se revela por medio de lo dado”. Lenguaje bastante sibilino

como se ve, pero ya es de vieja prosapia delfica el que la verdad venga como el humo de la pitia.

“Nuestro conocimiento está y estará en relación con los objetos. No hay idealismo que pueda soslayar este punto”, dice más adelante Hessen. “Pero esta relación no necesita consistir en una reproducción; basta admitir que entre el contenido del pensamiento y el objeto existe una coordinación, una relación regular.” “Los contenidos de nuestros pensamientos no son reproducciones, sino, más bien, símbolos de las propiedades transubjetivas, como dice Maier”. Entonces, si esto no es una aparición del paralelismo entre las sustancias y los modos, o entre una razón en el universo y nuestra razón cognoscitiva y teórica, o una modulación en el violín fenomenológico de la gran sinfonía preestablecida en las mónadas de Leibnitz, habría que pensar de esta manera: tendríamos una aprehensión de lo no dado, que se revela por medio de lo dado. Yo abro la puerta, miro al patio, aprehendo una *realidad* no dada en torno mío antes de realizar ese acto. Pero en esa *realidad* habría algo preformable en mí, y en mí habría algo capaz de preformar en lo que de infinitas maneras no soy yo y no conozco por causas imprevisibles, pero que siempre puedo conocer. Véase qué cantidad de redes, puentes, amarras, vínculos se tienden alrededor del sujeto, posible conocedor de algo que no es él. Toda la realidad, el patio del ejemplo, se revela en lo que después se ha dado en mí. Pero nos quedamos un poco desencantados y confusos. Parece un escamoteo de la cuestión, somos los niños de la alegre feria otra vez. ¿Por qué y cómo se revela lo no dado? La tercera explicación no parece aclarar las nieblas, porque si lo que quiere decirnos es que el secreto radica en la imagen intermediaria, ésta ofrece siempre flan-

co débil a la duda. ¿Esta imagen es una copia de la realidad o la levanto yo de mi conciencia? Tiene que tener algún origen. La cuestión queda en el mismo plano; es en el fondo el plano eterno. Habiendo dos factores en el conocimiento, el resultado y la misma naturaleza del conocer tienen que atribuirse a esos dos factores. A su armonía o a su mutuo aniquilamiento o a la supervivencia de uno sobre el otro. El tercer factor que aparece tiene que ser sometido a la tarea fiscalizadora de la razón; no vaya a ser que se trate de un viejo conocido que viene enmascarado con términos nuevos para sorprendernos.

De todos modos, su presencia no es clara y sus actitudes despiertan sospechas. Habría un tercer término en la cuestión, una quinta rueda del carro o algo así, una aprehensión de realidades no dadas pero reveladas en lo dado. ¿Se transforman ellas en lo dado? ¿Lo dado las crea? ¿Las copia? ¿Las copia, deformando como el espejo cóncavo o convexo de las ferias? ¿Las arroja en un laberinto de vidrios coloreados que llevamos en la galería de nuestros numerosos sentidos y en sus operaciones infinitas sumadas? De toda suerte, revelarse algo en lo dado, quiere decir hacerse consciente; quiere decir hacerse imagen, noción, concepto, estado representativo. Pero siempre estamos en lo mismo; “*lo he creado yo en mí o lo copio de lo que no soy*”.

Por fin, tendríamos que habérsela con una relación o una conexión, algo así como un término por medio del cual tuviésemos que intuir una forma intermediaria que no es creada ni copiada; que es coordinada. No es una creación nuestra ni es una copia; es una coordinación. Pero tiene que darse siempre de la misma manera cuando miro el reloj de mi clase, por

192 *Emilio Oribe*

ejemplo, y que, además, no me revelará nada de los elementos que entran en la coordinación. Poco se avanza, como se ve, en este problema, el más difícil del mundo moderno.

La categoría es un concepto jerarquizante; no es un concepto cualquiera, pues además posee un fundamento dinámico y ordenador. Las categorías justifican toda realidad, de suerte que ésta es como un mundo de categorías que se acomodan en una posición ontológica. De lo cual se desprende que todo lo que hay de real en la raíz del universo es categoría en algún sentido. Cuando se enuncia lo real a través de una experiencia, hay que descubrir las categorías a través de la misma, como a través de un cristal expuesto al sol suelen descubrirse figuras estéticas permanentes. La definición aristotélica de las categorías, como determinaciones más generales del ser, debe persistir a pesar de todos los idealismos. Actúan frente al sujeto, con existir más general de lo que conocemos por determinaciones, e indican qué imposiciones o atribuciones convienen al mayor número de seres, tomados particularmente en su extensión más amplia. Además, tales determinaciones, por lo mismo que se hacen más generales, se tornan más únicas y necesarias.

Pero entonces, ¿cómo queda la cuestión de las categorías, después del desarrollo del kantismo? En caso de que el fruto dado por la realidad fuera algo primariamente informe, necesariamente cognoscible para poder existir, ¿cuáles serían las formas para saber si esa verdad es cognoscible o intuible en su realidad feno-

ménica? Siempre serían las mismas conocidas, porque el conocimiento por más elemental que sea, alude constantemente a algo comprensible y rehuye lo amorfo. Esta aventura trae como consecuencia que existan ciertas formas y modelos a priori forzosamente limitadas, que van convirtiendo a la experiencia en un ejército circunscripto de elementos bien delimitables numéricamente. La formalización de lo inmaturo de la experiencia, si se extendiera infinitamente, lo haría a expensas de la variabilidad de los productos y engendraría un monótono país matemático, que iría a naufragar en una identidad final, lo que no haría más que transvasar lo dado del universo, sacándolo de un caos y llevándolo a un orden indiferenciado y estéril. Por fortuna, no ocurre así; las categorías, a modo de las formas geométricas permiten que, sobre su identidad formal limitada, las experiencias se vuelquen como contenidos siempre variables. La formalización idealista coincide con las diferencias particulares de los hechos, cosas y seres.

Resalta de lo dicho el postulado de la epistemología, según el cual todo conocimiento tiene un modo de ser ordenado. Conocimiento es siempre ordenamiento, aunque se dirija a formas vagas, o a mitos, o a órdenes científicos. Lo categorial, a pesar de su aspiración a lo simple, puro y esquemático, siempre se reviste de una adusta y carnal complejidad. Es lo complejo en plena madurez. Recuerdo esto, que pensé recién: oigo, a través de la ventana abierta que, a cierta distancia, pasa una locomotora. Pronuncié un término categorial aunque no lo parezca. Pero lo es. Especifica una realidad, una perfección lograda, una fuerza superior

y actuante, inmutable por muchos motivos para mí. Al decir: "locomotora", arrojé de la conciencia una idea, una categoría mental y formal, que ostenta cantidad, relación, modalidad, tanto como sustancialidad. ¿Qué milagro es ése que hace que una locomotora, con el encadenamiento de los vagones, logre colgarse de la delgada seda de un silbido? La crítica de Kant tiene por fin introducir claridad en el misterio que se hace tan vivo ahora. En la misma sensación elemental, lo dado se da a través de formas; después de ello, ya se nos torna difícil sobrepasar la concepción idealista, según la cual ese orden ha sido elaborado por nosotros y él se nos da como de rebote en todos los instantes que percibimos. Así arrojamos la pelota contra la pared y asistimos a la fábula de creer que ella se nos viene encima por propia iniciativa inmanente. Lo que no somos nosotros siempre postula su inocente formalización, que nuestro entendimiento complementa. El sujeto y el objeto, estarían cómodamente de acuerdo en que los dos han heredado al mismo tiempos el orden que poseen.

Usted y yo, joven, estamos de acuerdo en que están haciendo allá una casa. ¿Por qué será eso? Podría ser porque la esencia del recibimiento estaría fuera de nosotros en este caso, y porque los dos sabemos de antemano lo que es hacer una casa. Entonces habría un conocimiento anterior pre-establecido, que nos hace coincidir a los dos en un orden o en una verdad. Además, ese conocimiento preestablecido se confirma con un hecho objetivo, fuera de nosotros, que le da mayor fuerza. Porque podría haber un conocimiento pre-establecido entre lo que es hacer una casa y no haber,

sin embargo, casa. En la teoría del conocimiento, ¿cómo se llama eso que hay entre el sujeto y el objeto? ¿Cuáles son las soluciones en el problema de la esencia del conocimiento? ¿Las teístas? Entonces, yo puedo creer que entre las categorías, tendría que haber una armonía preconcebida. Entre la casa y nosotros, entre nuestro pensamiento y las cosas, existirían categorías, que pueden considerarse como propias del objeto o también del sujeto, según nuestro arbitrio deseara, pero que en realidad son disposiciones, leyes, órdenes establecidas por Dios previamente, como una realidad divina que es el prelude necesario condicionante de todo acto de conocimiento. Las categorías serían como las numerosas ruedas del carro de Dios que se ponen en marcha, ¿aparente?; ¿real?, cuando iniciamos el movimiento de conocer.

Al conocimiento intuitivo no se le fijan límites espaciales. Es una visión transespacial en pureza. Lo discursivo, al revés, se dirige a todo lo que se presenta, y es como un ciego con el bastón de los sentidos; alimenta así el horno del entendimiento, de la razón y de la memoria con los leños que recoge en la gran selva oscura. De ese modo cree poseer las sombras que los sentidos le aportan, y al fin conoce también las ideas que en la mente le representan aquello general o abstracto que de las sombras huye y cuaja en luminosidades.

De manera algo distinta, el conocer por intuiciones presenta en lo que llámase instinto, volición y deseo, y hasta cuando se enumeran realidades espaciales pu-

ras, que sobrepasan la esfera del tiempo y del espacio empíricos. Con todo, a su vez, el conocimiento discursivo no se detiene, sino que trata de invadir las lejanas llanuras en un ademán tan difícil como arrogante, aunque ineficaz.

Todo el conocimiento discursivo pretende abarcar la universalidad y desentrañar la naturaleza de lo existente, su origen, sus fines. Esto es lo que constituye la indomabilidad de la razón teórica, propia de los sistemas metafísicos y de las teorías científicas de gran órbita. A veces llámase a eso el empeño último de la razón formal dogmática. En ese sentido, Aristóteles, Descartes, Leibnitz son ejemplares, porque la razón, dotada de un poder absoluto, después de haber pasado por la experiencia como en guerra de arrasamiento, alcanza los otros objetos que se propone. En tal orgulloso embestir, cuando se menciona el signo de la intuición, sólo se le asigna un papel de fugaz acto indicativo o iniciativo, como en Descartes, o no se le asigna ningún papel de alcurnia, sino más bien se la menciona como un conocimiento que suele acompañar los procesos de la razón formal y que pretende, por último, darle a todo lo que la misma razón conoce, una existencia terminal y completa.

Los sentidos proporcionan datos que la razón ordena e interpreta. Esto es lo tradicional. El fruto oscuro de lo sensible se aclara en colores, formas, sustancias, esencias. La razón es el cazador metódico que avanza con su hermosa jauría de perros aprehensores y fieles. El adiestramiento de esos mastines tan delicados y pene-

trantes es obra de causas supremas o de experiencias milenarias. Tanto da. Lo esencial es que de esa manera se rodean, se aclaran, se clasifican, se legislan las mudables sombras que nos circundan. Pero muchas veces entre los mastines va un lebrél maravilloso: es el de la intuición. El lebrél puede ser hasta de un poder multiplicado. Entonces el cazador obtiene más de lo calculado y previsto, se enriquece mientras duerme con espléndidas piezas, llega a cazar lo no alcanzable jamás. No sabe cómo, en muchos casos se multiplican sus dominios con tesoros que hasta sospechas le provocan. El amo, en estado de embriaguez cósmica, se olvida también de los otros fieles y amaestrados ayudantes. Se pierde en la ironía entonces de menoscabar y desacreditar sus aportaciones. ¡Ay! A veces, hay que despedir esos aventureros canes del conocimiento y rehabilitar los lentos, discursivos y fieles mastines de la experiencia sensible.

En la época del auge de los neokantianos de la escuela de Marburgo, al igual que en los conventos científicos de la edad contemporánea, se circunscribe todo conocimiento de la razón en la órbita de lo científico; excepcionalmente se permite validez al aporte intuitivo. Lo inteligible y experimentable es el resultado de un proceso, que repite en círculo muy limitado algo del proceso plotiniano del universo, y que se traduce en método, progreso lento, simbolización lógico-matemática, idealización objetizada, sin cesar, a través de etapas experimentables y demostrables, logradas en planos descendentes de comprensibilidad. Las distancias son vencidas a través de ejercicios prolongados que le hacen al hombre que intenta conocer, fami-

liarizarse con las realidades, los cuales acaban a su vez ofreciéndole el sumiso lomo para que cabalgue en ellas.

Los sentidos forman, con los sentimientos que se les vinculan e intentan refinarlos, un campesinado de la inteligencia. En el dominio que les es propio son interesantes, fuertes y útiles. El mundo que nos rodea les debe sus mejores perspectivas; su delicadeza muchas veces logra hacernos olvidar sus farsas y groserías. Pero lo insufrible es cuando los sentidos, con los zapatos sucios y las manos torpes, se creen autorizados para penetrar en los laberintos transparentes donde la inteligencia trabaja sus cristales eternos.

Fatalmente se llega a un plano de conocimientos en donde las dificultades provienen de las excepcionales determinaciones nuevas que la ciencia trata de lograr. No provienen de embestir enigmas insolubles, que se dan cita en un vértice dado; está ordenado todo de tal suerte que la aclaración de lo consciente, se intuye y se revela después de los conocimientos acumulados en forma de ignorancias potenciales de lo nuevo, allí mismo donde los métodos experimentales existentes brillan en las alturas de la ciencia. Apenas se han sobrepasado éstas, los sentidos se abrirán y se dirá ahora que el sabio y el matemático viven entre sus ecuaciones, con la misma seguridad con que se pasea el jardinero en su jardín. La intuición, ¿qué papel representa en este episodio? Es un apoyo imprevisible, una seguridad anónima, una afirmación secreta, parecida también a la del solitario viajero que se interna de pronto entre la multitud, en una fiesta de una ciudad desconocida. Aquella segu-

ridad anónima, esa videncia inexpresable pero infaliblemente útil, tiene sus límites. Volviendo a nuestro ejemplo y adoptando una posición extrema, es francamente negativa y absurda: suponiendo que entremos sin preparación alguna a un laboratorio y quisiéramos llegar de golpe al goce de ciertos conocimientos valiosos... No hay sensibilidad, ni voluntad, ni valores, ni ideaciones súbitas que valgan... Todo aquello que rodea nuestra ceguera mental está determinado por un proceso o conocimiento empírico discursivo, que hace infranqueable todo intento bastardo de la intuición.

Finalmente, por más vueltas que se le dé al tema, es la mente la que determina cuál ha de ser la naturaleza del conocimiento, de modo que todo éste es conceptual. Este capullo de la conciencia inderivable puede ser una forma a priori universal de la experiencia, y el mismo conocimiento es el trabajo del espíritu formalizado que se mueve rápidamente como un intérprete que se afana en hacernos comprender lo que son los panoramas que vemos. Entonces la verdad así idealizada o conceptualizada, es un fardo transparente que los hombres se van pasando entre sí en tanto que van moviéndose bajo el agobio de la misteriosa carga. Y no puede menos que afirmarse que radica en el umbral de todo ese conocer y morir un dato, un irracional, un salto, un desvío, y que es nada menos que el fenómeno de la sensación, lo más difícil y simple del mundo, capaz de hacer vacilar el orden y la paz del mismo paraíso terrenal. La simple relación sensorial es ya una serpiente con más agudeza de lo que la humanidad ha creído. Hume, por ello, es un hombre totalmente distinto de los antiguos: parece el hombre que en ese

sentido se libertó de la herencia racionalista de los griegos y medioevales. El insignificante habitante de los sentidos se presenta al análisis como algo completo y definitivo, como un fenómeno primordial que viene hecho, y sólido es como una montaña. ¿Ahora se perciben rumores en los patios? Se trata de fenómenos auditivos en una conciencia (en la cual no estaban los tales ruidos) que de pronto aparecen. Supone ese detalle vulgar un cambio fundamentalísimo, es como un nacimiento de un universo en el conocimiento que, al término de mi atención, me dará una conceptualización de las voces que parece que oigo. Y de voces conocidas. Pero tengo que reconocer que el arrimo inicial con que se forman esas notas que proporcionarán el concepto objetivo final que irá a correr por los juicios y pensamientos, es ya un alumbramiento completado a priori. Y que la verdad, que brillará como un diamante aplicable, ha tenido su origen en algo que se configuraba como un dato impuro y cabal de intuición sensorial.

La guerra entre la naturaleza y el pensamiento, declarada o no, se señala como la más constante modalidad de lo humano. En cierto instante, en Schelling y Hegel, se asiste al triunfo absolutista del pensamiento, quedando lo natural como un despojo infinitamente colonizable. Pero si retrocedemos, por ejemplo, hasta los primeros filósofos del Asia Menor, encontramos un acontecimiento parecido aunque de proyecciones más gigantescas. Los jónicos, permaneciendo físicos, naturalistas y realistas, por el hecho de pensar furiosamente, decretaron la derrota del ejército de las cosas. El pensamiento fué ya lo primordial, aunque se le hiciera arar

en la tierra inmensa. Eso significó algo que siempre suscitará hondas meditaciones en este sentido. Lo natural es lo que importa secundariamente. Aunque se enorgullezca enriquecido por montañas y mares suplimes, lo que trasciende, lo pensado, lo aniquila. De miles de seres vulgares y originales, que en las orillas del Mar Jónico gozaron de la naturaleza, no queda nada, nada... En cambio, subsisten pensamientos y aforismos de Tales, Anaximandro, Heráclito... Y esto debe preocuparnos hasta por motivos de actuales circunstancias. Se nos reprocha a algunos de ignorar nuestra América. El Ande, el Pacífico, los trópicos, los indios. ¿Servirá al pensamiento eterno el ver todo eso, de manera más decisiva que el cielo azul, y las noches y las llanuras y las colinas y los jardines de todos los días, con la condición nada más de que trabaje frente a estos detalles el delicioso molino de ruedas metafísicas que llevamos los mortales bajo la frente?

La filosofía naturalista de un médico árabe de la Edad Media, cuyas obras fragmentarias conocí en un cónclave musulmán ubicado en los arrabales de Córdoba, despertó en mí una curiosísima interpretación de la masculinidad o varonía en sus reacciones fundamentales. Los hombres, de acuerdo con esta meditación un tanto alegórica, pueden ofrecer tres grandes tipos en su varonía. Existe la varonía generadora, caracterizada por una exorbitancia orgánica que se traduce por medio de un espléndido programa genésico. Allí están los modelos del donjuanismo y de la patriarcalidad, confundándose entre sí, como el grano estéril y el fecundo en el campo de trigo. Un mismo sol los baña, una misma forma los unifica en el sublime universo. Junto a este

ejemplar se halla la varonía creadora e inteligente: la que confunde sus impulsos con las leyes de la racionalidad pura. Del genio al hombre común existe una jerarquía de seres inteligentes que se patentizan por esa virilidad dichosa que esplende en las ciencias, filosofías y artes, de tal suerte que el hombre ético y el estético, y el ente pensante, se denuncian por medio de valiosos ejemplares. Por fin, más allá de las dos varonías citadas, hállase la varonía vigilante y guerrera. En los páramos de la guerra y de la derrota, en la lucha por la libertad o la opresión del hombre, o en el simple estruendo de los ejércitos, esta varonía se expande en variadísimos modelos. Estos tres tipos son con frecuencia excluyentes entre sí. El hombre pensante es enemigo del hombre bélico y del hombre engendrador de carne perecedera o de placer caedizo. También el guerrero repudia, como si fuera un menoscabo de lo humano, al hombre genésico o erótico. Pero también en la encrucijada vital de cada individuo puede hacer su aparición esporádica esta serie de individualidades, como etapas sucesivas de un mismo cuerpo. Es curioso asistir al envilecimiento congruente de un hombre por el simple hecho de engendrar prole. Tórnase pusilánime, amoroso y acomodaticio, pasando a ser un ejemplar loado por la sociedad, en medio de un empalagoso asentimiento de la mediocridad pudibunda. Iguales tránsitos pueden percibirse en una inteligencia audaz y noble, que por igual motivo degrada hacia el donjuanismo, realizado en el máximo riesgo o en la prudencia. Por fin, ¿quién no conoce tránsitos hacia la especulación intelectual o hacia la apacible nobleza del profesorado o la política conservadora, que son lamentables claudi-

caciones de la varonía bélica, el ímpetu creador o la pujanza erótica?

~

¡Cómo se destacan entre el cartesianismo, los pensamientos de Pascal, para volverse contra su fuente misma y ocultarla igual que el surtidor cuyo ímpetu de caudalosas aguas, al caer oculta y enturbia la misma fluencia que lo originó! ¡Además, cómo se purifica en el espíritu de su época! ¡Cómo rechazamos todo luteranismo y contrarreforma, y jansenismo, al plano de polémicas desusadas o muertas, mientras las meditaciones de Pascal conservan la vida del instante en que fueron creadas! ¡Y qué difícil realizar algo así! Hoy, más que nunca, en que toda mentalidad se halla tiranizada, dividida, conmovida, por los movimientos políticos y sociales. Y peor aun en América, donde la intrusión de lo político y social en la cultura o en la inteligencia, ha engendrado una semiestupidez de carácter humanitario, avancista o reaccionario, que empaña toda claridad del espíritu puro.

~

El atormentado momento de Descartes y Pascal, se aleja de nuestro tiempo como de una ola grisácea e inofensiva. Con todo, pudo ocurrir que un simple relámpago de un cerebro fanático hubiera podido malograr a un genio de aquel tipo. Pero hay algo de providencial que salva el fortísimo capullo de la razón filosófica; hasta podría corregir la máxima de Pascal, dejándola así: "la suprema adquisición de la razón consiste en reconocer que... no hay nada que la sobrepase." También la coincidencia de la turbulencia bárbara, del fanatismo, de la acción impura con la inteli-

gencia más soberana, ha sido siempre la ley dualista o de bipolaridad del pensamiento europeo. Hoy mismo, en pleno siglo metafísico, se estremecen una razón divina o más de una intuición intelectual, por encima de los océanos de petróleo, sangre y fuego en que se ahogan los pobres hombres activos.

El hombre activo se vuelve, en alguna forma, y aunque se sienta dolor al decirlo, magnífico y bestial. Las épocas de acción coinciden con el envilecimiento del hombre en la magnificencia de lo corpóreo.

La primera golondrina que veis en el amanecer, es de la inteligencia de la noche el último argumento.

Considero que la responsabilidad de los intelectuales en la hora presente de América es mayor que nunca. Porque más que nunca el destino de estas repúblicas se encuentra comprometido. Se trata de saber si el metal que constituye la estructura de los hombres directivos y de pensamiento, es capaz de resistir el durísimo venablo de los acontecimientos que ya se presencian o los que se anuncian hacia el final del siglo.

Como en América del Norte en 1940, como en Europa en 1939, en nosotros se manifiesta, imposibilitando nuestra acción pensante, una inhibición particular, mezcla de indiferencia y estupidez, entre cándida y servil, que es necesario destruir de todas maneras antes de que sea irremediablemente tarde. La experiencia ajena

no nos ha hecho aprender casi nada: somos reacios a la constatación del peligro; somos torpes ante el razonamiento, parecería que estuviéramos sólo semicivilizados para la servidumbre del espíritu y de la sangre.

Estoy perdido entre la multitud que ha venido a arracimarse en las gradas de un sepulcral stadium, al que se habrá de llamar a la manera griega: el sarcófago innumerable de nuestra redención apolínea. ¡Admirables fiestas nocturnas del músculo, donde los enjambres humanos asisten a la apoteosis de los resortes vitales en tensión y disciplina! Pero ellas giran hoy como ruedas en el aire o actúan como una dialéctica sin sentido, porque no ha sido acompañado su establecimiento con disputas de contiendas conjuntas y similares de la inteligencia, de las artes, de las ciencias, de las nobles industrias, de modo que toda esa energía dinámica que se gasta al margen del tiempo actual, durará un poco más apenas de lo que dura la luz artificial que la ilumina. Con todo, el poder y la sugestión de estas contiendas son tales, que en el fondo parece que podría uno condensarlas en un aforismo tan preciso como grave: gracias a los deportes, cierta forma de estupidez radical del hombre sudamericano, se ha convertido en una hábil fuerza respetable.

Yo fuí también alguna vez a mirar el espectáculo para constatar la ciclópea complacencia de la multitud, a la cual petrifica ya el cemento que la sostiene: y para observar con desaliento a los jóvenes atletas de los países amenazados del Pacífico y de aquí, rendidos beatíficamente a los inocentes juegos, ni más ni menos que como los incas, los araucanos y los charrúas podrían haberlo

hecho en otra disputa muscular cualquiera en vísperas de la conquista española.

¿No es lamentable que esto ocurra cuando el peligro nos circunda? ¿No es repudiable también que la mayoría de las repúblicas se encuentren sembradas de elementos capaces de derrumbarlas en pocas horas, por medio de técnicas organizadas y audaces ademanes y que, a pesar de ello, los mismos estados se entreguen a discordias y agravios de política interna, con todo afán, como si nada ocurriera en las fronteras? ¿No es lamentable que los herederos de las colonias hispánicas, libertadas por Bolívar, San Martín o Artigas, descuiden así sus destinos? ¿No es deprimente que estemos viviendo bajo la seguridad de las rutas marinas gracias a la confianza que nos inspiran Inglaterra y Estados Unidos? ¿Qué se hizo de la grandeza de los pueblos herederos de Grecia y Roma? ¿Comprendéis la decadencia actual de España, de Francia y de Italia y de los pueblos mediterráneos en la beligerancia de los valores internacionales, como si fueran a esfumarse ya en ceniza de la historia? Nosotros, que fuimos colonizados y nutridos espiritualmente por ellos, ¿no percibimos la decadencia de las ilustres torres? ¿No tomamos lecciones de ello? ¿Nos creemos inmunes a la guerra, indemnes ante la rapiña de los déspotas extranjeros? ¿Por qué? ¿Por qué los agrios dioses habrían de deparrarnos más amable destino que aquéllos, si somos muchas veces herederos de sus vicios políticos y sus insuficiencias? Porque si se adoptan perspectivas amplias, con raíces en la filosofía de la historia, lo que debe ofrecer lo contemporáneo al observador de la América nuestra, es lo siguiente. El archipiélago de las demo-

cracias, carece de ideal unificador tanto para el pensamiento como para la acción concreta y real. Se intenta, a través de las declaraciones de las cancillerías, bajo el empujón de los acontecimientos, unificar la conducta internacional de los pueblos. Y eso tiene valor por lo dicho y hecho en Lima y en La Habana y Río de Janeiro. Con todo, una visión prefijada nos demuestra la existencia de un aderezo democrático sin fuerza suficiente como para imponerse a los ambiciosos. Las comunidades no presentan al mundo figuras de estadistas que puedan compararse con los que por fortuna encontraron siempre en el laberinto de la acción, Inglaterra y Estados Unidos.

Las veinte repúblicas están gobernadas por hombres cuya irradiación personal, sea por el talento político o por la capacidad para orientaciones de la cuestión pública, no trascienden de la pared fronteriza de cada pueblo. No ocurrió así en la emancipación del siglo anterior, donde el continente halló su unidad expresiva en el relámpago de la espada y de la frente de un Bolívar o un San Martín. Creo que el peligro de hoy es mayor que entonces: la ola totalitaria es poderosísima e inescrupulosa; la América le ofrece los flancos suaves de las amplias playas con los multiplicados emporios recursos. Gobernadas están por hombres equivalentes entre sí, que tal vez no se dejarán dirigir por uno de ellos, aunque sea el más hábil y capaz.

Es preciso algo más que grandes ideas para establecer en unificación fecunda a un continente tan vasto. Es preciso tal vez más que acción y sacrificios. Es pre-

ciso que en los pueblos o en las naciones se constituyan creencias efectivas, sólidas, arraigadas en la historia, en los instintos y en la tierra y estructuradas por medio de geniales pensamientos o de acción gigante. Y más aún; esas creencias deben conformarse, a través de actitudes y de poderes sobrenaturales, en mitos. Y así tiene razón Sorel. Mitos violentos y agresivos, como los que menciona Gilbert Murray, que sostengan en sus hombros los irreductibles ideales necesarios para la salvación posible.

~

Demostrado está que, en los días de peligro y amenaza, es difícil que en el orden de lo colectivo humano, en lo que pertenece a la tierra y las sobreestructuras espirituales y políticas, es muy difícil accionar y perdurar sin el vino ardiente de los mitos: actuantes, poderosos, absurdos si se quiere, pero salvadores y fecundos.

~

Yo creo también que una de las consecuencias más trágicas de esta guerra es la constatación de la decadencia, la ineficacia y el fracaso de Francia, Italia y España. Es lo brutal, lo central, lo que domina todo el panorama de nuestro pensamiento de latinos americanos. Pues bien, más hiriente es aún la cuestión si pensamos que nosotros somos un brote, una resonancia, un eco de esas naciones, arrojados más acá del Atlántico, en estas inmensas tierras de indios ingenuos o feroces, pero jamás creadores de cultura, ni orgullo de las civilizaciones.

~

El porvenir de la América Latina se halla en peli-

gro; hay que elevarse mucho aún en energía moral, en política, en hechos, en ciencias, en decisiones rápidas y geniales a lo Bolívar, para acompañar a la gran democracia del Norte con dignidad, de igual a igual, conscientemente, en la defensa de la libertad humana y de la democracia que nos legaron los emancipadores. Que no debemos dar lugar a que se nos considere como hermanos inválidos, ya que no desleales, o como débiles que no perciben ni soportan el peligro y a quienes habrá que defender o hacer que se defiendan, por medio de la fuerza.

~

El grito necesario: intelectuales de América Latina, uníos. Uníos contra los propios gobiernos que no son dignos de la grandeza de América. Contra los peligros que nos acechan, con el fin de salvar a los pueblos de la esclavitud o del vasallaje. Uníos: para que no sea una mentira monstruosa la creencia de que podemos ser los herederos de la grandeza humanista de Grecia y Roma o Francia, naciones que hoy en Europa se hunden en un crepúsculo al parecer sin esperanzas. Uníos: para corregir con la sangre, si es preciso, el abismo abierto entre nuestra naturaleza y nuestra cultura. Uníos, para unificar a la América Latina; para provocar la unidad uníos, y uníos a la vez a los pueblos, porque en este mestizo mosaico disperso en el espacio que va de Méjico a Tierra del Fuego, sólo habrá salvación si se establece el milagro unificador del pensamiento.

~

Es indudable que este problema de las libertades del hombre denuncia muchísimas y complicadas derivacio-

nes a su alrededor. Podemos acostumbrarnos a considerarlo desde el punto de vista de la filosofía y de la historia, a través de una concepción del hombre relacionada con su ontológica naturaleza. El problema concreto de las libertades del hombre encierra una constante lucha, un combate trágico. Este combate toma todas las formas conocidas en el largo proceso de la humanidad, formas que se han proyectado en distintas situaciones y circunstancias, desde el mito de Prometeo a los últimos fusilamientos de Praga y de París. Pero sea como sea, no deja de presentársele siempre también algo así como un constante combate contra la propia naturaleza interna del hombre, contra la naturaleza que lo rodea y contra las mismas estructuras que el hombre inventó para asegurar su libertad: las culturas, el estado, las organizaciones sociales y políticas y los otros hombres, entre los cuales se hallan los dotados de ferocidad despótica. En todas estas construcciones el hombre ha estado sostenido por el ideal de la conservación de su libertad. Pero ha notado también con asombro, tal ocurre cuando la historia llega a cierta altura como la hora actual, que no es libre. Se tiene a sí mismo bastante conocido y, en cuanto al mundo, lo domina de una manera espléndida, haciendo uso de las técnicas que la ciencia le ha dado, y en cuanto a las instituciones, ha tratado de perfeccionarlas en un grado tan grande, que su solo estudio constituye una de las disciplinas más difíciles y oscuras; pero el hombre libre se encuentra con que no halló la libertad que buscaba y tal vez en el fondo de su meditación, envíe un poco la situación del salvaje y de las bestias, petrificadas en el glorioso instinto.

Ya decía Heráclito que la lucha es la ley del Universo; pero en el hombre esa lucha toma el nombre de lucha por la libertad.

En cuanto al continente americano, en general y en el presente momento histórico, yo participo de una idea que ha sido bien expresada aquí. Nuestra posición futura con respecto a la libertad del hombre y a sus derechos desde el plano filosófico o político, debe considerarse como dubitativa; no podemos vaticinar que mañana, cuando terminen los acontecimientos de Europa, se haya asegurado un progreso en nuestras libertades esenciales. El panorama presente es muy sombrío; los años que se anuncian para la postguerra no prometen agradables presagios. La lucha seguramente se ha de desarrollar en un plano de ideas y hasta en un plano de reacciones violentas de doctrina contra nuestro punto de vista superior y libertador; y no alrededor, precisamente, de problemas elevados, sino de necesidades más pequeñas que las que agitan a hombres de otros mundos. Nuestro destino, en este sentido, me parece muy amenazado.

Quiero hacer notar que en el hombre en general y en el hombre americano más, la educación es algo que debe tenerse en cuenta en primer término. Y, sin embargo, la educación como fundamento de la libertad humana nos ha puesto en presencia de paradojas muy lamentables. Nadie puede negar la epopeya de los educadores en el proceso histórico de la cultura del hombre en general y del sudamericano en particular. Pero, oh sorpresa, la educación en su forma universal y bri-

llante, no ha impedido que pueblos de los más ilustrados y avanzados se arrojasen totalmente en la fragua impura de las doctrinas antidemocráticas y se hicieran, precisamente, los representantes de las peores doctrinas de la fuerza. Nadie puede decir que el pueblo alemán no sea un pueblo educado, y ya se ha visto cómo, en forma rápida, ha ido a caer en un abismo. Eso querría significar que la educación no basta, o que habría que reformarla muy a fondo. O que la educación en sí misma encierra una antinomia que destruye lo que se esperaba de ella. Es posible también que haya en todo eso una falla de la orientación educacional junto a una falla de la naturaleza del hombre en determinadas operaciones inteligentes, lo que lo induce a que, a pesar de su educación, tiende a la disipación de su libertad, vicisitud esta última que se ha hecho evidente en más de una época histórica cercana.

Es cierto también que de esta absurdidad de la educación surgen otros factores que, llevados a extremo, pueden destruir la misma libertad física de los hombres, porque traen como consecuencia algo que puede haber ocurrido en los países citados, y es el florecimiento de personas que en el goce de su libertad tienen la preocupación de utilizar en una forma dominante y unilateral las cualidades más elevadas, de tal modo que los hombres abdican, hipotecan o descuidan las actividades restantes y los deberes que les corresponden dentro de la comunidad o la humanidad, inclusive renunciando a sus libertades políticas. El nacimiento, por ejemplo, de las clases de los negociantes, los especialistas, los investigadores, de muchísimos profesores y hombres que, conducidos por el afán de saber o amos de cultura ele-

vadísima, llevan sus afanes hasta un refinamiento tal que forman conjuntamente con la masa inmensa de los ignorantes un rebaño de seres tan exquisitos como impermeables, y, peor todavía, más perjudiciales que el vulgo, solidificándose en bloque indiferente a los cambios políticos y a la libertad de sus semejantes. Creen poder desarrollar la actividad de la inteligencia con cierta libertad y esto les basta. Si no se lesiona el derecho de cultivar y exponer sus ideas abstractas, de ejercer su difícil profesorado en un plano feliz de desarrollos, de cultivar sus potencias creadoras en las artes o en ciencias, se desinteresan de la realidad política y por eso vienen, con el peso de la autoridad que les da el resultado de sus actividades, a lesionar el destino de la suprema libertad del ente, más allá de las comunidades secretas en que viven.

Los valores estéticos postulan la necesidad de ser de la apariencia. Lo real en ellos, metafísicamente, es la apariencia: las funciones teatrales, los colores que trasantan el paisaje o el rostro, los planos que definen el movimiento en las esculturas. Todo lo contrario del realismo platónico y del realismo aristotélico. Ese carácter de la intuición de lo bello, dirígese, no a una realidad, ya sea idea o cosa o esencia, sino a una apariencia total, que constituye el valor intrínseco de lo artístico, pero que es apariencia en sí, o mejor dicho es la apariencia desnuda; como quien dice: la apariencia ontológica.

Las ideas son siempre las llamas formales.

La cultura superior en el Río de la Plata ha ido imponiéndose con lentitud y en movimientos oscilantes. Mientras los grados elementales y secundario y profesionales se implantan con celeridad, como obedeciendo a necesidades urgentes, y contaron con el apoyo solidario de todas las organizaciones de los pueblos y tuvieron en su oportunidad sus héroes y apóstoles, la cultura superior se vió sometida a la resistencia, a la crítica y a la oposición.

Tardía espiga con resplandores demasiado hirientes o puros en las manos ásperas de algunos hombres de acción de estas tierras, su presencia provocó desconfianza, su necesidad requirió argumentaciones, sus destellos concitaron más a las sombras.

En todo sentido, el avance de la cultura superior ha sido lento, no solamente por su intrínseca naturaleza tan delicada como difícil, sino a causa de la crítica que, como su sombra o su negación, la ha acechado siempre. Pero, el hecho fundamental es que, a pesar de todo, en la Argentina desde hace años se implantó en las capitales y en los últimos tiempos irradió hacia el interior del país. Su actividad tiende ahora a unificarse, con el fin de que en el tiempo se levante una posible cultura superior de perfil diferenciado, correspondiente a una gran nación.

Los abstractos estudios, en los países jóvenes, como las altas torres en los países brumosos, despiertan leyendas y desconfianzas. Solamente cuando los que habitan las torres hacen conocer sus trabajos, los fenicios creen en las torres. Pero si en las alturas se trazan signos incomprensibles, se zahondan figuras geométricas o se contempla sin descanso la errabunda pisada de los

orbes, ya es imposible impedir el amontonamiento de la suspicacia, el desconcierto, el temor y el odio. La imagen sirve para la cultura múltiple, a través de escuelas y épocas, pero también es adecuada para el hombre de determinado tiempo que se aísla y cultiva su genialidad frente a la naturaleza. Lo mismo ocurre con la cultura superior; los suspicaces la aceptan, cuando se sostiene sobre el fustigamiento de la enseñanza universitaria y en el seno de las especialidades profesionales. En este sentido nos enorgullecemos de poseer auténticas conquistas; creemos que las torres sirven para algo. Más difícil es admitir la cultura superior desinteresada, y aun cuando queda instituída, más áspera se hace la crítica a su alrededor. Si ésta no conspirase contra los cimientos de la fábrica, tendríamos que reconocer que no creemos que sea ello un mal irremediable. Lo que es indudable, lo que es un hecho es la actitud de desconfianza. Es la ley. En los demás casos se resuelve todo por una aceptación tácita, tal vez porque sigue predominando el argumento pragmático de que los hechos o los éxitos son las mejores vestiduras de la verdad.

A pesar de todo, por obra de una gravitación suprema, que actúa sobre las culturas de occidente y que se hace integrante de nuestro ser especulativo, se van realizando lentamente los planes de la cultura superior. La Argentina nos ha dado el bien de su referencia, al tomar la vanguardia ligera, para realizar nuestras faenas futuras, ahorrándonos en lo posible los titubeos y errores allí cometidos, al mismo tiempo que sirviéndonos para afirmar los aciertos indudables de aquellas instituciones o de sus mejores maestros.

Se ha pasado de la razón de la cultura superior utópica a la razón de la cultura humanista real, en la conciliación hegeliana que soluciona la oposición que

radica en la dialéctica del saber en el tiempo. La cultura superior no pretende resolver problemas urgentes, ni ser la antítesis de lo práctico, ni dar supervivencia a lo perecedero dentro de lo humano. Procede como ha dicho en un aforismo Heráclito, refiriéndose al Dios de Delfos: "ni encubre, ni revela, sino que señala". La cultura superior, desvinculada de lo circundante, en su esencia se me apareció hace tiempo, como una transmutación de categorías espaciales en temporales. Lo espacial de los pueblos, con su física, su poder, su riqueza, y sus conflictos, se transforma en valor temporal, y así no se menciona en la antigüedad una India, o un Egipto, o una Grecia, en expresión de montañas, ríos o mares, sino en la medida en que como culturas supremas, han quedado sobre el tiempo, fijas en el cuadrante histórico. Lo físico pasó a subsistir bajo la máscara espacial y cultural y más tarde esta última se hizo categoría definida del tiempo.

Con una transmutación por el estilo debemos enfrentarnos; el primer riesgo de la inteligencia que se despersonaliza y se derrama en obras de cultura, como ser universidades, investigaciones y teorías y contemplaciones, es sufrir la mordedura de los mismos firmes elementos de la tierra y de los hombres que se hacen sus guardianes y profetas. Las obras y los días y los actos de los estudiosos, empezarán a adquirir principalía cuando a través de la indagación despaciosa del hombre teórico, se entre en familiaridad con los fundamentos de que habló el estagirita. La continuidad de unas minorías, a través de trabajos sin términos y hasta sin gloria, nos irá construyendo en el futuro como realidades pensantes. "Lo que hay de común en todos los fun-

damentos es el ser lo primero a partir de lo cual existen el ser, el devenir, el conocimiento". Con menos gravedad que esa fórmula del creador de la Primera Filosofía, la cultura superior, sincera, honda, constante, tenazmente dirigida, nos dará como premio el enfrentarnos con *nuestro ser, nuestro devenir, nuestro conocimiento*. Ella no encubrirá jamás; no aclarará tampoco, sino que señalará, como se dijo de la palabra délfica. Pero esto ocurrirá cuando sea vencida la resistencia del hombre estadístico y práctico, del fenicio verbalista que gobierna y que se yergue como una lógica simplista de la materia e impide la marcha de las ideas hacia los fundamentos y la libación litúrgica de los racionismos.

El signo inmutable de éstos es la suma virtualidad, que permite las direcciones más arriesgadas del saber, dentro de la misma necesidad que el pensamiento manifiesta por expresarse, extenderse y estructurarse en construcciones en donde la humanidad se reconoce en sí misma como sublimada. No se trata, como veis, de arrojar nubes en la aventura trágica o ingenua de la acción, ni en aclarar el misterio de la infinita inteligencia; se trata de señalar el sitio por donde la verdad se hará presente con sus hombros agobiados aún por racimos de sombras.

Ante la publicación de las obras completas de Martí: Aquí se cumplió la ley antigua, según la cual la transmisión del Espíritu (Nous), exige el sacrificio de sangre.

Cerca de cuatro meses de experiencias directas en los Estados Unidos, a través de sus inmensos centros urbanos, sus célebres universidades, sus paisajes y montañas y llanuras, sus puertos y fábricas, exigen una concentración muy aguda de las potencias expresivas, para transmitir en palabras con significado exacto, lo que se puede sedimentar en el espíritu.

Este viaje de estudios además se hace en circunstancias históricas muy graves; la guerra por la libertad del hombre, en las proximidades del fin de este segundo milenio cristiano, encuentran en Estados Unidos su fundamental baluarte.

Allí convergen las pupilas de la humanidad; desde los héroes que combaten en China, Rusia o Inglaterra y sus dominios, hasta los pueblos sumergidos en la tiniebla, como los que presienten la amenaza de los enemigos de la libertad sobre sus fronteras múltiples.

Aquel enorme país, abierto hacia el Asia por California, y hacia Europa por los estados que lo fundaron, no suspende la vida de su inteligencia mientras acrecienta su poderío guerrero e industrial. Es sabido que Estados Unidos ha diseminado en su territorio tantas universidades como urbes creadoras y crecientes. Tal vez más, si agregamos los centros científicos y los institutos de investigación pura y técnica que se distribuyen en varias zonas. Ese cosmos prosigue su ritmo, su ritmo habitual; estremecido, circunscripto a veces por la voluntad de la guerra, pero intenso, permanente, con la grandeza incommovible de las grandes fuerzas del saber. Yo he visto las aulas con estudiantes uniformados, en todas partes, apretando con el puño sus libros al hacer ejercicios, o de regreso, después de haberse adiestrado en el manejo del avión, el tanque o la ametralladora. Lo que más sorprende es la increíble natu-

ralidad de estos hombres jóvenes. Ni un desplante, ni un alarde, ni un gesto alusivo a sus actos. Sonríen y actúan como en las jornadas del deporte. Así se les ve en las maniobras del campus académico entre los jardines de Columbia, Albuquerque, Berkeley, Los Ángeles o Wisconsin, pero también así se les ve, cuando después de un viaje de varios días por ferrocarril en que se divierten, sueñan y cantan, se alinean con toda disciplina al llegar a San Francisco, o a un punto terminal, en el instante en que partirán hacia Oriente a reforzar las tropas de Australia, o hacia la India, y la China. Igual dominio de cuerpo, plenitud del espíritu, licor de los dioses que se derrama en la sonrisa que se usa al combatir.

Las fuerzas materiales, las energías, las técnicas más sabias, los inventos inesperados, todo ese fundamento de grandeza científica y práctica de la gran nación, se encuentran en perfeccionamiento diario para hacer rendir su máxima eficiencia a esta herramienta de Heracles, que caerá sobre los déspotas peores que conocieron los hombres.

Pero, al mismo tiempo, en las universidades, en los centros de educación, se conserva la esencia intocable que iluminará el porvenir, mientras los oficiantes se vinculan con el presente en toda su solidaridad.

¿Qué hace Estados Unidos? ¿Cree usted que hace lo que debe hacer? Se me pregunta. Sí, en todos sus planos, a pesar de las diferencias y críticas internas que son propias de la democracia, Estados Unidos realiza irremediamente el mayor esfuerzo de su historia y el mayor esfuerzo tal vez de pueblo alguno, con el fin de salvar a la humanidad. Y eso lo realiza sin perder

sus conexiones con la ciencia y el pensamiento, las virtudes democráticas y el respeto por el valor ético del hombre. Está haciendo la guerra en todos los frentes del mundo, pero como en el aforismo de su filósofo Emerson, mantiene bien atado su tanque guerrero a la más alta estrella.

Del conocimiento directo de varias universidades americanas, buscando en ellas la organización de la enseñanza humanista y en ésta, en modo especial, lo que se vincula con la especulación filosófica, notamos detalles que nos conducen a lo siguiente: la filosofía de ese país nuevo insiste en mantenerse dentro de la línea clásica que va desde los griegos hasta Sócrates, en el sentido de que ella está destinada a influir directamente en la comunidad. Esta participación de la enseñanza filosófica en el orden de la ciudad se busca afanosamente en los círculos que hemos conocido. Goza desde luego, de alcurnia, disciplina y métodos con amplitud. Todos los conocimientos humanos se le vinculan; en especial, lo que concierne a lo ético, lo religioso, lo artístico, lo político y los problemas sociales.

Los programas de las distintas universidades están destinados a imprimirle a la filosofía una intervención decisiva en la conducta del hombre en el cauce de la comunidad.

Esto es un concepto hondamente americano; pero también repite un modo de filosofar que fué distintivo de los griegos. ¿Las diferencias? Pueden ser muchas, es claro. Por ejemplo, la intervención del filósofo americano es más bien indirecta. Actúa, como ocurrió con Descartes, por medio de su obra, de su enseñanza, de su ejemplo en la universidad, pero no participa como

elemento dirigente en la acción gubernativa ni en los cargos directivos de la militancia pública de los partidos. Pero, en el recinto mismo de la sabiduría claustral, y en la ciudad que se moldea en torno a las colmenas inmensas de los doctos, y en la remota ciudad de las fábricas o de los negocios, repercute en mayor o menor grado la irradiación de las doctrinas filosóficas. Más nítida que en Europa, cualquier entendido que visita Columbia, Yale o Harvard, notará la veneración casi sacra que se tiene por los grandes filósofos del país. Más patente es ésta en la ciudad donde se cumplió la enseñanza de los mismos. En Harvard, por ejemplo, se mantiene inalterable la profunda admiración por James, Royce, Santayana, Palmer en lo que fué el ayer, y se consagra un respeto muy intenso por los maestros de hoy, como Perry, Lewis y Hocking.

Se observará que eso ocurre en cuanto el filósofo de un país adquiere renombre muy considerable o mundial. Sí, pero en lo que hemos visto no se espera que tan magnífico destino se presente. El enlace doctrinario se establece en los principios de la elaboración y formulación sistemática de su enseñanza, comunicación y crítica. Los cuatro más grandes ejemplos filosóficos de Estados Unidos: Emerson, James, Dewey y Santayana, intervienen con toda vivacidad en el pensamiento de las clases políticas, docentes, culturales y sociales, en una instancia tal, que se les hace formar cuerpo con el mecanismo de la enorme nación. Sus obras fundamentales, que tratan de problemas que interesan exclusivamente a los que especulan filosóficamente sobre el ser, la sustancia, o el universo y la belleza, están acompañadas por una multitud de obras, artículos, interpretaciones directas y otros actos, que pertenecen casi al fuero común, y al gobierno de la cultura o de la cosa

política. Pero más allá de ellos, una numerosa congregación de profesores, herederos de la sabiduría de los maestros citados, ampliadores y comentadores y críticos, mantiene constantemente establecida la influencia inicial con el medio cultural circundante.

En tal sentido, el pensamiento puro se ha convertido en una incitación permanente hacia la acción inmediata. Es lo que podríamos llamar una derivación hacia la filosofía práctica o un entusiasmo por las conciliaciones, prematuras si se quiere, de antinomias clásicas.

Siendo así, es preciso ahora desentrañar de qué modo ese filosofar, que tiende a cumplirse en acción, puede caracterizarse. Si se le mira en el conjunto del inmenso Estado, diremos que conjuntamente con la religión, el sentido democrático y las tradiciones, forma el elemento unificador de la heterogeneidad y la multiplicidad de las capas superficiales y dominantes. Esa filosofía enseña a plantearse los eternos problemas de la razón humana, pero se afirma en un universo múltiple y abierto, en una naturaleza dinámica, e incita a los jóvenes al saber, al riesgo, al heroísmo de la voluntad, y al mismo arrojío y la aventura.

Desde Emerson y James, se asiste al nacer de la fuente mística en el mismo manantial que rodea la potencia del profeta, del genio y del sabio. En pocos pueblos de la historia se exalta con tanta energía y constancia, a la individualidad. Y eso ocurre en el seno mismo de ciudades y campos y fábricas, que pugnan por su propia inercia material y por su inmensidad y perfección técnica, a borrar el pasaje del individuo libre sobre la oscura tierra. La expresión que servirá para distinguir toda esa influencia de la filosofía en la dirección presente y futura de los sucesos, lo que se desprende de un análisis de lo que son las universidades americanas en

su carácter de receptáculos del humanismo, del pensamiento y de la filosofía, estaría expresado, me parece, muy bien, si le llamáramos así: un idealismo pragmático.

La política dominante en los últimos años, tiende tenazmente a robustecer el idealismo. Eso es indudable. En su aspecto pragmático, esa dirección fustiga en lo posible toda política agresiva, de negociantes, de imperialistas y de calculadores del éxito. La negación de ello significa algo más que fórmulas teóricas y lucha, en cambio, por no perecer en el inmenso abismo de las acciones regresivas y avasalladoras.

Éstas, a su vez, tienen su fuerza, sus templos, sus mismos feos dioses. No se puede negar que subsisten y que, por momentos, parecen invencibles. Son viejas como el mundo, pero allí se han robustecido en forma terrible.

Para triunfar en su actitud decidida contra ellas, el idealismo filosófico político, ha tenido que hacerse pragmático. Una acción de los ideales en el curso de la historia, deberá sustituir a las realizaciones firmes y dominantes de la fuerza material. Este idealismo pragmático tiene su crisis, sus vacilaciones, su esplendor. En la reciente preguerra pareció que era inconsistente y que iba a perecer, por nacimiento en su seno de ideales pacifistas muy acomodaticios. Pero no fué así. Había hombres que se convirtieron en dirigentes y apóstoles, y que serán capaces de transformarse en héroes y mártires.

Conducida hoy por estos ejemplos humanos, la gran nación se convierte en propulsora de la guerra por la libertad del hombre y, así, como un Hércules mayor, se apresura a apoyar sus piernas al mismo tiempo en Australia y en África del Norte, pasando sobre los más grandes océanos del orbe, para luchar por la libertad

del hombre, en el trágico anochecer de este segundo milenio cristiano.

La diferencia entre el intelectual y el político, o entre el artista y el hombre de acción, radica en que el intelectual y el artista tienen que entrar en beligerancia o armonía con una serie de problemas que ellos mismos se proponen o intentan. En cambio el político se enfrenta siempre con una realidad forastera que no cuenta para nada con su ser, sino que le es propuesta por la circunstancia o la historia. La objetividad imprevisible le presenta los hechos y él tiene que resolverlos con rápida y enérgica actitud y prever en lo que tienen de conveniente o malo. En cambio, los intelectuales se proponen a sí mismos las enigmáticas cuestiones que varían y se les huyen como formas, o se le sistematizan o petrifican como ideas. De ahí los diferentes panoramas que tienen que habitar intelectuales y políticos, y de ahí la no transferencia de sus destinos y acciones, lo que explica la desarmonía entre ambos, la incompreensión y el mutuo desprecio radical. ¿Serían posibles las formas conciliables? Desde luego que los intelectuales pueden muy bien personificar sus ideas y sus problemas en las formas que la experiencia del vivir les propone, pero jamás llegarán a la perfecta actitud que naturalmente adopta el político que, merced a su habilidad para conmover lo que se le presenta como una incitación constante, alcanza límites sorprendentes de audacia, economía de pensamiento y triunfo fácil. Con todo, en la esfera de lo humano existen zonas en que las naturalezas tan diferenciadas y de aplicación tan heterogénea podrían alcanzarse en paz las herramientas a través de los muros infranqueables. Podría

ocurrir esto en las épocas de formación de los pueblos y las realidades y las culturas, como ocurre en la América Latina, en donde los más grandes intelectuales, han tenido que ser políticos, o en las épocas revolucionarias y de transformaciones profundas como la actual, en que se impone la obligación moral de arrojarle con todas las herramientas y las invenciones mentales, al torrente de los trágicos hechos, para alzar por encima de las nieblas y la sangre, testas de serpientes.

Como ejemplo de la divergencia que conduce a la dualidad que a veces se torna irreductible entre lo intelectual y lo político, rememoro lo que algunos ejemplos han afirmado sobre el pueblo. Para el político es el material primario, la cuna de sangre viva de humanidad, que se consagra en lo más alto de las ceremonias. El pueblo es la razón, y el fin, y el desvelo, de las políticas en las democracias. Sobre su nebulosa de multiplicidades siempre renacientes se afirman los más bellos mitos mesiánicos. El político presupone una época, una historia, finalmente un pueblo, un hombre con derechos dentro de la comunidad política. La ética de lo colectivo exige ese bello presentimiento de las verdades pragmáticas que es el pueblo de un estado. Para el intelectual, y cito ahora a Rodó, el pueblo a través del hormiguear de la multitud sólo es como un sembradío, una anónima serie de surcos, y las estrellas señorean sobre él como las manos de un sembrador. Para Nietzsche, el pueblo es un camino extraviado. "Un camino extraviado, dice, que toma la Naturaleza para llegar a seis o siete grandes hombres". Nada más que

eso; tierra por un lado, posibilidad nada más, senda extraviada de lo natural en el otro símil.

La persona humana se desarrollará plenamente el día que, sin esfuerzo, como algo naturalísimo, de la misma manera que renunciamos a apoderarnos de una estrella, comprendamos que no nos pertenece ningún objeto del universo, salvo nuestro pobre cuerpo.

Tener amor a la propiedad privada; he ahí el más sutil y funesto signo de bajeza del espíritu.

Todo lo que concierne a la propiedad es una fuente de inmoralidad; a su alrededor se acumulan los hechos más repugnantes enmascarados por las buenas costumbres. El creerse dueño de un pedazo del universo es una grave inmoralidad, consentida por los hombres por pura conveniencia.

Un grado de pureza superior muy difícil de alcanzar, es el considerarse indigno de poseer un pedazo físico del mundo como algo propio.

Prescindo de todo lo imperfecto y circunstancial que pueda existir en la indicación de mi persona para erigirla en la voluntad expresa de las nuevas generaciones de la cultura, y celebro como una satisfacción espiritual difícilmente superable el haber aparecido en estrecha vinculación con los alumnos en los actos pre-

paratorios en los cuales, por primera vez en la historia de nuestras instituciones universitarias, las entidades estudiantiles expresarán su pensamiento y ejercitarán su acción directa y electiva dentro de los cuerpos dirigentes, en el ritual de designar al encargado de presidir los destinos de la noble morada común: nuestra Universidad.

En el plano de las valorizaciones del espíritu y de las formas puras que siempre he preferido, y por las cuales he encendido parte de mi ser como una ascua que presume de lámpara, ya encuentro la medida que satisface la norma estética y ética formulada por mi destino, con el solo acto del amor de los jóvenes, porque lo imagino apoyado en innumerables fuerzas desinteresadas, tonificándose en un ideal de simplicidad y de transparencia que muy difícilmente podré colmar con lo que pueda hacer.

Pero dejando la última instancia de nuestro mérito pasajero, bajo el arco y la flecha de la duración temporal, es justo que en el basamento de idealidades y luchas de nobleza y de esperanza que bondadosamente han colocado junto a mi nombre, exprese la marcha posible de mi acción, en concordancia con las aspiraciones estudiantiles en armonía con los prestigios eminentes de las comunidades claustrales y al contacto vivaz con la dura y antagónica época política y social que nos ha tocado en suerte vivir, ya como espectadores u oscuros protagonistas.

Considero que en la Universidad se debe tender a realizar un modelo de convivencia racional y ordena-

da sobre el plano de la inteligencia libre; convivencia entre las doctrinas, las autoridades, y los profesores y los estudiantes, de suerte que los últimos se afirmen en las conquistas de sus aspiraciones, en la medida en que se cumple un acrecentamiento de los emporios perdurables de la misma institución que los recibe e ilumina. Afirmé en otra circunstancia que la Universidad es, en cierta forma, actuante y representativa, la antigua razón socrática hecha piedra para enfrentarse con la naturaleza, la historia y el tiempo; pero debo agregar que por medio de las generaciones estudiantiles, las rígidas columnatas reciben el movimiento vital y creador que sostiene la ley orgánica de las aulas y hace que la sabiduría se transforme en vida creciente y el ilustre instituto educante se convierta en proceso de lo humano y se desarrolle hacia posibilidades cada vez más perfectas.

Muchas veces el pueblo y los extraños contemplan a la Universidad como si fuera el duro imperio de las formas, porque creen que allí es donde se cristalizan y se arman las vocaciones humanas a través de desarrollos y disciplinas hasta culminar en esos hombres de toga, título y formal sapiencia, que dirigen el ritmo de la nación y sus instituciones.

Y también el mismo sentido general manifiesta en otras circunstancias su desconfianza por esa formación ritual y agresiva que se derrama en las profesiones con distinto grado de eficacia y moralidad, y que llega a hacer peligrar las raíces nutrices y las fuentes del trabajo y la riqueza. Por eso, es necesario humanizar, vivificar, espiritualizar las formas. En un sentido de comprensión más clara, debe lograrse que la Universi-

dad realice una unificación entre sus categorías constitutivas y el material que a ellas se acerca, y que está dinamizado por las ideas nuevas y revolucionarias que traen los estudiantes y el pueblo. Y estos últimos elementos deben actuar como energías vivientes y dinamismos creadores, que se impongan a las mismas categorías. Como en el ejemplo de Kant, las instituciones estudiantiles sin las categorías pueden ser ciegas, pero también los claustros, los reglamentos, las pragmáticas, sin la acción de las instituciones estudiantiles son categorías vacuas y muertas. Por creerlo así, no tengo reparos en declarar que siempre he sido un universitario en cierto modo libre, y que me he sentido inclinado hacia el lado de los estudiantes como quien, en una apuesta parecida a la de Pascal, juega a la esperanza en contra de la realidad, y que en todos los casos he preferido el espíritu a la letra, la tolerancia vivaz al dogma, y la libertad, con su constante lucha, a la estabilidad con su satisfacción segura y grosera.

Por el simple y milagroso hecho de ser jóvenes, los alumnos han querido sospechar en mí ciertas cualidades que manifiestan afinidad con las nuevas generaciones y hasta han admitido posibilidades de que un modestísimo hombre pudiera ofrecerles perspectivas de una lucha frente a la organización profesoral o profesional dominante en los Consejos. Mucho me temo que esa generosa actitud sólo consiga plasmarse en este gesto simpático y en una bella lucha. Les he manifestado a muchos que mi vocación profunda, que pasó bajo figura de estudiante a través de las aulas y los hospitales, ha sido siempre la poesía. Y que en el enigma de este nombre he visto confundirse también lo que

considero el bien, la verdad, la belleza, la libertad.

Nada me ha impedido conservarme fiel al sentido más profundo y creador de mi ser, y es tal vez por ello que en el mismo ejercicio de las cátedras, al través de la Metafísica o de la Estética, he sabido mantener siempre, a modo de sostén constante y renovado, el contacto con los jóvenes, con esas generaciones que nos construyen sin saberlo, mientras dibujan el espléndido bordado de la vida eterna sobre el canevás de las ávidas enseñanzas y de las palabras que caen como escarcha de nuestros labios.

¿He de insistir ahora en mi teoría de que la inteligencia es una de las primeras divinidades a las que debemos cuanto antes en América levantar nuevos templos? ¿He de comentar los peligros de la misma inteligencia, cuando se excluye de las realidades y se torna insuficiente o se presenta bastarda y hace que en los templos en donde sólo deberían realizarse sus sacras ceremonias se celebren simulacros, y lo que debió ser espíritu sólo sea signo petrificado, y lo que se anunció como armonía racional sólo sea tragedia y conflicto? En planos desmesurados o pequeños, todos hemos vivido en esta época, el drama de la inteligencia degradada al intentar manifestarse en su originalidad y jerarquía por medio de nuestras Universidades, y la hemos visto caer destituida y desorganizada por la guerra o la fuerza brutal. Pero ello debe ser un motivo más para sostenerla en el primordial destino de sus experiencias supremas y así debemos defender su autonomía, robustecer sus propios bienes, enaltecer sus cátedras, perfeccionar sus leyes orgánicas y vivificar su ámbito, para

que su núcleo alcance al pueblo que la alimenta con sus generaciones.

Me dirijo a la nutrida familia de los investigadores y estudiosos de las tierras hermanas, para convocarlos en el vértice común del pensamiento creador y liberador de los hombres. Vislumbro la unidad del espíritu americano, realizándose en plenitud en las torres superiores de la sabiduría y la libertad. Vislumbro aquí un tejido de leyes eternas que sostendrá el cuerpo fatigado de la especie humana, defendiéndolo del tiempo y de las cosas, mientras lo incita a la contemplación dinámica de la montaña, del estuario y de la selva americanos.

Quisiera soñar con un archipiélago de universidades y centros de alta cultura, receptáculo de todas las posibilidades supremas del hombre en este instante histórico, levantándose para acompañar en su ritmo a los ilustres claustros que los Estados Unidos del Norte ofrecen al asombro de las viejas civilizaciones. No quisiera que la hoguera que calcina el flanco de la cultura europea llegara a nosotros, ni siquiera en una nube de cenizas que oscurecieran nuestro cielo; sí quisiera que ante su calor y frente a su resplandor, pudiéramos unirnos los del norte, del centro y del sur, para salvar lo que aun puede salvarse de aquellos pueblos, pero al mismo tiempo levantar santuarios donde la sabiduría y el trabajo destierren para siempre los odios entre los hombres y las greyes.

Porque habrá de llegar también la hora nuestra. Porque es posible que nuestro turno sea iniciarnos en

la escena de las tinieblas. Porque también es probable que ya no vengan días de fundir bronce para los viejos héroes, sino de formar héroes con lo mejor de nuestra carne. Porque tal vez ya no se tratará como hasta ahora, de invocar la memoria de Bolívar, San Martín, Moreno, Artigas o Martí. Se tratará sencillamente de saber si en estos instantes, o en los días que se aproximan, existen sangre, pensamientos o barro entre nosotros, con que hacer surgir hombres y héroes por el estilo, para que puedan dirigirnos en nuestra libertad y en nuestra democracia a través de la historia y el tiempo.

En este orden, los investigadores y estudiosos cumplirán con su deber como simples hombres primero, y después como discípulos de la helada inteligencia, realizando al fin la perpetua dignificación del espíritu, creador y ordenador de las formas y amo de la materia, que se enfurece y crece en oscuras y potentes olas y cuya única ley es el caerse y destruirse.

Si el Partenón es el Nous hecho mármol, la Universidad, como institución, es la razón socrática hecha piedra frente a la naturaleza y el tiempo. Los muros de piedra de la Universidad filtran la sofística de la fuerza y de lo utilitario, como purifican los torrentes de las doctrinas y las revoluciones antiguas y modernas, para obtener con todo ese tumulto las ideas diáfanas con que trabaja o esas esencias de lo inteligible que conservan intocables sus potencias vivas hasta espesarse en el aceite de la lámpara que, quieran o no los bárbaros, seguirá alumbrando a los mortales.

Anchos fosos de espacios, colmados muchas veces de hombres, separan entre sí a las vivas organizaciones nuestras. No habrá más remedio que romper esa urdimbre de potentes desconfianzas, si creemos que algo perdurable se pueda levantar en la inestabilidad de los días y las formas.

Las universidades nuestras, como las llanuras, los estuarios y las montañas, deben unirse en su diversidad sagrada, hasta constituirse en un nuevo lenguaje de la creación eterna. Fuera de este límite, sin la armonización transcendente, sumergidas en sus círculos, sólo proseguirán en su inmenso balbuceo, incapaces de asegurar nuestro destino en la esperanza de los hombres actuales.

En esta hora del mundo es indudable que la humanidad dirige sus miradas hacia nuestro continente. Más que nunca sentimos el ardor de un mirar angustioso y esperanzado de miles de seres humanos, que sueñan con acudir a resguardarse o reconstruirse en este cósmico receptáculo. La plenitud de nuestro destino recién empieza a revelarse ante nuestros ojos. Magnífico instante, sin duda, para acoger en las estructuras primordiales de la naturaleza y en las sabidurías de nuestras leyes e instituciones a tanta gente dispersa y trágica, pero más extraordinaria circunstancia para robustecer el pensamiento humano en la disciplina y en la audacia, levantando con más energía la solemnidad de nuestras universidades, en las cuales continúe sin desnivel el ritmo de las europeas. Tanto como una ciudad libre, o un puñado de trigo, o una sinfonía de bosques, presentemos un pensamiento que redima e ilumine.

Viejas universidades afirmadas en la penumbra del coloniaje, geométricas casonas renovadas por las nuevas gentes y sacudidas por las tempestades humanas y físi-

cas, claustrales salas de Méjico, Lima o Santiago, Córdoba o Antioquía: junto a ellas, las nuevas urbes universitarias del siglo XIX y del siglo XX, colmenares del número y de la técnica, urnas científicas y férreas. A todas ellas y a sus disciplinantes me dirijo. Como en la sala de las lámparas en la parábola de Dionisio el Aereopagita, las veo. Todas las luces conservan su ser sin mezclarse en su esencia, pero todas se unifican en un único resplandor más alto que el Ande, con el fin de señalar la presencia sustantiva del pensamiento, más allá de las cumbres. Pensamiento nuestro, que deberá vigilar intocado frente a la furia de sombras que nos amenazan.

He visto en Florencia, en la Capilla de los Médicis, el Pensador de Miguel Ángel. El meditador, el delicadísimo ejemplar del Renacimiento, que bajo casco guerrero muestra el rostro de insimismado entre las plinthes marmóreas del crepúsculo y el alba.

La inmortal escultura del joven príncipe que insistía en meditar en la muerte, con una encantadora severidad de filósofo antiguo, se presenta como el arquetipo de su edad histórica, en la madurez de individualismo estético, apropiándose del universo y enseñando en la pulcra mano que contiene el hálito de sus labios, la aristocracia de una familia dominadora y la independencia varonil de su poderosa embriaguez vital.

Pero todo ello se halla en tensión, como deteniéndose al borde mismo de la muerte y su elástica tiniebla, en algo así como insinuando una pausa del tiempo que no respeta nada. Y éste es el Pensador de Miguel Ángel, que vi hace años, entre un público silencioso, más allá de un templo y de una plaza.

Y he visto en París, el otro Pensador. El de Rodin.

Buscaba yo el aula de Bergson y di con la escultura de impuros bronce del Pensador, primordial y atormentado, en el barrio de la más fina inteligencia francesa. Allí está el original. Por el mundo andan copias.

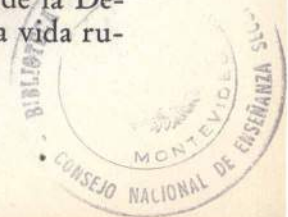
El hombre que coronaría la monumental fábrica de la Puerta del Infierno, el musculoso varón adánico, recién iluminado por la chispa de un pensar, reconcentrado, con los músculos como cuerdas embreadas o cadenas, sustraído del cosmos está, con el mentón sostenido por la presión del puño, y la testa tenaz así se apoya como si fuera en la roca viva.

Nadie se fatiga de admirar el Pensador de Rodin. Todos contienen el aliento y tienden a imitar su esfuerzo. Su desnudez invita al examen de los planos, relieves y formas, el hálito se concentra frente a la rudeza y el ritmo condensado en esfuerzo de los músculos, y nota cómo el pensamiento en lo corpóreo va iniciándose desde las raíces del ser, y asciende en melodía hasta el frontal; así la savia en la entraña de los cedros, así el aceite en la noche de la lámpara.

Y he visto otro Pensador. En Wáshington, varias veces, bajo vigilantes columnatas de mármol, en un templo laico abierto al sol, rodeado de la admiración de un pueblo gigantesco y sereno, el Lincoln, en el monumento de Chester French.

Allá está. Es el Pensador de nuestros días. Piensa en su pueblo, en la grandeza construída bajo la tutela de la Libertad, y al amparo de las Leyes que se dictan desde el resplandeciente Capitolio que él percibe sin cesar, como una voluntad petrificada después de haber obtenido la Victoria.

Pocas obras más vivas que este Lincoln pensante. Será, con los siglos, el pensador y el político de la Democracia, y figurará al lado del pensador de la vida ru-



dimentaria de Rodin o de la vida intelectual de Miguel Ángel; será el Pensador de la heroica voluntad constructiva.

Orgullosa y simple, ruda y natural, sereno y enérgico, con las reacias vestimentas de su tiempo, con el rostro arado por la labrantía, la guerra y la tempestad, el Lincoln del Memorial, destacándose bajo la amplia bóveda que lo encumbra e ilumina, es el pensador que más afinidad presenta con los hombres, pues es realmente un hombre integral y de barro histórico, cuyos pasos aun resuenan y no un mito escultórico como el de Rodin, o la idealización de un príncipe sin grandeza como el de Miguel Ángel.

El genio de Lincoln no vendrá del artífice, pero sí del hombre, que lo impone al mármol con la sola condición de que éste haya sido fiel a los vitales detalles.

El Pensador de Rodin, se obstina en levantar un pensamiento entre la materia y la vida, en un límite; y, sobre una tempestad de músculos, apenas si mantiene su lámpara pensante en la noche de sí mismo. El Pensador de Miguel Ángel, caviloso río de equilibrios, es el valor revivido y emancipado de la Edad Media, que piensa entre el pasado y el futuro, entre la fe y la incredulidad, mientras los gestos, las vestiduras y las armas lo denuncian como un triunfador irreprímible de la vida que apenas si se sobrecogió alguna vez ante la muerte.

Este Pensador, de los jardines de Wáshington, no oculta el rostro como los otros, ni cierra los brazos o los concentra en torno a la actividad meditativa. El rostro de Lincoln mira de frente, amplio y luminoso, hacia la lejanía —¡historia, tiempo, naciones libres!— y sus largos brazos se abren, apoyándose en los bordes del asiento, como para apropiarse del corazón innume-

rable de los hombres. Y hasta sus labios parecen acabar de repetir la oración de Gettysburg, en este pensamiento más que nunca actual: "El mundo no prestará más atención ni recordará por mucho tiempo, lo que aquí digamos, pero nunca olvidará lo que ellos (los caídos por el bien o la libertad) aquí hicieron".

El Pensador Lincoln, en el Memorial, rodeado de arboledas y jardines y estanques, el Lincoln equilibrado y dominador, legislador y patriarcal, es el pensamiento creador de los pueblos, que modifica el transcurso de la historia. Su energía mental brota de una figura bíblica, sus ojos se dirigen como dando amplia salida al torrente de los hechos: la democracia más grande que los hombres han visto, con sus torres y sus puentes, instituciones políticas y universidades. Pensadores y guerreros, por fin, entre los cuales la humanidad hoy reconoce el valor simbólico y poderoso, venido para defender a tiempo la libertad y la dignidad de las criaturas.

En lo que me es rigurosamente personal, en lo visto por mí, creo que la originalidad de las realidades estéticas, sea dándose en las creaciones utilitarias y culturales, o en la naturaleza elemental, se ofrece en Estados Unidos a través de un conjunto de expresiones de la más considerable potencia que se desarrollan como significados sublimes: los rascacielos de Manhattan, los puentes colgantes de Nueva York y San Francisco, el Memorial Lincoln en Wáshington, las doce universidades de primera categoría mundial que visité, el gran Cañón del Río Colorado y el Niágara.

Difícilísimo es indagar el origen de nuestros sentimientos. Los encontramos organizados con toda coherencia cuando nuestra mentalidad formada en algún sentido, interroga los destinos del ser y de la muerte. Nos encontramos entre su luz como en la luz física del sol. Cuando nos remontamos a las causas, nos ahogamos en un profundo creer de que los sentimientos más firmes que poseemos se hallan integrados con nuestra naturaleza en estado puro. Un ejemplo: trato de averiguar el sentido de mi admiración por Francia. Sólo debo confesar que la considero como la más alta expresión del heroísmo y de la soberanía del espíritu.

Fuera de Francia, la humanidad, después de Grecia, no ha tenido una permanente demostración de genialidad sin eclipses, armonía, gracia, profundidad, equilibrio, medida, proporción y claridad. Lo que en otras naciones ha sido etapa histórica transeúnte, en Francia se ha hecho constante modulación. Y al mismo tiempo, asociamos la idea temible de que todo eso es frágil y puede morir.

La naturaleza no ha superado, en el conjunto de pueblos que proporciona, un milagro semejante al de Francia. En lo individual, siendo de origen hispano y americano, yo fuí educado desde niño al amparo de todas las culturas. He pasado libremente por culturas y nacionalidades, en arte, filosofía o ciencia. Pero he incorporado a mi modo personal el espíritu analítico, identificando la claridad y la distinción con el sentido de la medida en alguna forma, y el de la gracia y la profundidad en muchos propósitos e intenciones. De joven, mis dioses fueron Hugo, Verlaine y Baudelaire en poesía. Me sumergí en Descartes siendo apenas un aspirante a conocedor de filosofía, y eso quedó muy afirmado en mí. Más tarde incorporé todas las esen-

cias de la flor latina que subsiste junto al Sena. En lo histórico, mis entusiasmos primeros se revelaron en los acontecimientos de la revolución del 89 y de Napoleón. Destaco sólo aquello que considero primario por lo influyente e inolvidable en la formación de lo más íntimo. Después, de nuevo el enigma de Descartes gravitó como una obsesión, aun mismo cuando ya creía orientarme bien en la duración bergsoniana. ¿Debo agregar en los últimos años la persona física, la obra y el encantamiento de Debussy? ¿Y la pintura de Cézanne?... Por encima de esas influencias fundamentales para la individualidad secreta, Francia me ha enseñado a no ser fanático y exclusivista, a comprender el genio y la grandeza de otros pueblos, a orientarme dentro de la universalidad en la historia, el arte y las ideas. Si de todo lo que he escrito, algo se sostiene en el tiempo, lo deberé al número de oro de Francia.

Diré siempre lo que vi en ti, ¡oh Niágara! La exactitud maquinal de tus alientos, en donde el tiempo imprime a lo corpóreo su guarismo terrible, la firme línea que sirve de columpio al tumulto, la armadura flúida de las diferencias entre la variedad de tu vertical melopea, sobre una constante de proporciones clásicas. También diré a todos lo que hay en ti de caída heraclitana, de resbalar cíclico, lo mismo que de salto de tigre y de cola de pavo real que se ha fijado entre los últimos matices del crepúsculo. También diré lo que me presentas de armoniun gigante de lechosas teclas y de órgano con tuberías mal talladas en la piedra brutal, y de ceremonioso sacerdote de armiños flotantes, visto siempre de espaldas con sus arrebatos délficos, de donde ascenderán para el hombre los más conflictuales

vocablos, en tanto que desde tus altares y fraguas prosigues demostrándonos que las bravías bellezas que informan el hurraño orgullo de la tierra no son, sin embargo, nada más que la expresión o el estilo del siempre tenebroso balbuceo de la materia.

Es que ya viene el caudal de las turbulencias, con enjambres, oleajes, torbellinos y tránsitos. Vienen en rápidos declives las aguas. Prólogos, entre empellones de pesadas bestias, que desde la lejanía veo entrar poco a poco en un embudo colosal de plata o brete movable que se va poco a poco estrechando hasta dar contra algunas islas y los saltos líquidos que ya se anuncian. Porque tan hermoso como la misma catarata es este formidable preludio de la coral, este plano inclinado de tormentosas aguas, que descienden poco a poco, sin mengua de su anchura y su magnificencia. Por leguas y leguas anuncianse descensos en los dédalos, y uno abarca por fin el desnudo vientre del estuario como un bello monstruo gozando de su próxima hazaña, ya que se ha de dividir de pronto en dos fornidos torrentes, separados por unas islas, constituyéndose entonces la exacta alegoría del cuerpo de un gigante tendido boca arriba, que gozará con doblar bruscamente las plateadas rodillas.

Antes de que los furiosos oleajes se precipiten, uno quisiera detenerlos, para imponerles un orden. Vienen árboles, flores, vestigios de animales, vellones de reales carneros entre fornidos carneros de agua con ojos cerúleos, sobre opalescentes huecos de espumas que contratan, de tal suerte que uno retiene un espectáculo preludeal o preparativo al que puede contemplar desde muchísimas perspectivas; desde altas rocas, desde la orilla con agrio césped, desde las islas, desde los puentes... Y hasta se puede uno aventurar a medir la velocidad y

la fuerza del agua, hundiendo los brazos en los torrentes próximos. Y así, a mediodía, de noche, en el crepúsculo, hasta que la luna del amanecer insinúa acariciar el temeroso torrente, tapándole los ojos con manos de niebla para que él no se vea caer brutalmente en el abismo.

Este inmemorial preludio declinante y las cascadas que le siguen, atraen, preocupan, obseden, y a uno lo hacen retornar varias veces, maquinalmente, a insistir en hundir las pupilas en la movilidad sin vallas. O se cree asistir al despliegue de una procesión de lámparas en descenso, a un naufragio de amazonas caídas, hasta que el errante hombre que es nuestro orgullo o nuestro oprobio, se sueña también dejándose deslizar entre los elementos del río, por la pendiente, con la espada sobre el pecho y los ornamentos de un paladín conducido a la tumba en los hombros de su pueblo.

Pero, de pronto, ¡oh espectáculo!, el súbito caudal se precipita desde las agudas rocas. Cae. Una larga espada verde esmeralda, profunda, flexible, corta el blanco impreciso y revuelto en lo alto y el agua torrencial cae como el apóstrofe. Cae como el cuerpo en la culpa, en la apoteosis teológica de la caída. Cae el agua al lado de uno mismo, cae por nuestro pecho, cae y mueve nuestro corazón y desciende por dentro de las piernas hecha sangre. Uno cree estar demasiado cerca del abismo y la cabeza se siente ir, siguiendo los pesos de la masa líquida. Y el mirar remonta este curso y retrocede hacia arriba con esfuerzo y penuria, para detenerse en el borde de la caída inicial y volver a ceder a su turno, entregándose a la voluptuosidad casi mística de sentirse caer sin término y sin morir. El hombre se sobrecoge de metafísico espanto, ante los goznes rápidos del caer en el abismo que se torna sacro, pues éste

parece llenarse con nuestras vidas, en tanto en nuestro mirar vuelven a fijarse aquellas húmedas hogueras que mantienen en el aire sus exactas salamandras.

Pero más adelante se reanuda la unidad de las olas y la ejemplar permanencia basada en estructuras, como una preciosa dialéctica que se restaura. Se hace un ámbito andante, familiar de las bellas estrofas que circularan por los poemas clásicos, los que tanta semejanza tuvieron con los pausados ríos. En una encrucijada de piedras, en un continuado tajo de rocas, entre rectos paredones de azules y helechos, huye el torrente, se recupera y sueña. Ahora es la misma agua, de ondulaciones suaves, aunque veloces, diáfanas, relucientes, que mojara el desnudo pie de la égloga en los vates latinos y griegos. Sueñan esas aguas, y brillan en su sueño ahora, después del arduo caer y destruirse y despeñarse, felices de hallarse reconstituídas, al mismo tiempo que de ser planicies de espejos geométricos y desusados escudos. ¡Ah, idea reconstruída! Nunca más volveré a ver sonrisa más diáfana que la de aquella agua de serenados ojos, que contemplaban el cielo de nuevo, más allá de algunos centenares de metros de la catarata. Los elementos dispersos se habían reconciliado en la majestad rejuvenecida del río, mostrando clarividencia sublime, por más que es seguro que aun llorarían en su entraña el sobrecogimiento reciente del terror, la caída y su misterioso pánico. Es que reanudaron las aguas su coloquio y polémica con las brisas, las nubes, los cielos, los signos cíclicos, todas las categorías livianas y eternas. Y lo hacían con la misma grandeza, severidad y gracia con que se acostumbraba a proceder en la intimidad de los místicos, en el umbral de los barro llamados angélicos que en tales héroes subsisten. Estos hombres terrenos y divinos, experimentaron análogos

trances a los del río americano que contemplé en sus tres dimensiones temporales. Experimentaron, como el Niágara, en el castillo oscuro de su sangre, más de una vez, pero siempre con arrebatos disímiles, el declive, la caída, el esplendor, el misterio y la catástrofe que significa el pasaje de un Dios por el alma. Porque no otra cosa debe ser el Niágara; la huella dejada en la roca y el agua y el fuego y el viento por la huída y el capricho de algún Dios, que vadeó por allí el río para nunca más volver, no sin antes modelar en la materia de los elementos primarios el espejo de lo que en nuestras almas habrá de perdurar como incandescente huella, desde el momento místico en que el soplo sobrenatural es ido. Pero olvido pronto esto para mejor contemplar de nuevo tu caída.

Diré yo, ahora y siempre que cae tu agua en torre derrumbada y profunda; casi sólida cae, cae con su rosa ciclópea enarbolada en lo alto. Voluble, perfecta, ligera al mismo tiempo, cae. Aprisionan los ojos los conjuntos de la cascada y los detalles, los sapientes rebaños líquidos que caen, las finas hebras, los heréticos vinos que se obstinan en una voluntad de caer, las míseras esferas mojadas que vadean el caos, las largas gavillas de trigo curvándose hasta que en el fondo se desmenuzan del todo, como en un molino bárbaro o como en el estupor de la caída dogmática que está en el núcleo del rudo episodio teológico. Caen columnas de lanzas perpetuamente abatidas. Y allí en lo último, también hay una mano que se abre para ordenar el caer de los elementos diáfanos y turbios, una mano que insiste en recuperar las partículas y los volúmenes que han caído, y que trabaja contra la furia y la turbulencia, como una divinidad terrestre de arrestos furiosos pero de realizaciones perfectas, sólo para lograr que el relámpago

de la belleza subsista por los siglos de los siglos con su esplendor titánico, sobre el caos y el infierno de la caída.

Yo diré siempre lo que adiviné en ti, al descender por túneles dinámicos en tus entrañas, para salir a luz bien abajo, mordido por el viento adánico y una lluvia brutal como la bíblica, con el pecho desnudo mal defendido por hilos elásticos, para sentirte más cerca mío, y poder recorrer el dédalo en donde tus precipitadas hebras chocan con las verdes rocas. Diré lo que vi en ti cuando otra vez, en el steamer tambaleante por los remolinos, fuí a beber los copos de agua en polvo líquido caídos sobre mis labios, al pie mismo de los arco iris que se forman y mueren en el umbral del hemiciclo canadiense, al lado de aquella gigante herradura de un caballo que jamás podrá existir. Diré lo que vi en ti al colocarme al borde mismo de la masa flúida y sólida, que al caer casi me destroza el hombro acariciándome como la manaza jovial de Heracles.

Diré por fin lo que concebí frente a ti, como espectáculo o parábola, ello me es igual, cuando presencié la hazaña de un atleta ligerísimo que después de afirmar un acerado cable sobre tus abismos, te recorrió de orilla a orilla, haciendo los equilibrios más loables. Debajo del andar de aquel hombre, vi en ti la duración salvaje y sublime, tanto como trágica e inconsciente, de la Humanidad precipitándose sin tregua ni sentido en el Tiempo.

¡Pero también, de qué manera tan nítida admití que el pensante héroe que te cruzaba era el Logos, exacto y divino, la Norma sobre el abismo exhibiéndose. Perfecta, luciente, orgullosa, ante ti, hasta resplandecer como la figura de la Razón Humana que tanto admiro y amo, oh Niágara!, del monstruoso mito siempre vencedora.

Este libro se ha terminado de imprimir para la Editorial Poseidon, en los talleres gráficos de Alfonso Ruiz y Cía., México 667, Buenos Aires, el día 19 de Diciembre de 1945.